



No estamos solas

Jorge
Acero Portilla



Universidad del Valle
Facultad de Artes Integradas
Escuela de Comunicación Social y Periodismo

Santiago de Cali
Noviembre 2013



Dignaos rogar por el eterno descanso
del que fué Señor

Jorge Portilla Caicedo

Fallecido el 17 de Marzo de 1977

RECUERDO DE

*Su esposa: Carlota C. v. de Portilla
sus hijos: Henry, Gladys, Yolanda,
Jorge. Carmen Eugenia Portilla, su
Madre hermanos y demás familiares*

Al cumplirse el Primer Aniversario
de su Fallecimiento.

Pasto, Marzo de 1978

ORACION

Para el mundo ha muerto; para nosotros vivirá eternamente en la memoria. El constante recuerdo de la pérdida de un ser querido es el lazo de unión entre la vida y la muerte. Por eso le guardamos impercedera memoria.

Cuánto hace que nos dejaste y que vivimos sin tí evocando tu amor, reclamando tu ternura; pero en vano nos dejaste, sumidos en hondo pesar, y tornaste allá, al otro mundo donde tu amante dueño te llamó con insistencia.

Os recuerdo, Señor, su alma buena, fué tan piadosa con Vos y tan benévola para con los que se le acercaban.

No estamos solas

**Jorge
Acero Portilla**

**Trabajo de grado para optar al título
de Comunicador Social y Periodista**

**Director:
Manuel Silva Rodríguez**



**Universidad del Valle
Facultad de Artes Integradas
Escuela de Comunicación Social y Periodismo**

Noviembre de 2013

No estamos solas
Por: Jorge Acero Portilla

Director: Manuel Silva Rodríguez

Diseño y diagramación:
Famberlin Taba Jaramillo
www.velove.com.co

Universidad del Valle
Facultad de Arte Integradas

Santiago de Cali
Junio 2013

A la Reina y a la Bailadora.

Índice

	Pág.
Resumen y palabras clave	13
Evaluaciones	15
I	35
II	69
III	97
IV	121
La belleza es una coincidencia	137

Resumen

El trabajo de grado que el lector tiene entre sus manos es el producto de tres años de trabajo, investigación, lectura, relectura, escritura y reescritura. Esta corta novela narra la historia de la viudez de dos mujeres de mi familia -mi abuela y mi madre-, quienes tuvieron que afrontar sus pérdidas, encargarse del sustento de su familia y atravesar por el proceso de duelo siendo aún muy jóvenes. Esta obra se compone por cuatro capítulos que tratan temporalidades y coyunturas clave dentro de las vidas de Carlota y Anita, sus protagonistas. Cada episodio está contado desde perspectivas de distintos personajes y se sirve de diversos narradores y técnicas literarias. A pesar de su fuerte contenido biográfico, la historia está permeada por elementos de ficción. Finalmente, el lector encontrará en las últimas páginas de este libro una bitácora o memoria intitulada *La belleza es una coincidencia* que da cuenta del proceso de concepción y ejecución de mi novela.

Palabras clave

Viudez, pérdida de un ser querido, proceso y etapas de duelo, ruptura de las dinámicas familiares, novela biográfica.

**Evaluación del trabajo de grado titulado *No estamos
solas*, hecho por el estudiante Jorge Acero Portilla**

Por: Hernán Toro
Cali, 11 de agosto de 2013

Profesor
JOSÉ HLEAP
Director
Escuela de Comunicación Social
La Universidad

Resultado de la Evaluación: APROBADO

Este trabajo está compuesto de dos partes: la primera es una novela (llamada “No estamos solas”) y la segunda es una descripción y una reflexión sobre el proceso de su producción.

Hay un momento clave en el texto segundo que quizás pueda explicar los problemas que veo en el primero. Ante la confesa dificultad del autor por incluir en la novela aspectos ligados a la sexualidad de las mujeres personajes (puesto que sus referentes son familiares muy cercanos, incluyendo a la propia madre del autor, lo que le genera resistencias insufribles), su director, el profesor Manuel Silva, le conmina: “Jorge, estás haciendo ficción”. El autor se encuentra permanentemente enfrentado a la tensión de dos fuerzas opuestas: una, la de la ficción, que le impele a crear (como corresponde a un texto de esta naturaleza), y otra, la de la realidad cruda, que le pone límites por el temor a revelar aspectos de la vida familiar que el autor considera privados, en algunos casos íntimos. Es decir: el autor nunca pudo asumirse plenamente en la naturaleza del proyecto que adelantaba: la escritura de un texto de ficción. Es muy probable —pero esto ya es una mera hipótesis— que este inconveniente haya surgido de la perspectiva desde la

cual el autor abordó su trabajo: un proceso de curación clínica de sus problemas afectivos surgidos de la muerte de su padre, y no un proceso de producción literaria, que lo hubiera liberado de todas las amarras utilitaristas (por más que una cura psíquica sea benéfica para quien la asuma y cada cual tenga derecho a adelantarla) y le habría abierto mucho más el campo del ejercicio de escritura. El texto está lleno de muchas referencias que dan soporte a lo que acabo de decir, pero quizás hay uno que parece haber pasado desapercibido pero de muchísimo valor: el personaje (que es el alter ego del autor) va con su madre a una librería a comprar *La Odisea*. Todos recordamos el papel que juega Ulises (Odiseo), el padre y esposo ejemplar, en el triángulo familiar conformado por Telémaco y su madre, Penélope. En fin.

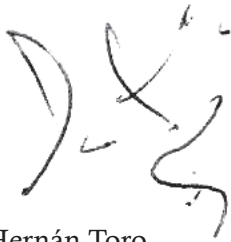
Al comienzo del párrafo anterior mencionaba los “problemas”. Básicamente, se trata, en el nivel de la escritura misma, de la dificultad en la definición del estatus del narrador. Los cambios en esta persona son más síntomas de la dificultad en definirlo que muestras de una riqueza de recursos. En algunos casos, la identidad del narrador se emborrona al dar saltos de uno a otro personaje que toma la palabra sin que existan elementos claros para diferenciarlo. Me parece poco lograda narrativamente el capítulo en el que se yuxtaponen los narradores. El autor debió haber continuado con el estilo precedente. Los dos primeros capítulos me parecen bien escritos, y su tono debió haberse sostenido a lo largo de todo el texto.

Dicho lo anterior, no quiero que se piense que demerito el trabajo de Jorge Acero (siempre lo he conocido así, aunque quizás, dado lo que he leído, no debería omitir el “Portilla”). Al contrario, me parece que ha hecho un intento muy serio por cumplir con un requisito de grado

a través de un ejercicio enormemente difícil y osado. Aunque estoy de acuerdo con su director, el profesor Silva, de que se trata más bien de lo que los franceses llaman una “nouvelle”, lo hecho ha tenido tal grado de dificultad y ha sido resuelto con tanta dignidad escritural, que bien vale la pena subrayarlo. Además, el trabajo reflexivo –tomado bien en serio– está apoyado en autores clásicos, lo que constituye un elemento adicional, y de no poca monta, para destacar lo hecho. Siempre recuerdo a Borges, cuando le preguntaron en Buenos Aires si conocía a un autor local, y él se excusó: “Estoy leyendo a Thomas Mann”. Jorge podría decir lo mismo: “Estoy leyendo a Aristóteles” –lectura poco frecuente en nuestro medio tan pendiente de la actualidad--.

Finalmente, un detalle nada menor: el texto no tiene problemas de ortografía y se encuentra sintácticamente muy bien escrito.

Sin ninguna duda, apruebo este texto como trabajo de grado del estudiante Jorge Acero Portilla.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'H. Toro' with a stylized flourish at the end.

Hernán Toro
Profesor Titular
Escuela de Comunicación Social
Facultad de Artes Integradas
Universidad del Valle

Evaluación del Trabajo de Grado No estamos solas, presentado por Jorge Acero Portilla

Por: María Griselda Gómez Friez
Cali, 2 de septiembre de 2013

Profesor
JOSÉ HLEAP
Director
Escuela de Comunicación Social
La Universidad

Resultado de la Evaluación: APROBADO

El estudiante Jorge Acero Portilla presenta como Trabajo de Grado una producción clasificable como novela breve de corte entre intimista y testimonial, en formato de libro fotográficamente ilustrado. La historia, aunque contada desde varios focos narrativos, está centrada en la subjetividad de dos mujeres “reales”, su madre y su abuela, que han quedado viudas, con obligaciones económicas, hijos, soledades, añoranzas, recuerdos... No obstante sus sentimientos de rabia, frustración y duelo, necesariamente deberán enfrentar su nueva condición vital, pero sobre esa nueva cotidianidad de madres viudas, en proceso de rehacer sus vidas, es poco lo que el texto cuenta, concentrado como está en el registro de lo subjetivo, de evocaciones y recuerdos.

Como se trata de una novela breve, hecha a partir de testimonios recogidos entre familiares, de la madre y la abuela del autor, entre otros, no debe extrañar el que haya exclusiones o silenciamientos de problemáticas propias de la intimidad femenina que el autor, por los vínculos, cercanías y dependencias afectivas existentes entre él y ellas, así como por las diferencias de edad y

género sexual y quizá por otro montón de cosas, no estaba en condiciones de enfrentar de modo directo. Es posible que también por no falsear o inventar, por querer mantenerse en los, a veces, estrechos márgenes de lo que efectivamente pudo documentar o preguntar, no se atrevió, o no quiso, hacer intervenciones de corte ficcional que, paradójicamente, le dieran más realidad, o por lo menos más verosimilitud, a lo documentado/novelado sobre la vida de estas dos viudas de hoy, posiblemente hasta con posibilidades de rehacer sus vidas en varios niveles que el texto, pasados varios años de ocurridos los hechos, ni siquiera se atreve a sugerir como fantasía o sueño...

Además del texto novelesco ilustrado con fotografías, la mayoría de los personajes centrales, tomadas en algunos momentos de su ciclo vital, el libro también incluye unos paratextos de carácter religioso, vinculados a rituales propios de la tradición católica sobre el culto a los muertos y una especie de memoria –de carácter autobiográfico– en la que expone ciertos pormenores del proceso de producción de su novela, referidos tanto a asuntos relativos a la poética del escrito presentado, como a dar somera cuenta de particularidades relacionadas con las angustias y satisfacciones que el proceso vivido le deparó al estudiante Acero en tanto autor. Supongo que el enfoque dado a tales anotaciones, y especialmente a las últimas, se debe a que es una persona para quien la posibilidad de una profesionalización en el oficio de escribir literatura aparentemente entra en su horizonte de expectativas, al menos en este momento de su vida.

Anotaciones previas y necesarias

Antes de entrar a comentar algunas de las particularidades que hacen singular este trabajo novelesco quisiera

referirme, así sea de modo muy breve, a lo que podría llamar, a falta de mejor nombre, La Inexistencia de Formación sobre lo Novelesco en el Programa de CS-UV y lo que ello implica a la hora de evaluar trabajos como el presentado por Jorge Acero. Me parece importante hacerlo ahora que, en el marco de la discusión sobre la Reforma del Programa de Estudios, he considerado pertinente incluir, en la lista de cuestiones por revisar, lo relacionado con el Reglamento de Trabajo de Grado, especialmente en el punto referido a las modalidades de productos y actividades posibles de realizar con el propósito de obtener el título de Comunicador Social-UV.

Es cosa sabida y aceptada que el tipo de trabajo con el que un estudiante se gradúa responde a alguna de las cuestiones trabajadas como claves a lo largo de la carrera y en el marco, por lo tanto, del proceso formativo que da sentido al programa de estudios cursado y aprobado. Esto, que parece tan común y obvio, no siempre ocurre en nuestro Plan de Comunicación Social-Periodismo. Un caso que bien lo ilustra es precisamente la aceptación de proyectos novelescos en un Programa de Estudios que no brinda a los interesados ningún tipo de apoyo -serio y sistemático- para formarse como novelistas, como sí lo hace con quienes se interesan por la realización audiovisual, por ejemplo. Lo curioso, por decir lo menos, es que, sin mayor problema, acepte que se presenten proyectos de producción novelesca, nombre el respectivo director y, cuando el producto está terminado, designe los obligados jurados evaluadores.

Siendo así las cosas, podría decirse que los trabajos presentados en esta categoría de producción textual/cultural son, en buena medida, producto de un proceso de formación de corte más bien autodidacta por parte de los estudiantes interesados y de lo que, en el desarrollo de las sesiones de asesoría les haya podido aportar

el Director. En tal marco de referencia es necesario preguntarse: En cuánto a calidad literaria o estética, ¿qué tanto pueden exigir el par de jurados nombrados? ¿En qué deben basarse para elaborar su evaluación? ¿En específicos desarrollos teóricos en cuanto a las Poéticas de la novela moderna y/o contemporánea que ellos, por razón de su formación o gustos intelectuales conozcan o con las que, al menos, estén familiarizados? ¿En sus gustos personales en tanto lectores de materiales literarios? O, por el contrario, ¿deben intentar forzar las tintas y ajustar sus juicios y apreciaciones al Reglamento existente en la ECS? ¿Es legítimo intentar hacerlo sabiendo que éste ha sido construido, pensado, propuesto para evaluar trabajos realizados a partir de la formación recibida en el Programa de Estudios que lo suscribe y no en los propósitos personales de algunos alumnos, regulares sí, pero al mismo tiempo, muy interesados en validar institucionalmente su autodidactismo? Y sobre todo: ¿Es éticamente (¿?) aceptable criticar como carencia, deficiencia o falla aquello que en el Informe presentado es producto de la ausencia de una formación más o menos sólida, respaldada por el Programa de estudios cursado y en el que, por otra parte, el autor del producto novelesco aspira a graduarse?

En suma, ¿cuáles son los criterios que debe tener en cuenta un jurado a la hora de evaluar un producto novelesco como Trabajo de Grado en un plan que NO brinda -o lo hace muy escasamente- las herramientas, las habilidades, los insumos necesarios para construir, con cierto nivel de oficio, solvencia o pericia intelectual y técnica este tipo de exigente objeto cultural?

Es con estas preocupaciones in-mente que elaboré los comentarios expuestos al inicio de este escrito y a continuación.

Algunas particularidades del libro titulado

No estamos solas

Comienzo por explicitar desde dónde haré mis comentarios:

Teniendo muy presente que lo recibido no un simple texto, mera copia impresa de un documento alfabético anillado -lo que desde una perspectiva lingüística podría considerarse como el texto novelesco propiamente dicho- sino un libro debidamente diseñado y diagramado, especie de arte final producto de un proceso que, a más del estudiante Acero, involucró a un especialista en este tipo de elaboraciones gráficas, el señor Famberlin Taba Jaramillo, a quien en el mismo impreso se le reconoce el debido crédito en el lugar pertinente.

Con todo lo anterior quiero decir que, en la medida de mis posibilidades, es desde una perspectiva cercana a la propia de la historia del libro en clave de lo teorizado y practicado, entre otros, por estudiosos de la cultura del impreso como el francés Roger Chartier, que intentaré referirme al artefacto comunicativo presentado por el estudiante Acero: considerándolo como una totalidad materialmente significativa en todos sus niveles, producto del intento de someter los componentes iconográficos y textuales seleccionados (o producidos a partir de testimonios orales presuntamente obtenidos en conversas con familiares, del reuso de fotografías de origen familiar y de la revisión de unos cuantos referentes literarios más o menos culturalmente prestigiosos) a las convenciones propias tanto del diseño y edición de libros impresos digitalmente, como de una especie de tendencia, muy en boga hoy, de producir nuevos objetos culturales a partir del reuso de materiales ya existentes, por ejemplo testimonios de allegados, viejas fotografías del álbum familiar y, por supuesto, fórmulas

de producción narrativa que ya hacen parte de una memoria cultural de vieja data.

Desde luego, es posible concentrarse exclusivamente en el texto novelesco en tanto construcción lingüística y declarar con ello que todo el resto de componentes gráfico-textuales que integran el libro “No estamos solas” NO hace parte de la novela, NO contribuye a esa operación conocida como construcción de sentidos asociada al acto de leer, interpretar, valorar un texto. Pero, como ya lo he dicho, no es esta perspectiva la que aquí quisiera poner en juego.

Los paratextos y las fotos en el libro

No estamos solas

Antes de la puesta en impreso del escrito novelístico propiamente dicho, precediendo incluso las páginas de título, autoría, créditos y demás datos de producción aparecen insertos un par de paratextos de índole religiosa, propios del ritual católico asociado a formas tradicionales de conservar la memoria de los muertos en el ámbito de la familia y de las relaciones sociales más cercanas a ésta: una oración y un ruego por el eterno descanso del señor Jorge Portilla Caicedo, el abuelo materno del estudiante autor del presente trabajo, cuando se cumplió el primer año de su fallecimiento, en marzo de 1978. Así mismo, al cierre, nuevamente aparece un documento memorístico de esta índole –fúnebre/ritual- ahora dedicado al otro muerto de la familia importante para la elaboración del escrito novelesco, el señor John Jairo Acero, padre del autor.

Dada la significativa ubicación espacial de estos paratextos y su relación con lo temáticamente elaborado en el contenido textual e iconográfico de esta novela es imposible pasarlos por alto. De hecho, es con uno de

ellos con lo primero que, como lectora, me encontré al abrir el libro para iniciar su lectura... Tentada estoy de decir que, por su ubicación -al inicio y al final- y hasta cierto punto, favorecieron algunos reajustes en el horizonte de expectativas que había empezado a construir a partir del título del libro, en el proceso de lectura del mismo y con respecto a lo que, previamente, ya tenía pensado/creído acerca de lo que puede haber de restrictivo, de problemático proceso de autocensura al intentar, como en este caso, construir una novela a partir de testimonios dolorosos del pasado de personas con las cuales el autor tiene fuertes vínculos de sangre y afecto. Por ello sentí que era clave intentar explicar y evaluar tanto las derivas de su inclusión, su necesidad y/o productividad en términos de generación de sentidos, como los lugares escogidos para hacerlo. ¿Por qué el autor (¿o acaso fue decisión del diagramador?) decidió incluir estas oraciones y recordatorios al inicio y al cierre del libro? ¿Quería que, desde el comienzo y hasta el final, quedase fuera de toda duda el peso de la memoria de los muertos en los familiares que les sobreviven? ¿La pertenencia de la familia a la comunidad católica? ¿La comprensión deseada/buscada por el autor respecto de la forma como su madre y su abuela debían aparecer asumiendo su condición de viudas, en tanto personajes novelescos así lo exigía? ¿O más bien su inclusión obedeció a imperativos extra-diegéticos? ¿Para quién -o quiénes- estas inclusiones eran necesarias o importantes? Pensé que en la memoria del proceso de producción el autor lo explicaría. Pero allí no se dice absolutamente nada sobre el asunto...

Desde mi posición de lectora -totalmente por fuera del círculo familiar Acero-Portilla pero sí familiarizada por razones más culturales que de practicante asidua de alguna forma de activismo religioso/católico- francamente no me pareció que los paratextos aportasen

información clave para la comprensión de lo tratado como contenido novelesco; sobre todo si se tiene en cuenta que las devociones católicas de los dos muertos poco se trabajan en el desarrollo de la novela; y en cuanto a las viudas, tampoco son presentadas como mujeres particularmente religiosas... Sin embargo, no dejó de llamarme la atención que en la fotografía escogida para cerrar el capítulo II (pág. 72), en la que aparece representado un grupo infantil constituido por 3 niñas y dos niños, presumiblemente los 5 hijos de Carlota y Jorge Libio, ya que el pie de foto solo dice “San Juan de Pasto, 1977”, en el pecho de 3 de ellos, los que parecen ser los hermanos mayores, cuelga un crucifijo claramente visible por su tamaño, relativamente grande en relación a la edad de los portantes... Cuando en el proceso de lectura llegué a la página que contiene esta foto no pude dejar de recordar el paratexto inicial y preguntarme si la razón (¿o el impulso?) que llevó al autor a incluirlo, en un lugar tan espacialmente significativo de un libro como es el comienzo del mismo ¿fue la misma que le hizo seleccionar una foto del grupo infantil en el que la marca de la pertenencia religiosa también fuese particularmente ostentosa, gracias al tamaño del símbolo del Crucificado en sus pechos? Nuevamente, en la memoria de la producción nada se dice sobre estos pequeños pero significativos detalles presentes en los testimonios fotográficos... Lo eché de menos.

También esperaba que en la memoria del proceso algo se dijese sobre el criterio que guió la selección de las fotos, presuntamente tomadas de los álbumes de las familias Acero y Portilla. No encontré ni una letra, como sí, contra lo hecho, el autor siguiera pensando que el testimonio de las imágenes incluidas, desde la carátula hasta el final del último capítulo del libro, fuese poco significativo ... O que solo las hubiese incluido como un elemento decorativo, quizá con unas funciones

sencillamente pragmáticas: por una parte, servir de especies de bisagras que abren y cierran los capítulos; por otra dar un cierto aire -entre documental y testimonial- a la novela, aunque sin que ello implicase preocuparse de construir unos pie de fotos más significativos; solo anotando datos referidos a lugar y fecha, y más nada... Como especie de ejercicio mental he pensado sí y cómo se afectaría mi proceso de comprensión y valoración de esta novela si suprimiese los paratextos y todas las fotografías integradas al libro... Al fin y al cabo, ésta es la lectura que de su propio trabajo y del proceso seguido para llevarlo a cabo hizo el mismo autor; es lo que puede deducirse que hizo si examinamos lo que dejó consignado como memoria del proceso de producción llevado a cabo, al final de su libro. La situación ilustra cuánto puede diferir, en este caso, la perspectiva propuesta por el autor de la escogida por una lectora como yo, en situación de evaluadora...

Como “No estamos solas” es una novela breve fotográficamente ilustrada, aprovecho para mencionar la sorpresa que me causó el no encontrar un solo retrato del señor John Jairo Acero, pero sí de su hermoso tigrillo, aunque éste, como personaje, es más bien escasa la figuración que tiene en el desarrollo de la trama novelesca, tan poca que no resulta muy claro por qué se usa como metonimia visual de su dueño... Ello, mientras la señora Carlota, la abuela del autor, aparece retratada en la foto que marca el inicio del Cap. III, pág. 74, en San Andrés Islas, junto a su hija (viuda) y a su nieto (el autor de la novela), luego -sola- en el inicio del último capítulo, el IV, pág. 99, San Juan de Pasto, 1980 y al cierre del mismo -de nuevo sola- en la pág. 115, San Juan de Pasto, 1998: tres veces... ¿Qué se quiere sugerir con la reiteración de ese rostro en especial? Al fin y al cabo, ella es solo una de los personajes principales... No se explica en la memoria de la producción.

Pensando en ello, en las inclusiones y exclusiones visuales, en lo que ambas podrían significar recuerdo otra forma de tratamiento, ahora visual y textual, cuya lógica no logro captar y sobre la que tampoco encontré explicación alguna en los análisis de J. Acero. Me estoy refiriendo al tratamiento diferencial de que son objeto las vidas y muertes del padre y del abuelo del autor. Compárese lo elaborado en torno a la figura de éste último, su relación con los hijos, la esposa, los vecinos, el negocio de la farmacia y el restaurante, sus enfermedades y muerte... Y luego, analícese lo realizado en torno al padre, del que ciertamente se dan algunos datos referidos a su vida como militar, a su relación con los animales, a sus gustos en materia musical, a sus detalles cariñosos con la esposa, pero prácticamente nada o casi nada de su muerte; para no hablar de que sin ninguna explicación se lo haya excluido de esa forma de reconocimiento que implica el incluir su retrato, como si se hizo con el del abuelo o con los 3 de la abuela Carlota. De John Jairo Acero, como ya se dijo, solo el tigrillo, de cuya suerte, muerto su dueño, tampoco nada se sabe.

Nobre el título de la novela

Debo decir, con carácter puramente hipotético, que el enunciado atribuido a Yolanda (la hija viuda), con el que termina la novela y que en su última parte da título a la misma -“No son mentiras, mamá. No estamos solas.”- puede interpretarse tanto en referencia a la existencia, en la vida de cada una, de los hijos (¿y de otras personas?); ¿o quizá como especie de disimulado llamado de atención, de reconversión por viejos descuidos a los deberes que la maternidad impone? ¿A aquello que, para Yolanda, por ningún motivo, puede ser dejado de lado?

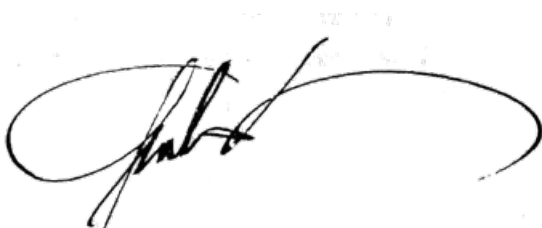
Este diálogo, al final de la novela, no deja de llamarme la atención; por esta razón: a los dos padres muertos, Jorge y John Jairo, los percibí como más afectuosos o más preocupados por sus hijos que las mismas madres... Al respecto, recuerdo como especialmente significativa la evocación del episodio en el que Yolanda, siendo niña, iba en compañía de su madre al cumplimiento de un evento religioso que para el padre, en ese momento ausente, era de poca monta; no se sabe si por imprudencia o descuido de la niña, la madre o el conductor de un carro, fue atropellada; sus piernas quedaron marcadas por las cicatrices que le dejó el accidente, pero gracias a los esfuerzos del padre se evitó la amputación... De la actitud de la madre, en el marco de este desgraciado evento, en el que ella de hecho estaba fuertemente implicada, poco o nada se dice; solo se menciona el duro comentario que hizo acerca del posible futuro de la hija, en fuerte contraste con todo lo que se cuenta del comportamiento, la actitud del padre ante la misma circunstancia.

Pero el enunciado “No estamos solas” también cabe entenderlo como referencia a esa otra forma de la identidad personal, ya no derivada del rol familiar, del ser madre, sino de la pertenencia a una comunidad religiosa (la Iglesia Católica). Solo que, como ya había dicho antes, en todo el desarrollo de la novela no había sentido que esta dimensión fuese un rasgo caracterológico particularmente destacado por el autor en la construcción de sus personajes/familiares masculinos y femeninos. De todas maneras el delicado asunto que significa dar nombre, titular una novela, es algo que, en este caso, Sí lo destaca el autor en sus reflexiones finales sobre el proceso cumplido; para él es algo que constituyó un significativo problema:

La elección de un título para mi obra no es fácil. Aún hoy dudo de la conveniencia de No estamos solas. La variedad de personajes y temáticas no me permitió la creación de una metáfora que les abarcara. (...)

Finalmente

No dejo de sentir un cierto malestar al tener que evaluar un Trabajo de Grado en el que no me es dable reconocer las huellas de una formación académica en la que la ECS-UV ha constituido el referente formativo clave. Quizá por ello, por irrisorio que pueda parecer, sentí una mínima satisfacción cuando en la memoria, que el estudiante Acero tituló “La belleza es una coincidencia”, utilizó la palabra escaleta, un término que nuestros profesores del área de Guionización Audiovisual suelen utilizar... Algo es algo... Por otra parte, el trabajo realizado, creo que en buena parte a partir más de sus deseos y de su autoformación que de lo aportado por la ECS-UV, por las razones ya dichas, constituye un buen augurio de lo que este joven podría realizar en un futuro, si persiste en su empeño de convertirse en escritor literario. Ojalá...



María Griselda Gómez Friez
Profesora Titular
Escuela de Comunicación Social
Facultad de Artes Integradas
Universidad del Valle





La Tagua, 1988

I

Es posible que todo sea un sueño, uno muy triste. Es posible que no esté aquí, pero el calor del mediodía y el ruido del ventilador son reales. Soy real, aunque por un momento quisiera que no; quisiera volver a dormir y despertar en mi tierra, con mi madre. Mi madre podría sonreír y entonces sabría que todo es un sueño, porque nunca la he visto sonreír. Creo que tampoco podré sonreír en mucho tiempo, pero eso no importa. Puedo acostumbrarme. Estoy aquí, dormida, despierta, sola. Cierro los ojos y el sueño no vuelve. Cierro los ojos y el sueño no vuelve. Abro los ojos y él no está. No importa. Puedo acostumbrarme.

Abro los ojos y él no está. Pero estoy yo: mediodía en la mitad del mundo, justo la mitad. Abro los ojos y estoy en la hamaca con las piernas extendidas hacia el cielo, con mis cicatrices extendidas hacia el cielo. Mi mamá tiene razón. Pensé que no mientras él estuvo aquí, pero tiene razón acerca de mis cicatrices. Sólo él pudo querer mis cicatrices como si no tuviera nada. Qué te pasó ahí. Cuando era niña me cogió un carro. Cómo. Me solté de la mano de mi mamá al pasar la calle y quedé bajo las llantas. Y luego qué te pasó. Casi pierdo las piernas y los médicos me las iban a amputar. Y por qué no te las amputaron. Porque mi papá no dejó que me las cortaran, porque él me curó, porque mi papá sabía más que cualquier médico, pero quedé con cicatrices. Ah, bueno, siquiera no te pasó nada.

Abro los ojos. Me impulso con la pared. Sola. Las vigas del techo se mueven conmigo. Sola. Voy y vuelvo en la hamaca. Antes sabía vivir sin él. El cielo, el techo da vueltas. Estoy conmigo. Basta. Tanto pensar, tanto calor me mareo. Aquí no hay brisa. En el pueblo apenas hay ventiladores que zumban de derecha a izquierda,

de izquierda a derecha. No sé qué estaba pensando el primer día que estuve aquí y me puse a tocar el borde del ventilador y en un descuido el dedo estaba bailando en medio de las aspas y sangré y supe que los ventiladores no eran para jugar. ¿Qué podía pensar yo siendo tan niña? Porque lo era y porque era la primera vez que veía un ventilador. ¿Qué sabía yo de la vida? Al menos ahora sé que no tengo derecho a hablar acerca de los sueños que son imposibles.

No vale la pena encender la grabadora que hay sobre la mesita de noche. El silencio de la radio suena como un panal de abejas. Hace un par de semanas se dañó la motobomba que surte de energía a la Emisora del Ejército. Detengo la hamaca. El cielo ocupa un punto fijo. En una de las gavetas de madera descubro un casete. Él escribió en el lado A con su letra cuadrada: “Negra, te quiero mucho”. En el lado B: “Siempre te pienso. No lo olvidas, atte: John Jairo”.

No tiene sentido encender la grabadora. Me hará daño... Play. *Todavía el sol poniente/ arranca chispas doradas/ al viejo farol...* Stop. Retrocedo la cinta. Play. *Pero yo sí que lo sé/ yo sé dónde está esa barca.* Stop. Imagino el puerto y el río que parece desbordado y los hombres que descargan las mercancías de sus botes. Él está ahí con sus gafas de sol y un cachorro de tigre en las manos. Un tigre en las manos y me dice adiós, adiós. Dejo correr la cinta y las lágrimas... *medio enterrada en la arena de una playa olvidada.* ¿Se acordará de mí, sabrá que lloro mientras remonta el río? *Yo sé también que hubo un hombre/ que puso rumbo a esa playa/ para abandonar allí/ recuerdos que le quemaban.* Estará abrazado a su tigre. Tal vez duerme en el viaje. Tal vez es el tigre el que duerme. *Tu nombre se está borrando/ de la proa de mi barca/ nadie sabe que esta copla/ se me escapó a mí del alma.*

No pude abrazarlo en el puerto, porque tenía miedo de acercarme al tigre. John Jairo solía amarrarlo a la pata de la cama para que me hiciera cargo de él mientras estaba de turno en el batallón. Pero el tigre le arrancaba la cabeza a los peluches que él me había regalado. Así fue todo este mes, hasta hoy, el día en el que no pude abrazarlo, porque tenía miedo de acercarme al tigre o tal vez porque tenía miedo de aferrarme fuerte a John Jairo y no dejarlo ir. Tal vez tenía miedo de que me viera llorar. No pude abrazarlo porque tenía que correr. Y corrí. Corrí hacia la escuela, donde creí que no escucharía la sirena que anuncia la partida de los barcos. Nunca un sonido me había parecido tan doloroso. Me solté a llorar, pero al menos él no pudo verme.

El único peluche que no tiene un rasguño es el perro orejón. Me daba la impresión de que se quedaba dormido con las orejas cruzadas sobre los ojos. *Me has dicho "quiero andar otro camino/ que es el principio de una vida sin tu amor"*. Pero, mientras yo estaba en la escuela, era John Jairo quien se los tapaba cuando venía a mi cuarto después de hacer guardia. *Y descubro que mi orgullo era mentira/ Y de nuevo con mis lágrimas te dije así:* Y luego él se marchaba y yo, al regresar, encontraba a mi perro profundamente dormido. *Te quise, te quiero, te querré/ de la forma que tú quieres que te quiera/ y no hay nada ni nadie ni lo habrá/ que me pueda hacer pensar de otra manera.* Ahora tiene los ojos despiertos y llenos de una luz amarilla que viene de la calle.

Me dices que me vaya y yo me voy/ pero mi alma vivirá en tu habitación. Apago la grabadora. Es cierto. Algo se quedó aquí, conmigo, en este cuarto. Es él. Quedaron los peluches que me regaló, pero también la tabla que clavó a la pared para que me sirviera de estante y también la bombilla que cambió alguna vez y que no se ha fundido y la hamaca que consiguió en el batallón para

que yo llegara de la escuela e hiciera la siesta y también su música de Diomedes Díaz y los casetes de baladas que grabábamos de la emisora para luego escuchar juntos y las credenciales con mensajes bonitos.

Estoy segura de que si busco un poco más, encontraré una de sus canas amarillas y entonces él estará aquí, conmigo, más que nunca, junto a mí, sobre la almohada, y descubriré sus canas maravillada, como la primera vez que reparé que tenía canas, porque tenía la cabeza bajo un chorro de luz amarilla que entraba de la calle y le dije que tenía canas y fui a tocarlas porque nunca había visto a alguien tan joven con canas y él me dijo que sí, yo tengo canas amarillas, y aprovechó el descuido y me dio el primer beso. Nuestro primer beso. Me dejé besar.

El ventilador enreda sus aspas en el calor del mediodía. Parece que gira más lento. ¿Se va a ir la luz? No podré ver la novela en casa de doña Melo si la quitan antes de las siete. Es mejor así. Me quedaré en el cuarto. No veré a nadie y cuando llegue la noche, y no haya luz, ni siquiera veré la palma de mi mano. Todo estará bien. Puede pasar cualquier cosa y nada será diferente. Estar en el centro del mundo es lo mismo que estar sola en el fin del mundo y en el fin del mundo la vida transcurre como alargándose lentamente por la orilla del río. Así es este pueblo. Una larga calle al lado del río. También hay otra calle que de un lado termina en la escuela y del otro, en el puerto. Es una cruz de casitas de madera en medio de la selva.

Tocan la puerta. No. Nadie toca. No hay nadie. No escuché el sonido de sus botas al subir las escaleras. Al oírlas sabía que era él -pero no es él- y mi corazón despertaba de la siesta, sobresaltado, paso a paso. Un día entendí que aquella era la forma en que mi corazón

sonreía. No es él, pero tocan de nuevo. Abrí la puerta. Él me había encontrado. ¿Viste? ¿Viste? Te encontré, decía. Su voz era como la de un niño. Sí, me encontró y me lanzaba hojitas que había recogido de un árbol y yo me tapaba la cara porque tenía pena y porque no quería demostrarle que también estaba feliz de que me hubiera encontrado. Pero no es él. Abro la puerta: ahí está Alvarito. Tiene la piel del color de la tierra mojada y el cuerpo bañado por goticas del río. Sostiene una vara larga de madera en su mano.

-Profe, ¿vamos a pescar? Mire que ya conseguí la carnada.

Y me enseña un puñado de tierra en el que las lombrices se retuercen.

-No sé, Alvarito. Hoy no tengo ganas. ¿Yoli está en el río?

-Sí, mi mamá está lavando ropa.

Una algarabía empieza a oírse a lo largo de la calle. Hombres tostados por el sol, ayudados por militares, llevan a cuestas una chalupa fuera de borda hacia la salida del pueblo. Los dirige un hombre de gafas de sol y traje blanco de paño fino. Parece que el calor lo fastidia más que a los otros, porque no deja de gritar groserías.

-¿Por qué no la llevan en carro?

-Porque el mayor Giraldo está de mal genio. Les dijo a los soldados que los iba a poner a sudar por...

-...Alvarito, no digas cosas feas.

Algunas personas han salido de sus casas para ver a los militares, pero Alejandrina no. Su casa parece desocupada

y no veo a Tatiana por ninguna parte. Las mujeres se asoman a través de las ventanas. Se dicen cosas al oído y se sonrojan. Las que mejor conocen a los militares, apenas los miran de reojo. Nunca aprendí a ser así. Mi madre me crió entre las paredes de la casa de Fátima. Tampoco espero ser así. No quiero esperar nada y ellas esperan todos los días, todas las tardes a las seis... Un niño corre detrás de los soldados con un sombrero de ala ancha en las manos. El mayor Giraldo al verlo hace parar la marcha, pero no permite que los soldados descarguen. Esperan a que el niño le entregue el sombrero al mayor. Ojalá no tengan que caminar con la chalupa hasta Puerto Leguizamo.

Tomo mi sombrilla y sigo a Alvarito por la calle que desciende hacia el puerto. A lado y lado se levantan casitas coloridas de techos de zinc. Los hombres con las camisas abiertas se sientan a dormir afuera. A veces miran a las personas que caminan por ahí, pero nunca las saludan. Los únicos que me saludan son los papás de mis estudiantes. Todos los demás son extraños con las caras rojas por el sol. Cerraron las dos tiendas del pueblo, porque sus dueños están organizando la mercancía de todo el mes. Es mejor no dirigirles la palabra en lo que resta de la tarde. Tanto don Augusto como don Rodolfo son costeños bastante malhumorados los días de desembarco.

Los recolectores de coca se sientan a las mesas del billar. Beben cajas de cerveza una tras otra. Levantan sus voces para imponerse y sueltan escandalosas risotadas. Cada quien tiene a su lado un costal lleno de hojas de coca. Son hombres salvajes. Esta noche se quedarán en el pueblo. Tal vez vayan a dormir a las residencias y se levanten antes de las seis para irse en el barco de la madrugada. Lo más probable es que sigan bebiendo hasta que tengan que partir.

Alvarito se detiene de repente. Se vuelve para mostrarme sus brazos.

-Profe, ¿usted cree que algún día yo sea más fuerte que los militares que cargaban el barcote?

Sonríó. Es la única respuesta que puedo darle. Alvarito frunce el ceño para verse más fuerte. Sonríó y revuelvo con mi mano sus cabellos mojados.

La estación de policía está al final de la calle, junto al puerto. Es una casa alta y blanca, atrincherada en costales de arena pintados de verde, una de las pocas construidas en ladrillo. Frente a ella, las banderas mugrientas del Putumayo y de Colombia cuelgan de unas guaguas. Detrás de la estación flota un acorazado en el río. Parece parte de la selva. Unos policías friegan la cubierta con trapeadores y baldes amarillos. Otros, sentados afuera en mangas de camisa, forcejean contra el sueño. Me ven caminar hacia ellos y despiertan. Trato de esquivar sus ojos. Me pongo a ver el río y mis pies se contagian de la paz del Caquetá. Alvarito corre hasta sumergir sus pies en la corriente. Alvarito, su vara de pescar, el río, los botes amarrados al puerto, la otra orilla en la que los árboles apretujados señalan el fin. No hay nada más allá, sólo la manigua.

Yoli está montada sobre una piedra rugosa. Tiene las manos llenas de espuma. Me quito los zapatos para sentarme a su lado. Deja de restregar una camisa y me mira. Sonríe, pero conserva una expresión amarga. ¿Por qué es capaz de reír y mi madre parece haberlo olvidado?

-Pensé que hoy no ibas a trabajar.

-No, mijita. Tengo que entregar mañana estos uniformes planchados y no voy ni por la mitad.

Yoli me pide que le entregue un cepillo que tengo cerca. Me dice:

-Perdona que te moleste y agradece que te ponga oficio.

-Yo también trabajé hoy. Les dije a los niños que no importaba que fuera lunes festivo.

-Sí, eso me contó Alvarito. Es mejor que tengan a los muchachos ocupados.

Busco con la mirada a Alvarito. Está soltando las amarras de un bote. No lo hice por ellos. Lo hice por mí, para no sentirme sola luego de que sonara la sirena. Sequé mis lágrimas, entraron los niños. Entró Alvarito y tomó un puesto en la primera fila. Inicié la clase y nadie se dio cuenta de que estaba triste. Yoli tampoco se ha dado cuenta. Alvarito libera el bote y salta dentro.

-¿Vamos?

El río me espera paciente y ancho. Corre sin ruido, como un mensajero de secretos. Me gusta lavar mis piernas, mis cicatrices, en el río. Me gusta sentir los peces bajo mis pies. Debo olvidarme de todo, tomar esa barca, ir a pescar. Me sorprende de que por un momento ya no esté pensando en John Jairo. Pero ahora estoy pensando en John Jairo. No. Estoy pensando en ir a pescar. La corriente nos lleva sin prisa. De repente el nylon de la vara de pescar se revuelve en el agua. Halamos, halamos juntos y sacamos del agua un pintadillo del tamaño de una persona. Así, grandote y pintado de todos los colores.

-¿Vamos, profe?

-Ve a pescar, Anita. Así te distraes

Yoli lo sabe, sabe que estoy triste. Tal vez lo haya adivinado. No le he dicho nada a nadie. Nadie tiene por qué saberlo. Sus manos arrugadas por el agua me enseñaron a lavar en el río con una piedra o una tabla atravesada por surcos en forma de rombos. De las manos de mi madre aprendí a lavar en la poceta del patio y también a odiar las lavadoras, porque arrancan los botones de las camisas. Prefiero la tabla, porque las piedras son tan pesadas que hay que llevarlas en una carreta. Podría pedirle el favor a Alvarito de que me ayude con ella, tal como lo hace Yoli. Es un buen niño. La tabla va montada sobre dos rocas y hay que subirse allí con los pies colgando dentro del agua. Los peces suelen acariciarme.

-Hoy se fue John Jairo.

-Ya lo sabía. Anita, en este pueblo todo el mundo habla y habla. Los militares ya estaban diciendo que la profe pastusa se había quedado sin quién le ayudara a pasar las notas.

-No quiso irse en avión porque le quitaban el tigre en el aeropuerto.

-¿Prefirió tres días de viaje en lugar de regalarte el tigre?

-Lo menos que yo quería era quedarme con ese tigre. Le tenía pánico.

Qué importaba el tigre: debí abrazarlo. Aún estaríamos juntos. Me diría que me fuera con él, que dejara el pueblo, que este no era mi lugar, que mi lugar era con él. No, yo

vine de mi tierra a trabajar, a enseñar. Este es mi lugar, aquí soy útil. Me volvería a pedir que al menos regresara a Pasto, que empezara a estudiar en la universidad. Me rogaría que lo esperara, porque iría por mí y nos casaríamos. Está bien, diría él: no vamos a tener cuatro hijos como yo quiero, sino dos como tú deseas y el primer varón se va a llamar Jorge, como tu papá, y el segundo se va a llamar Manuel, como el mío. Jorge Acero Portilla y Manuel Acero Portilla. No vamos a tener un apartamento; vamos a tener una casa grande, con un patio como el que me has dicho que hay en Fátima. Y ahí les vamos a enseñar a ambos a montar bicicleta.

-Pero, bueno, Anita. De todas formas sabías que tenía que pasar. Así son los militares. Vienen y se van apenas cumplen su tiempo de servicio. Acerito tenía que irse. Igual, eso no importa. Si no se pudo con un Acero, el viernes nos buscamos un Aúno, un Adós, un Atrés.

Tengo que admitir que Yoli es muy graciosa, así me duela un poco. Cero, uno, dos, tres, la vida continúa. Sí, Yoli sabe lo que dice. Puedo sentirlo. Ella es una mujer que sueña.

-El viernes no podemos ir a la discoteca, Yoli. Recuerda que hay un bazar en la escuela. Necesitamos dinero para las tizas y una máquina de escribir para la secretaria.

-Voy a decirle a Domínguez y a Montoya, para que vayamos con ellos. Pero... ¿Qué pasa, Anita?

Bajo la cabeza. Agradezco que Alvarito esté jugando lejos con su barca y no pueda vernos. No quiero que me vea ni siquiera Yoli. Me tapo la cara con las manos. Siento un gran vacío, como si me faltara el aire. Me duele.

-Ven para acá, Anita. Ven, yo te doy un abrazo.

Me rodea con sus brazos mojados y me acerca a ella. Dice:

-Pudo ser peor. Mírame a mí: hace como cinco años yo tenía un novio que se llamaba Albeiro y también era militar. Nos íbamos a casar y todo. Él me iba a llevar a vivir a Cartago, donde su mamá. Doña Flor era buena gente. Yo la llamaba desde Puerto Leguízamo, porque aquí en La Tagua todavía no había teléfono. Imagínate: tenía que viajar un poco menos de una hora para hablar con ella. Cuando faltaba un mes para el matrimonio, hablé con doña Flor para arreglar los últimos detalles. Ella me dijo que ya había conseguido un jardín para mi sobrino.

-¿Cuál sobrino?

-El desgraciado ese le había dicho que Alvarito era mi sobrino. Apenas volví a ver al tal Albeiro le zampé dos cachetadas y le dije que fuera a negar a su puta madre.

Ahora mi espalda está húmeda. Siento calma. Los ojos cerrados, la voz de Yoli, la amargura de su vida, su frío y abrazo mojado. Hace tanto no sentía frío. Mi ciudad, fría ciudad, varios días de viaje para sentir el viento que proviene de las montañas. ¿Por qué lloro si es ella quien en verdad ha sufrido? No tengo derecho a llorar, mi madre diría que no tengo derecho a llorar y no diría nada más, porque con eso bastaría. No recuerdo haberla visto lamentarse por la muerte de mi papá. No tenía tiempo para eso. En las mañanas atendía la farmacia y en las tardes daba clase en la escuela Julián Bucheli. No, no tengo derecho a llorar.

En tres semanas llegarán las vacaciones. Volveré a casa y le confesaré que la he extrañado. Veré sus manos.

Pocas veces puedo verlas, reparar en ellas, decir cómo son. Son manos llenas de esfuerzo, nunca se detienen, salvo al mediodía, cuando mi madre, sentada al comedor, espera que Gladys le sirva el almuerzo. Su mirada se pierde en un punto lejano y a veces me pregunto si yo también miro así las cosas que me parecen eternas, tan eternas como la selva.

Justo en este momento tengo la impresión de que las palabras de Yoli se alargan hacia el verde infinito, más allá de los árboles de cedro, de amarillo y de guanzoco. Creo que apenas puedo entenderlas.

-... cuando Albeiro se emborrachaba, a mí me tocaba pagar escondedero de a peso.

-¿Te pegaba?

-No, Anita. ¿Cómo se te ocurre? ¿Tú crees que yo me voy a dejar pegar? Es que ese hombre se ponía a hacerme escándalo y no sabía dónde meterme para que no me viera.

Durante el largo abrazo mis lágrimas mojaron el hombro de Yoli. Nos separamos. Me mira con los ojos serenos. No había notado antes que sus brazos están cubiertos de pecas de sol. Su pelo es de un color castaño oscuro, pero Yoli se lo tintura para que sea más claro. Me seca las lágrimas con su blusa. Pasa una mano por mi cabeza y dice extrañada:

-Hoy no te hiciste los crespos. Ahora que termine vamos a tu apartamento y te peino. Podemos escuchar música un rato.

-Todavía no han arreglado la emisora.

-Sí, yo sé. No han querido traer el ingeniero de Bogotá. Pero igual podemos oír los casetes que tienes.

-No.

-¿No?

¿Alguna vez me había sentido igual? Como al borde de un abismo y con ganas de arrojarlo todo. Cuando vuelva al cuarto haré una hoguera con los peluches, la hamaca, la música y todo. Pero las voces de los niños no pueden quemarse. A veces entraba uno de mis estudiantes con los cachetes encendidos y entonces adivinaba que John Jairo le había dado una cartica para mí. Otras veces los niños me decían al oído algo como: “Negra, te amo”. Y luego yo regañaba a John Jairo, porque creía que los niños iban a empezar a decirme “negra” en lugar de profesora. De todos modos nunca dejó de hacerlo y nunca dejé de regañarlo, como cuando se gastó todo el sueldo en un reloj de oro. Le dije que ese no era un gasto necesario, pero ¿quién le hace entrar en razón?

En ocasiones parece un niño, mira como un niño, vive la vida como un niño y cuando le robaron el reloj tuve que consolarlo como a un niño. Me gustaría tanto tener su cabeza sobre mis piernas y decirle que no se preocupe, que todo va a estar bien, que hay cosas más importantes; vería el brillo dorado de sus canas, le haría cosquillas en el oído, en el cuello, volvería a ver los huequitos que se le hacen en las mejillas cuando sonrío. ¿Cómo se supone que quemo eso en una hoguera?

Tengo las manos heladas de imaginarme el abismo. Están en la cima de una cordillera: la espalda de John Jairo que ocupa toda la cama. Así lo descubría cuando regresaba del trabajo. Mis dedos eran unas piernas que

iban de su cadera hasta el hombro, pasando el puente que tendía su brazo. Y luego mi mano llegaba a la nuca y él despertaba de un sueño fingido. Rodeaba mi cintura con sus brazos y de un tirón me encontraba indefensa en el rincón junto a la pared. Mi espalda era suya. La mordía y yo quedaba en suspenso, sin poder mover ni un solo músculo. Apenas oía su respiración; un suave ronroneo.

-Es que no quiero ir a encerrarme en el apartamento.

-¿Sabes cuál canción quiero oír y hace rato no la escucho? ¿Cómo es que se llama? Es de Diomedes Díaz. Esa que dice: “Ay, me importa un carajo que te hayas quedado con ese señor... Yo sé que tú piensas que yo ando borracho y llorando por ti...”

-“Me da mucha pena tener que decirte que no ha sido así...”.

-¿Cómo es que se llama? Esa canción se la dedicó Arévalo a Alejandrina.

-No me acuerdo cómo se llama.

-Ay, Anita. ¿Cierto que esas cosas no pasan en la ciudad?

Yoli mira a su alrededor. Suspira. Es como si se diera cuenta de algo que no había notado antes.

-No, nunca. La radio siempre funciona, pero yo prefiero la televisión. Cuando estaba en Pasto veía los adelantos de los programas en casa de una amiga, porque ella tenía un televisor a color. El de nosotros era a blanco y negro y para prenderlo tocaba esperar media hora a que se calentara. Primero aparecía un punto luminoso,

que poco a poco se convertía en una línea horizontal y luego en una franja que se iba haciendo más ancha hasta que cubría toda la pantalla. Los domingos daban La Familia Ingalls y yo les contaba a mis hermanos qué colores tenían los vestidos de los personajes.

-Hoy podemos ir a la casa de doña Melo a ver televisión.

-La luz estaba molestando al mediodía. Parece que se va a ir.

-Pues que se vaya. De todos modos no está entrando bien la señal por la antena.

-Sí, da la misma cosa.

Alvarito deja de jugar en la barca y se lanza al río. Desaparece de la superficie y después emerge su cabeza por unos segundos. Hace mucho que el sol dejó de estar en su punto más alto. Los árboles tienen un poquito de pena al atardecer. El río cambia de color, enrojece. No pueden ser más de las seis; un par de militares sigue haciendo guardia en el puerto y los policías aún lavan el acorazado. A John Jairo le tocaba revisar las mercancías que llegaban por el río. Yo solía llevarle gaseosa en bolsa para que tratara de olvidar el calor. Esos hombres hierven dentro de los uniformes. Creo que por eso nunca están de buen genio, pero él no era así. Siempre estaba de buen humor y hacía chistes de todo. Me quedaba allí a escucharlo toda la tarde, porque es cierto que habla más que yo.

Yoli silba el vallenato sin nombre de Diomedes Díaz. Alvarito nada de espaldas y una suave corriente lo acerca a la orilla. Se sienta junto a mí.

-Profe, ¿allá vive Dios?

Alvarito señala un punto cercano al sol que tiene el color de la miel. Yoli se maravilla con el cielo. Sospecho que esta tarde tiene que ser obra de alguien más.

-Yo creo que sí, Alvarito. El domingo le preguntamos al padre Van en la catequesis.

-¿Por qué hay tanta gente hoy?

Yoli asume una expresión rígida y endereza la espalda. Mueve de un lado a otro la cara y repite con voz chillona:

-¿Por qué hay tanta gente hoy?

Reímos. Ella trata de imitar la voz de la marioneta que utiliza el padre Van para la homilía. Alvarito se acerca a Yoli, que empieza a entonar con acento gringo:

-Jaimito, hoy estamos reunidos porque es Domingo de Ramos.

Y ella misma se contesta con la voz del muñeco:

-Sí, sí los veo. ¿Por qué la gente tiene maticas en las manos?

Alvarito toca el rostro de Yoli como si quisiera comprobar que todavía es de carne. Acerca las manos a su boca y ella lanza un mordisco y un rugido al mismo tiempo. Alvarito da un salto atrás, asustado. Vuelve con cautela hacia Yoli. Ella sigue moviendo la cabeza de un lado a otro. Pretende no verlo. Y cuando Alvarito está lo suficientemente cerca, Yoli vuelve a rugir y a morder el aire.

Jaimito es un muñeco moreno con ojos azules. El padre

Van lo sienta sobre las piernas y le hace decir “silencio, silencio”. Los niños quedan encantados sin poder entender esa magia. El padre es un ser maravilloso. Así deben ser los ángeles: altísimos, blancos y con acento extraño. Alejandrina y yo le ayudamos con la catequesis de los niños los domingos después de la misa. Luego aseamos el templo. Alejandrina lava el piso de la iglesia y de la casa cural. Yo limpio los baños y sacudo el polvo de las estatuas.

Tres hombres llegan al puerto en una lancha rápida. Llevan los pantalones recogidos hasta las rodillas y las camisas abiertas. Los soldados que hacen guardia les ayudan a descargar sus pesados costales de mimbre. Una vez reparé de cerca las manos de esos hombres. En el espacio entre el pulgar y el índice les nacen cayos verdosos. Hace dos meses vi a uno que bajaba flotando por el río. Alguien lo había quemado con ácido. Me contaron que había sido la guerrilla o algún dueño de los cultivos que no estaba conforme. Prefiero no enterarme de nada. Yo le decía a John Jairo que cuando estuviera haciendo guardia nunca le recibiera dinero o coca a esos señores, porque hay gente, como don Augusto y don Rodolfo, que prefieren la coca en lugar de la plata.

-Todo viene del río.

Yoli huele una camisa para saber si todavía tiene jabón. Y así, con la boca tapada, repite despacio:

-Todo viene del río: la coca, la comida, los militares, los ventiladores, las motobombas, siempre y cuando los guerrilleros no hagan retenes. Todo viene, menos el ingeniero para que arregle la emisora.

En pocas ocasiones he venido en avioneta. La selva desde arriba es un mar inmensamente verde. Las fincas

brillan como perlas con sus techos de latones oxidados que reflejan el sol. El Putumayo parece una serpiente a punto de perder su camino. Prefiero el Caquetá, porque creo que Dios fue quien trazó su curso dócil. En Puerto Asís se hace la primera escala. Da miedo aterrizar ahí. Pareciera que las alas van a estrellarse con las casuchas sembradas en ambos lados de la pista. La segunda escala es en *Puerto Leguízamo, el jardín exótico del universo*, según dice en un cartel a la salida del pueblo. Desde ahí el recorrido hacia La Tagua se hace por una carretera estrecha, por la que sólo puede pasar un carro a la vez. Yoli suele decir que es el andén más largo del mundo.

Ahora dice que todo viene del río. Se le olvidó decir que todo se va por el río... También los tigres y los militares...

-Una vez John Jairo estaba hablando con unos lancheros. Le contaron que si remontaba el río veinte horas hacia el Ecuador, llegaría a una tribu de indias monas de ojos azules. Él dijo que no, gracias, que él ya tenía novia.

-Alvarito, no te vayas a meter al río otra vez. ¿Todavía estás pensando en Acero, Anita? Sí, hace poco que se fue, pero tienes que empezar a olvidarlo.

-Creo que no voy a poder.

-Yo también me he sentido así. Tienes que ser paciente. Pronto vas a ver cómo se te olvida todo. Alvarito, ¿volviste a amarrar la barca?

-No, mamá.

-¿Y qué esperas? Ya casi acabo.

Alvarito se esconde de los rayos del sol. Parece la sombra de un hombre, un hombre grande. Arrastra la barca que la corriente había movido sobre la orilla. Será un buen hombre. ¿Quién es su padre? Nunca me he atrevido a preguntarle a Yoli. Debe ser otro militar. Las mujeres de esta tierra no tienen otro destino que el de encontrar un marido. Los militares se van tarde o temprano. No quiero ser parte de todo esto. Sé que soy diferente porque vine aquí para no depender de nadie. No espero a nadie. Espero olvidar.

Con la punta de la sombrilla reviento las burbujas de jabón que van de las manos de Yoli hacia el río. Debo empezar a olvidar. Calma. Debo seguir viviendo. Una burbuja se aleja y no puedo tocarla con mi sombrilla. Estalla contra una ola. En la orilla las casas se levantan sobre columnas muy altas para prever las crecientes de junio, pero mientras tanto, la gente extiende cuerdas debajo para secar su ropa. Los niños juegan a las escondidas allí. Una niña de vestido azul ha terminado de contar y ahora busca a los demás. Los niños todavía pueden jugar.

Yoli se lleva una camisa al rostro, pero esta vez no la huele, sino que la besa.

-Esta es la camisa de Domínguez. Él es muy buena gente conmigo y tiene unas pestañas tan largas. Estoy segura de que le gusto. ¿Te imaginas, Anita? ¿Tú le conoces alguna novia?

-No sé, Yoli. Hasta ahora no. ¿Y cómo sabes que le gustas?

-Pues es que yo le busco charla cuando me trae la ropa para que la lave. Por ahora sólo hemos hablado poquito. Lo voy a invitar al bazar y ahí me doy cuenta

si le gusto o no. Pero yo sí creo que le gusto, porque ya nos saludamos y nos despedimos de beso. Ojalá no tenga novia.

La felicidad ilumina el rostro de Yoli. Sigue restregando la camisa del cabo Domínguez contra la roca. Una esperanza, Yoli, la sonriente Yoli y las burbujas que no alcanzo a reventar. Es un sueño que no es mi sueño, pero Yoli se ve tan hermosa cuando anhela. Siento como si tuviera que aprender a vivir de nuevo. Debería volver a Pasto con mi familia. Pero si regreso, me convertiría en una carga para mi madre. En Pasto no hay trabajo para una normalista recién graduada. Este es mi lugar. Aquí tengo a mis estudiantes y a Alvarito y a Yoli. No quiero volver a ser una carga. No hay una brisa que me refresque, pero tampoco una que me apure. Los árboles permanecen quietos.

-¿Ya casi terminas? Yo me voy adelantando.

-¿Vas para el apartamento?

-No, no. Voy a estar sentada frente al puestico de salud. Todavía no quiero entrar. Allá te espero.

Camino por la calle con los ojos cerrados. Me apoyo en la sombrilla. ¿Qué se siente estar ciego? Vi en la televisión hace tiempo a una señora que le enseñaba a hablar a un niño sordo. Era magia. Luego me enteré de que era fonoaudióloga. Tal vez algún día entre a la universidad y aprenda a hacer magia. Lo haré. Sé que Gladys también quiere estudiar. Pero apenas nos graduamos consiguió trabajo en una escuela. Debe ser una profesora exigente. Así lo era con nosotros. Ella nos decía cómo teníamos que asear la casa de Fátima y nos revisaba las tareas. Se parece mucho a mamá, hasta en la forma de hablar.

La tierra suena bajo mis pies. El canto del río ha quedado atrás. ¿Cómo se llama la canción de Diomedes Díaz que silbaba Yoli? Los policías de la estación deben verme, no tanto con deseo, sino con curiosidad. Sigo con los ojos cerrados. Con ellos no se puede tener una amistad sincera. Mi sueño de niña era ser azafata y así tener muchos amigos de todos los rincones del mundo, porque yo sabía que había un mundo más allá de los muros de la casa de Fátima. Me imaginaba viajando y sonriendo a los pasajeros, pero para eso hay que tener lindas piernas. Pobrecita, decía mi madre, nunca va a conseguir marido.

En el billar los recolectores de coca estallan en carcajadas. *Cuando me encuentro triste/ cuando me siento lejos/ evoco tus recuerdos y en ellos siento alivio.* Alguno de ellos debe estar dormido en la silla, como si la música de acordeones lo estuviera arrullando. *A veces la nostalgia/ cargada de esa soledad/ me llena de tristeza/ y me pongo a llorar.* Empiezo a oír los gritos que seguramente provienen de la tienda y que se interrumpen por momentos. *Este amor tan cargado de felicidad/ me da temor, pero nunca tendrá final.* Sostienen la respiración mientras ruedan los dados del parqués.

Y cada instante lo quisiera compartir/ contigo, amor mío, contigo, amor mío/ Y cada instante yo te quisiera pedir/ que no me... La música se interrumpe. Se eleva una algarrabía de protesta. Suenan otras notas y las voces se calman. Luego esas voces se suman gritando a la del cantante. *Gabito, Álex y César/ Puro sentimiento.* Recuerdo muy bien esa canción. Él me tendió la mano y yo no me negué. No lo conocía y no hacía falta. *Yo siento que te he querido y te quiero más/ es algo que necesito para vivir.* Era uno de los nuevos facos que recién habían llegado al pueblo. No sabía bailar, pero me miraba fijamente a los ojos. Tú bailas muy bien, dijo. Gracias. Cómo te llamas.

Le contesté para qué quieres saber. *Mi vida no sería vida si tú no estás/ Todo lo veo más bonito sólo por ti.* Para que seamos amigos, contestó. Pues no quiero. Dónde vives. Me hice la loca para no responderle. No te voy a decir. Pues sabes qué, me dijo, te voy a encontrar, ya vas a ver que te voy a encontrar. Unos días después escuché sus botas ante mi puerta.

Abro los ojos. El pueblo sigue igual, sólo que un poco más oscuro. Las luces de la calle están encendidas. Me siento frente al puesto de salud a mirar a las personas que pasan. El aire está caliente, húmedo, como encerrado en una botella. Con mi primer sueldo de profesora me compré ropa para este clima, porque sólo tenía sudaderas y buzos gruesos. Me dio trabajo acostumbrarme a sudar todo el día. Siempre llevo una sombrilla para el sol, pero contra el calor no hay remedio. El agua de la ducha cae tibia. Por eso prefiero bañarme con totuma en la poceta del patio, además porque no son pocas las veces que cortan el agua sin ninguna razón.

En La Tagua llueve poco. John Jairo me enseñó a comprobar cuán fuerte era la lluvia sin tener que mojarme. La clave, negra, es cerrar un ojo y oponer la mano contra la luz del poste y luego mirar las goticas que van cayendo y que se iluminan; es como si la mano fuera una nube de luz. No puedo cerrar el ojo. Pues tápatelo con la otra mano, negra. ¿No es más fácil si veo la lluvia caer en los charcos que se forman en las calles? Le dio risa y pude mirar los dos huequitos de sus mejillas. Sí, es más fácil, pero es que en Armenia las calles son empinadas y no se forman esos charcos. Las bombillas de los postes están parpadeando. En un rato se irá la luz.

Doña Susana está esperándolo. La imagino con el delantal puesto. Va de la cocina al comedor, del comedor a la cocina, siempre apresurada. Pone la mesa. Sirve

dos tazas de chocolate y una arepa con hígado. Llama a don Manuel suavemente para no irritarlo. Vuelve a llamarlo. ¿Dónde está? Está en la sala, de pie, altísimo, igual a John Jairo, con las manos cruzadas en la espalda. Mira la calle a través de la ventana. John Jairo dice que tiene los ojos grises. Doña Susana vuelve a llamarlo. Él la mira de reojo y grita: ¡¿Qué?! La comida, Manuel. No responde. Doña Susana vuelve a la cocina por un pan y una aguapanela que toma de pie.

Lo está esperando. Se imagina la selva, los ríos, la carretera y a John Jairo que atraviesa la mitad de un país para volver a casa. Lo imagina todo, incluso la lengua al vino que le preparará cuando llegue y las preguntas que le hará después de que duerma un buen rato en su cama, a la cual le ha puesto sábanas nuevas. No creo que se imagine que su hijo lleva un tigre, aunque en su último permiso compró una guacamaya a la que puso por nombre John-John.

Esa vez estuvo en Armenia durante dos meses eternos. Me llamó a la cabina de Telecom. Hacía algunas semanas que no hablaba con él. Tenía la voz repuesta. Le pregunté que cómo se sentía, que si seguía enfermo. Me dijo que no, negra, ya estoy mucho mejor; John-John también está feliz en Armenia; parece que le gusta el clima templado; el único problema es que le pega picotazos en la cabeza a la tortuga. No me habías contado que tenías una tortuga. ¿No? Claro que sí. No, no me habías contado. Sí, negra, me dijo, yo tengo todo un zoológico acá en la casa; hasta tengo un loro. Ya está bien, me dije aliviada. Qué has estado haciendo por allá, además de cuidar el zoológico, le pregunté. Nada, negra, hablar de ti todo el tiempo. No te creo. Es la verdad: Mamááá, venga, mamá, dígame a Anita qué he estado haciendo todos estos días. No, John Jairo, no me pases a tú mamá, porque me da...

Cuéntele, mamá, cuéntele. Doña Susana me dijo con la voz entrecortada por la risa, sin poder detenerse, que mi muchacho ha estado contándomelo todo: que eres profesora y que eres pastusa y que al principio no querías ni que John Jairo te hablara; pero eso está bien, así deben ser las mujeres. Gracias, doña Susana, le respondí apenada. Le pregunté que cómo había encontrado a John Jairo al llegar. Ella me contó que muy pálido, Anita, muy pálido y con mucha fiebre; llegó de noche y lo primero que hizo fue acostarse y daba vueltas y daba vueltas en la cama, hasta que me levanté y le dije que lo que usted tiene es hambre; le hice una coladita y se la tomó despacio y ahí sí pudo quedarse profundo.

Esta será una noche calurosa. Parpadea la luz de una bombilla en la casa de enfrente. Será una noche oscura. Siento que la tristeza se va y en su lugar queda la necesidad de gritar, pero no tengo la fuerza para gritar. Mis ojos se entretienen con el juego de los niños en la casita del parque. El ruido del sube y baja. Las risas. Me cuesta tanto aceptar que no está y que no va a volver. No es que haya querido mentir cuando me pidió que me fuera de aquí, que regresara a Pasto, que él iría por mí. Simplemente no va a pasar.

Estaba sentada con Yoli justo aquí la primera vez que vi a John Jairo. Quiénes son, le pregunté a ella. Los nuevos facos. ¿Cómo? Los nuevos facos: los soldados de la fuerza aérea. Eran muchachos arrogantes que caminaban por la calle principal sin decir ni siquiera buenos días. Querían conocer el pueblo. John iba de último, era el más alto. Llevaba una sudadera, una camisa blanca y gafas oscuras. Él no miraba a nadie, pero yo sí lo miré de cerca. Su cabello castaño parecía rubio por la luz del sol. No le confesé a Yoli que me había gustado. Lo guardé para mí.

Una niña y su madre caminan tomadas de la mano desde el extremo de la calle. La niña va contando algo que parece muy importante y cuando me ve, empieza a correr y a gritar mi nombre. Se acerca y trata de rodearme con sus bracitos.

-Tatiana, ¡cuánto tiempo sin verte!

-¡Anita, Anita, Anita!

-¿Cómo has estado, preciosa?

La aparto un poco para ver su cara. Sus cachetes me recuerdan a los de mi sobrina, sólo que los de ella son más rojitos. Así son los cachetes de todos los Portilla. Creo que puedo adivinar la dulzura de Melissa en los ojos de Tatiana. La dulzura que no tiene mi hermano Henry. Nada se puede esperar de él. Mi madre lo malcrió; se lo dio todo. Mi papá tuvo la esperanza de que estudiara medicina. Pero Henry no se parece en nada a mi papá.

Una noche de lluvia, cuando todavía era pequeña y vivíamos en Guatarilla, alguien tocó el portón de nuestra casa. Mi papá se levantó de la cama sobresaltado; apenas tuvo tiempo de ponerse una ruana. Debajo del sombrero nos miraba el rostro angustiado de un campesino, iluminado con el azul de los relámpagos. Su ruana escurría goterones. Tenía asido por las riendas un caballo azabache, con una mancha de pelos blancos en la frente. Doctor Jorge, doctor Jorge -decía sollozando-: mi hermano se está muriendo. Y mi papá le preguntó dónde estaba. Lo machetearon, doctor Jorge, está muy malito, doctor Jorge: haga algo. Cálmesese, hombre, le estoy preguntando que dónde está. Está en la montaña, doctor Jorge, en la montaña; no puede bajar de San Alejandro. Espéreme aquí, ordenó mi papá. Entró a la

casa por su maletín de médico y al volver le arrebató las riendas al campesino. El caballo se resintió, pero la mano de mi papá se posó tranquilamente sobre su mancha blanca; se calmó. Mi papá tomó rumbo a San Alejandro pese a la tormenta.

¿Cuándo fue la última vez que hablé con Henry? Creo que llegué a pensar que los hombres eran así... distantes y que mi papá era el único capaz de hacerme sentir segura. Luego apareció John Jairo. No imagino cómo habría sido mi papá con Melissa. Sólo tendría ojos para ella. No la trataría como lo hace mi madre, con tanta crueldad. ¿Por qué se comporta así? Es tan sólo una niña.

-Tú eres una princesita, Tatiana. ¿Sabías eso?

-¿Si ve, mami? Yo soy la princesa de La Tagua.

-Hola, Alejandrina. ¿Cómo estás?

La melena negra de Alejandrina se encrespa alrededor de su cara ovalada y sobre la frente le cae un copete engominado. Hoy huele a jazmín. Sus labios están encendidos como una manzana. Tiene puesto un vestido blanco de flores. Tatiana lleva un trajecito dominguero también. Alejandrina está tan callada. ¿Qué le sucede? Es mejor no preguntar.

-Siéntate un rato, Alejandrina.

-Tatiana, Tatiana. Suelta eso. Suéltalo.

Tatiana juega con mi sombrilla. Trata de abrirla.

-Déjala que juegue.

-Se puede lastimar los dedos. Dame eso, Tatiana.

Y ella suelta la sombrilla de mala gana y se cruza de brazos. Se parece tanto a Melissa.

-¿Con quién vas a dejar a Tatiana el viernes?

-¿Yoli va a ir al bazar?

-Ella me dijo que sí.

-Entonces no sé. No puedo dejar a Tatiana sola en casa.

Tatiana plancha con sus dedos el vestido. Tal vez Alejandrina no lo recuerde, y es mejor que no lo haga, pero en una ocasión la niña se quedó encerrada en la casa. Salí un momento del apartamento y escuché Anita, Anita. Tatiana asomaba por la ventana su bracito para llamarme. Me acerqué, la tomé de la mano y le dije tranquila, tu mamá ya viene. Me quedé junto a ella toda la tarde con su mano entre las mías. Ahí le dije que era la princesita de La Tagua. Sólo así pudo calmarse. Alejandrina volvió contrariada mucho tiempo después. Me confesó que había hablado con el cabo Arévalo y que habían terminado. Hoy, lo adivino, también estuvo con él. Por eso se puso tan bonita.

-De todos modos no puedes dejar de ir, Alejandrina.

-Claro que no.

Alejandrina suelta una risa nerviosa.

-Claro que no puedo dejar de ir. Nos van a poner de meseras como en el bazar del año pasado. ¿Te acuerdas, te acuerdas? Los otros profesores nos dijeron que no podíamos ser cajeras, porque no podíamos quedarnos

quietas. No podíamos dejar de bailar y bailar.

-Sí, me acuerdo.

-Este año también te puedes volver a ganar el premio a la mejor bailadora de La Tagua.

-Alejandrina, cálmate un poco.

-¿Calmarme? ¿Por qué? ¿Qué pasa?

-Te siento un poco ansiosa.

-Sí, tienes razón. Lo que pasa es... Sí, estoy un poco ansiosa. ¿Te conté que vinieron a mi casa unos papás a preguntarme que por qué la profe Anita había dado clase hoy?

-¿Y qué les respondiste?

-Les dije que tú estabas reforzando unos temas con tu grupo y ya.

-¿Estaban enojados?

-No, no. Tranquila, Anita. Sólo que pensaban que sus hijos estaban perdiendo clase. Sólo eso.

Noto algo en lo que no había reparado antes: me siento bien. Es decir, podría estar peor. Cuando Alejandrina me recordó las clases de esta mañana, no pensé en John Jairo. Bueno, no fue lo primero en lo que pensé. Estoy bien, estoy mejor. Podría sufrir mucho más, como Alejandrina. Tatiana está de cuclillas observando algo que hay entre el suelo arenoso. Las cosas con Arévalo no salieron bien. Ninguna otra cosa puede dejar a Alejandrina así. Ahora estoy segura de que puedo calmarme

y todo puede estar mejor. No es que me sienta feliz al compararme con Alejandrina. No se trata de eso. Tengo la tentación por un segundo de preguntarle cuál era el título de la canción que Yoli cantaba esta tarde.

-¿Vas a ir a casa de doña Melo a ver televisión?

-Sí, tal vez. Voy a ir a acostar a la niña y ya vuelvo. ¿Tú vas a ir?

-No sé. Estoy esperando a Yoli.

-Mejor nos vemos mañana en la escuela. Tatiana, despídete.

Ella se pone de pie y mira confundida sus manos sucias. La limpio con la punta de mi pañuelo: primero la palma y luego dedo por dedo. Nos miramos como dos viejas amigas que han aprendido a quererse por momentos en los que las palabras estorban. Tatiana me abraza. Nos quedamos así no sé por cuánto tiempo. Mil años. Su ropa huele a jazmín, como su madre, pero su cabello me recuerda el dulce de guayaba. Ese era el aroma de mi infancia. Alejandrina toma del brazo a Tatiana. La aparta de mí.

-Vámonos ya, Tatiana. Es hora de que te duermas.

-Chao, Anita, chao.

Alejandrina la arrastra. Se van. Me quedo sola y persiste en mí la sensación... es como... es como si me hubieran robado todo el aire para respirar. Dios hizo las cosas para que todo acabara. Tatiana es lo único que ella tiene. Se aferra. ¿Qué tengo yo?

No tengo miedo. Una noche más, como cualquiera que haya vivido antes. Cuando esté con los ojos cerrados,

tendida en la cama, nada va a importarme. Ni siquiera voy a tener que soñar. Muy tarde vendrán, si es que vienen, los recolectores de coca a la residencia para desplomarse en una cama cualquiera. Sus pasos retumbarán en toda la casa. Escucharé incluso su respiración tosca. Hablarán en medio de sus sueños, sueños ebrios, y dirán algo que no alcanzaron a decir durante el día. Mañana estaré temprano en la escuela. Seré de nuevo la profe Anita. Es cierto que se olvida todo. Ojalá sea así; tendré que aprender a vivir un día a la vez.

Escucho la voz de Yoli y la de Alvarito. Se habían tardado en venir.



Armenia, 1988



San Juan de Pasto, 1977

II

El reloj que asomó debajo del puño de su traje color verde oliva marcó las diez y media. Jorge Libio miró hacia la esquina y lo impacientó el silencio de la calle. Regresó las manos a los bolsillos, cruzó un pie sobre el otro y apoyó todo el peso de su cuerpo contra la entrada de la farmacia San Nicolás. Ese era el gesto de quien lo ha intentado todo para matar el tiempo. Había barrido dos y tres veces el piso de baldosines amarillos con hojas de ruda, de afuera hacia adentro, con el propósito de atraer clientes. También había ajustado en varias ocasiones detalles de su aspecto. Se aseguraba de que los gemelos de su camisa estuvieran adecuadamente ajustados. Durante toda la mañana no había dejado de repasar su cabeza, coronada por unas pocas canas, con el peine que guardaba en el bolsillo del lado del corazón. No cabía más que esperar.

Hacía frío. Nubes espesas ocultaban en el horizonte al volcán Galeras. A Jorge Libio le gustaba una ruana de su hija Anita Yolanda. Era de color chocolate. Fue por ella a la trastienda. La encontró en el cuarto destinado para las cirugías menores. La ruana lo hizo sentirse abrazado, reconfortado. Un ruido, como el de una catarata, estremeció los estantes empotrados a las paredes. Jorge Libio supo de qué se trataba. Ricardo, el cocinero que había contratado para su nuevo restaurante en el local contiguo, acababa de abrir la cortina metálica del Bilbao. Jorge Libio lo encontró acomodando las sillas alrededor de las mesas. Tenía un rostro achatado y redondo, trazado por arrugas, y una sombra espesa del bigote. Jorge Libio opinaba que se parecía a Cantinflas y en los días de buen humor no tenía reparos en llamarlo así.

-Deje eso para después -le dijo Jorge Libio con voz huraña-. Ya debería estar parado el almuerzo.

Sin replicar Ricardo desapareció tras la puerta al fondo del Bilbao. Jorge Libio terminó de poner en su lugar las mesas y las sillas. Tomó un trapo para sacudir y dispuso los manteles de losanges rojos, los saleros, los jarrones con petunias de plástico y los servilleteros. En un tablero verde escribió con tiza el menú del día. Pero primero recordó que era viernes: sopa de blanquillos, carne de res y ensalada de remolacha. A Jorge Armando habría que persuadirlo con la promesa de una gaseosa Fanta para que no dejara en el plato la ensalada. Jorge Libio volvió a consultar su reloj. Ya no le quedaba duda de que la digestión de ese día sería insoportablemente lenta. Un viento helado atravesaba la calle y arrastraba las hojas de los árboles hasta la tienda de enfrente. Era la forma que tomaba el silencio.

Jorge Libio volvió a la farmacia y puso las manos en los bolsillos, cruzó un pie sobre el otro y se apoyó contra la entrada. Dejó vagar su mirada por la esquina. El extremo de la ruana le llegaba un poco más allá de la cintura. Papá parece un oso, creía Anita. La ruana era tan grande para ella que al caminar la arrastraba por el piso. Cuando la veía Jorge Libio corría con el corazón enternecido y le pellizcaba las mejillas. La sentaba en sus piernas y le soltaba la moña del pelo, se tomaba el tiempo para desenredarlo y arreglaba la trenza que había peinado en la mañana. Anita estaría impaciente al regresar de la escuela, porque al día siguiente iría de paseo con sus hermanos a Jongovito, un pueblo más allá del Jardín de las Mercedes.

Unos pasos provinieron del corredor que separaba al restaurante de la farmacia. Chela apareció por una puerta lateral detrás de la vitrina. Llevaba de la mano a una niña de ojos grandes. Y con esos ojos Jorge Libio se sintió aliviado o, al menos, no tan desolado. Carmen estiró los brazos hacia él. En su cabeza lucía una pinza en

forma de mariposa que trataba de dominar sus crespos rebeldes. Era muy parecida a Carlota, la misma cara, pero Carlota había logrado, a fuerza de muchos años y de muchos rulos, ondular su cabello liso.

-Ya estás muy grande para que te cargue –dijo Jorge Libio. Sin embargo, la levantó y la besó.

-Carmen tiene hambre –dijo Chela.

-Pero tienes que esperar al almuerzo –contestó Jorge Libio y mecía a Carmen en el aire.

Carmen posó la cabeza en el hombro de su padre. Jorge Libio enredó los dedos en los crespos de la niña hasta que se quedó dormida.

-Ve y acuéstala un rato, porque Ricardo está demorado.

Jorge Libio conservó por muy poco tiempo la paz que le había proporcionado su hija. Escuchó a sus espaldas la puerta que se cerraba y a Chela que murmuraba una canción de cuna. Se sintió triste, deshabitado. La cumbre del Galeras seguía oculta, pero sus faldas estaban cocidas con retazos verdes salpicados por campos de cebada. Jorge Libio se imaginó caminando a la orilla de un camino de herradura. Le pareció escuchar el sonido de un riachuelo. Recordó sus caminatas a las veredas aledañas a Guaitarilla. Solía atravesar campos arados que se extendían hasta donde lo permitían los cerros, en cuyas cumbres crecían dientes de león y margaritas amarillas. Los campesinos se quitaban el sombrero para saludarlo. Lo llamaban doctor. A veces le regalaban un cuy o mataban una gallina y lo invitaban a almorzar.

Extrañaba su antigua casa. Era enorme. La luz que entraba por el portón color turquesa, abierto de par en

par para atender la farmacia, tenía, en su memoria, una naturaleza distinta. Era una luz como una sonrisa, como un arroyo. En la cocina había un fogón de leña en el que hacía panes los domingos después de la iglesia. El patio terminaba en una cerca de guadua. Más allá, un puente conducía a una huerta, en la que había unos pocos árboles de café, unas cuantas gallinas y un chivo. Alguna vez Jorge Armando se había escondido debajo de ese puente, porque Jorge Libio lo perseguía furioso por haber roto su espejo de afeitarse. Pero el niño, al ver que su padre seguía de largo para la huerta, salió de su escondite.

-Papá, papá –gritaba-: no se vaya para allá: yo estoy aquí.

Jorge Libio soltó una risotada y volvió a ponerse el cinturón.

Las personalidades del pueblo habían conocido su casa, porque Jorge Libio había sido el primero en Guaitarilla en comprar una lavadora. Era una Hoover con un sistema de secado integrado. Carlota maldecía esa máquina con frecuencia, porque no era extraño que le arrancara los botones a las camisas. De modo que sólo por petición de las visitas la ponía en funcionamiento. Para tal propósito Carlota tenía destinados unos trajes viejos.

En ocasiones Jorge Libio pensaba que aquellos recuerdos pertenecían a la vida de alguien más. Pero luego llegaba el momento de las certezas: ese alguien remoto había sido él. No obstante, para atenuar su tristeza reconoció que no podía quejarse. La casa de Fátima sin duda era espaciosa; no tanto como la de Guaitarilla, era cierto, pero en ella había lugar para dos negocios. El largo corredor que mediaba entre ellos daba a la cocina, en la que solía preparar dulce de guayaba en compañía de

Anita. Tenía, además, un patio grande en el que planeaba construir más cuartos para sus nietos, que no podían ser pocos. En el segundo piso estaban las habitaciones, comunicadas entre sí por pasillos cortos. Esta resultaba ser una feliz circunstancia para Jorge Armando, a quien le bastaba con correr en círculos para huir de los castigos de Jorge Libio.

Nadie sabía mejor que Jorge Libio que no hay manera de negociar con la fatiga. De modo que se sentó en el andén y extendió las hojas de un periódico para evadirse. Allí estaba la noticia que le venía causando gracia desde hacía un par de semanas. Los carniceros continúan en paro indefinido, se dijo satisfecho. Se divirtió con la imagen mental de unos tipos que sostenían pancartas ensangrentadas. Pensó que por fuerza debían tener bajo las uñas coágulos de sangre tan antiguos como invisibles. Lejos de sentir asco, se gratificó como si la formulación de ese pensamiento fuera una victoria personal. Nadie comprendería su sonrisa.

-¿De q-q-q-q-qué se ríe, vecino? –preguntó trabajosamente el Gringo que había salido de su tienda a barrer la hojarasca de la calle.

-Buenos días, Gringo –contestó Jorge Libio-. ¿Cómo amaneció? ¿Ya está durmiendo mejor?

-Sí, señor. Ant-t-t-t-tes de acostarme estoy t-t-t-t-to-mando esa infusión que usted me rec-c-c-c-comendó.

-Ya no le están temblando las manos; al menos no tanto –observó Jorge Libio al notar la firmeza relativa con la que el Gringo sostenía la escoba.

-Sí, también de eso estoy mejor –dijo el Gringo y extendió las manos ante su rostro con alegría-, pero apenas pueda voy a ir al medic-c-c-c-co.

-Apenas se les dé la gana de atender a la gente –dijo Jorge Libio, quien extendió el periódico a su vecino. El Gringo lo recibió con gesto preocupado.

-D-d-d-d-dos semanas... –comentó el Gringo, sombrío.

-Dos semanas, Gringo, dos semanas –repitió Jorge Libio y volvió a tomar el periódico.

-Gracias a D-d-d-d-dios a usted no le ha dado por esas, doct-t-t-t-tor. Y es que con el paro tiene que llegarle más gente, ¿no?

Jorge Libio guardó silencio. Una señora bajita se acercó a la tienda y el Gringo fue a atenderla con la hojarasca enredada en la escoba. El insomnio era el menor de sus problemas. El Gringo era tartamudo y esa era la razón por la que Jorge Libio lo llamaba así. En verdad no tenía la intención de ofenderlo. De hecho le guardaba alguna simpatía. No pocas veces habían sostenido conversaciones en las que tocaban temas sensibles y sin embargo llegaban a dichosos consensos. Ambos opinaban que el General Rojas Pinilla había sido el mejor presidente de la historia de Colombia y denunciaban montados en cólera que Misael Pastrana le había robado las elecciones del setenta. No cabía la menor duda de eso.

Lo que ocurría era que Jorge Libio tenía un carácter jovial y opinaba que debía ejercitarse en el arte de la burla. A veces inventaba nombres para expresar su cariño. A su esposa la llamaba Carla.

El Gringo se escondió detrás de una vitrina. Tenía una figura triste, la mirada indecisa más allá de unos gruesos lentes de montura barata. Era un hombre delgado

pero ventrudo. Las manos huesudas le habían dado una tregua. A veces temblaban tanto que su esposa debía asistirlo para comer. Jorge Libio se sintió atribulado y tuvo que dejar de mirarlo. Para ese mal apenas conocía un té de hierbas. Lo invadió, como hacía mucho tiempo no ocurría, un sentimiento de impotencia. Y luego, con el ceño fruncido y los ojos llenos de ansiedad, ocultó el rostro entre las hojas del periódico. La noticia del paro de médicos terminó por ofuscarlo. La imagen de los carniceros ya no le causó ninguna gracia y trajo a su mente un recuerdo atroz.

Tanto si repasaba las minucias de esa historia, como si la consideraba en su conjunto, no podía menos que pensar que resultaba absurda. Incluso estúpida. Si le hubieran vaticinado tiempo atrás un evento así, habría reaccionado como lo haría ante un chiste desagradable. Jorge Libio cerró los puños y el periódico agonizó entre ellos.

Las enfermeras quisieron detenerlo, pero él se abrió paso sin dificultad a través de corredores y de salas de espera atiborradas de personas que lo miraban asustadas. En su mente quedó grabada la imagen de esos rostros deformados por el horror, por la pesadilla, que se alargaban, que se fundían. Se interpuso en su camino un vigilante al que le temblaban las piernas. Jorge Libio lo miró y se despertó en él un vago sentimiento de compasión. Supo perdonar su cobardía y lo apartó con el brazo. El vigilante retrocedió.

En el área de urgencias los médicos se movían como hormigas y las enfermeras corrían detrás de ellos con caras de borrego. Se detuvieron pasmados en el momento en que irrumpió Jorge Libio. Él caminó en medio del silencio y de los ojos expectantes. Gritó el nombre de su hija. Una enfermera se acercó para

conducirlo hasta una puerta al final de un corredor estrecho.

¿Cuántas veces le había dicho a Carlota que siempre pagara taxi cuando saliera con los niños? ¿Cuántas veces? Jorge Libio no estaba en la ciudad porque debía atender los asuntos pendientes que nunca terminaban de concretarse en Guaitarilla. Pero debió estar allí. Nada habría ocurrido. Y no había manera de explicarlo. Simplemente no había manera. Jorge Libio se desesperaba por no poder hallar un culpable. ¿Era su culpa por no haberles enseñado a sus hijos a cruzar la calle? No podía, por más que quisiera, odiar a Carlota. Se había descuidado, sí. Una mínima distracción, un parpadeo. ¿Y qué podía hacer si la amaba? Eso no podía dudarle ni modificarlo.

Abrió la puerta. Apenas alcanzó a ver que la luz penetraba en la habitación hasta una pared en la que un crucifijo colgaba sobre la cabecera de una cama. No pudo seguir.

¿Era culpa de Anita por haberse soltado de la mano de Carlota? Pero ella sólo era una niña. Y también estaba ese asunto estúpido con el que Jorge Libio nunca estuvo de acuerdo. ¿A quién se le ocurre beatificar a un obispo que sostenía que ser liberal era pecado? Y peor aún: ¿a quién se le ocurre peregrinar el dedo embalsamado de ese obispo a sabiendas de que toda la familia es liberal? ¿Por qué Carlota se llevó a los niños? ¿No podía ir sola a ver ese dichoso dedo? ¿No podía? La culpa tenía que ser del obispo Ezequiel Moreno Díaz, resolvió por fin Jorge Libio. No importaba que hubiera muerto hacía casi setenta años. Y esa resolución le dio fuerzas para abrir la puerta y ver a su hija tendida en la cama.

No había querido reparar en sus piernas sólo por miedo.

Sostenía la mirada en su rostro dormido. Se tranquilizó con el gesto alargado y perezoso de su hija, como cuando ella hacía la siesta después del mediodía. Con el dorso de la mano despejó los cabellos negros que cubrían la frente de Anita. Jorge Libio rompió a llorar. Tomó la mano de su hija con tanta delicadeza como si se tratara de un ave herida. Sintió morir, pero guardó que su agonía fuera silenciosa. Se mordió los labios. Tuvo la certidumbre de que había cielo al notar en el pecho de Anita el movimiento de su respiración. Y vio que dejaba escapar un suspiro. Recordó que las espigas de cebada se doblan con el viento como si las acariciara Dios. Hundió su cara entre las sábanas.

Alguien entró a la habitación.

-Usted no puede estar aquí –escuchó Jorge Libio.

Se dejó conducir hasta el corredor por el dueño de esa voz. Las fuerzas lo abandonaron y el otro hombre, que era mucho más bajo, tuvo que apoyarlo contra la pared hasta que recobró el dominio de sus piernas. Después lo llevó hasta el sofá de un consultorio, en el cual Jorge Libio se hundió abatido. Aquel hombre rebuscó en los bolsillos de su bata hasta que encontró una cajetilla de cigarros. Con serenidad en sus movimientos encendió uno y le ofreció otro a Jorge Libio, quien negó con la cabeza. El doctor se desembarazó del estetoscopio que colgaba de su cuello y se quitó las gafas. Durante un rato estuvo frotándose los ojos como si el humo le estorbara. Entonces le dirigió una mirada enrojecida a Jorge Libio. Hizo una larga pausa para poner sus ideas en orden.

Jorge Libio padeció la estrechez del consultorio; tuvo la impresión de que se agotaba el aire. La humedad consumía la pintura de las paredes y la poca luz del

cuarto entraba por el cristal mohoso de una claraboya. Era una luz que producía en el rostro del doctor una apariencia enfermiza. Jorge Libio fue consciente de que esa luz también lo bañaba.

-Diga lo que tenga que decirme de una vez –soltó de golpe, pero no tenía idea si en realidad quería escucharlo.

-Vamos a amputarle las piernas a su hija -anunció el doctor, quien asumía la postura de aquel que se cree poseedor de la verdad.

En la pared del fondo brillaban con luz pálida un par de diplomas universitarios. Jorge Libio se fijó casi exclusivamente en ese detalle, porque todo aquello no tenía sentido. No quería aceptarlo. Dio un paso para acercarse al doctor. Le clavó los ojos; no tuvo misericordia. Era joven –no tanto-, tal vez tenía unos treinta y cinco años. Su cabello empezaba a encanecer. El doctor no sólo era más delgado y mucho más bajo que Jorge Libio, además en ese momento estaba reducido a sus verdaderas dimensiones morales: era despreciable.

-No me voy de aquí sin mi hija –aseguró Jorge Libio con absoluta tranquilidad, casi triunfal. Le dio la espalda al doctor y se repitió que no quería aceptar nada. Es más: no tenía por qué. Llegó al cuarto de Anita y se la llevó en brazos. Las enfermeras y el vigilante ni siquiera intentaron detenerlo.

Un feliz alboroto en la esquina de la calle lo libró de estas evocaciones. Sus hijos regresaban de la escuela. Gladys llevaba tomados de la mano a Jorge Armando y a Anita. Henry, el mayor, apareció detrás de ellos un segundo después. Jorge Libio sintió desaparecer el impulso de constatar la hora en su reloj, porque había llegado el momento predilecto del día. Gladys le preguntó si

había vendido algo esa mañana. Él quiso mentir, decir que había vendido una caja de pastas, que al menos había aplicado una inyección. Pero no tenía caso tratar de engañarla; había heredado las maneras rigurosas de su madre. Intentó guardar silencio, cambiar el tema, confesar bajo tortura, responder con otra pregunta. Pero allí estaba ella y no dejaba de mirarlo.

-Nada, hija, nada –se resignó a contestar.

Lejos de mostrarse desanimado, sonrió. Sonrió cuando tomó la peineta y la pasó por la cabeza de Jorge Armando. Y él también sonrió guiñando los ojos para ver cómo aparecía y desaparecía el rostro de su padre.

-Papá, papá, ¿cierto que el paseo es mañana? –preguntó guiñando aún los ojos.

-Llevo diciéndote lo mismo todo el camino –contestó Gladys-. Sí, el paseo es mañana.

-¿Y usted nos va a acompañar, papá? –preguntó Anita.

-Mija, ¿no ve que mañana tengo que atender la farmacia? –respondió Jorge Libio.

Gladys conservaba a la perfección la trenza alta que Jorge Libio le había hecho esa mañana. El peinado de Anita, en cambio, demostraba el trajín de sus juegos durante el descanso. Los cuatro niños se veían elegantes, conforme a la usanza de Guaitarilla, pero para la ciudad parecían anticuados: los hombres usaban un chalequito de rombos verdes, una camisa azul cielo y pantalones grises hasta las rodillas; las niñas tenían una jardinera gris con una blusa roja, zapatos negros y las medias también eran de color rojo. Anita amaba vestirse así.

-Mis flacas, mis flacas –les dijo Jorge Libio a sus hijas-. Vamos a almorzar.

Jorge Libio dispuso los asientos alrededor de una de las mesas de la esquina del restaurante. Se sentó y Anita aprovechó el momento para subir a una de sus piernas y jugar al caballito. A Jorge Libio le dolía observar las cicatrices de su hija, porque recordaba que Carlota había dicho que era imposible que con esas piernas Yolanda pudiera conseguir un esposo. ¿Cómo podía ser tan cruel? Sin embargo, los vecinos lo consideraban un milagro y a un mismo tiempo un desafío a la ciencia médica. Jorge Libio había contradicho todo pronóstico con una combinación de antibióticos en crema y panella raspada para recobrar el tejido. Las cicatrices habían sido irreversibles, era cierto, pero nada se comparaba con el placer de poder ver a su hija correr de nuevo.

Anita jugó a esconderse bajo la ruana de Jorge Libio, porque sabía que le diría que cuando es hora de comer, es hora de comer y cuando es hora de jugar, es hora de jugar. Y esa era la hora para que Jorge Libio le preguntara a Jorge Armando dónde estaba su hermana porque no podía verla.

-Ahí está, papá, ahí está –y Jorge Armando señalaba el vientre abultado de la ruana.

-¿Dónde, dónde? –volvió a preguntar Jorge Libio.

-Ahí está, papá, debajo de la ruana –insistía Jorge Armando.

-¿Debajo de la ruana?

-Sí, debajo de la ruana. Escúchela, papá: se está riendo.

-No la escucho, Jorge Armando, no la escucho. Si su hermana no está- advirtió con mucha seriedad Jorge Libio-, entonces voy a tener que tomarme la gaseosa que le tenía guardada.

Pero Anita apareció debajo de la ruana porque ya no podía dejar de reír.

Cantinflas sirvió el almuerzo bajo el estricto protocolo que Jorge Libio había impuesto. Ponía los platos por la derecha, primero a los niños más grandes, y los retiraba por la izquierda; estaba prohibido que los platos chocaran entre sí, porque ese ruido significaba que la comida se ofrecía de mala gana. Los niños también estaban sometidos a ese régimen: no podían sorber o soplar la sopa y la sobremesa estaba destinada para el final del almuerzo. Jorge Libio preguntó si ya todos se habían lavado las manos. Jorge Armando salió corriendo hacia el baño.

Un momento después regresó Chela con Carmen en los brazos y se sentó con ella para darle de comer. La niña jugaba con los crespitos de su frente. Los estiraba para verlos de cerca. Ya no hace frío, pensó Jorge Libio. La sopa de blanquillos humeaba. Él revolvía la de Jorge Armando con la cuchara para enfriarla. Henry mezclaba el arroz con los blanquillos como solía hacerlo siempre, pero había algo en sus ojos... tal vez faltaba algo. Guardaba silencio. Jorge Libio se estremeció al notar la tristeza de su hijo. Le enfurecía no estar preparado para las malas noticias como sí lo estaba Carlota. Ella nunca se mostraba asombrada: lo adivinaba todo y podía anticiparse a cualquier evento. Cuando Jorge Libio le expresó la resolución de mudarse a Pasto, ella contestó con naturalidad, como si hubiera tejido la respuesta desde hacía meses:

-Ya he comprado un par de maletas, pero vamos a tener que pedir algunas prestadas para las cosas de los niños.

Jorge Libio aquella vez ni siquiera quiso saber cómo Carlota había podido enterarse, sino que fue al almacén del pueblo a comprar un baúl y cuatro valijas. Había renunciado a las preguntas obvias: ¿acaso él era demasiado evidente? Aunque quizá Henry lo había delatado. Pero Henry no era capaz de hacerlo, ¿o sí? No debió contarle nada. En cualquier caso, ya no se preocupaba por conocer sus métodos adivinatorios. Le importaba más aprender a ocultar algunos secretos convenientes, como los malestares inconfesables del cuerpo o las malas notas del colegio de sus hijos. A él le parecía que Carlota era demasiado estricta con ellos, tanto que llegaba a ser cruel. Probablemente Henry opinaba igual.

Ya era todo un hombrecito como para tener sus propias opiniones y tristezas.

-¿Qué le pasa, mijo? –preguntó Jorge Libio.

Henry le enseñó sus ojos cafés en los que en verdad faltaba algo.

-No, señor. No pasa nada –respondió Henry y sacó del pantalón un papel arrugado. Era un examen de la escuela.

Jorge Libio lo firmó. Repitió lo que siempre decía en esos casos:

-No le vaya a contar a su mamá; usted sabe cómo se pone.

-Sí, señor. Sí, señor.

Bajó la mirada. Jorge Libio también. No soportaba verlo así. Su hijo mayor, su mayor orgullo. Le había confiado secretos de su arte, le había enseñado una cura para los espasmos a base de éter y de hojas de toronjil. Había noches en las que juntos escapaban de casa en Guaitarilla para ir al campo y recoger raíces de rábanos silvestres y hojas frescas de trébol de agua. Con ellas elaboraban un medicamento contra el escorbuto. Luego se tumbaban a un lado del camino, exhaustos de tanto andar. Escrutaban el cielo, porque el cielo lo era todo. La hierba melisa llenaba la noche con su aroma de limón. Entonces Jorge Libio olvidaba que Henry era su hijo; sentía que era alguien más cercano a su alma. En una de esas noches le contó que vivirían en Pasto.

-¿Por qué, papá? –inquirió Henry con los ojos clavados en el cielo.

-Allá nos espera una gran vida.

Henry sería un médico titulado. Ese era el sueño del que Jorge Libio no se permitía dudar un solo segundo. Por eso le dolía tanto verlo derrotado. Y a veces sentía miedo... Miedo de cualquier indicio desfavorable. En Guaitarilla, un domingo de mercado, llegó un campesino con una herida de machete en el brazo. Jorge Libio se encerró en la farmacia con Henry para que lo asistiera en la cirugía. Pero Henry no pudo soportar el olor de la sangre y se desmayó. También sintió miedo esa vez... miedo a que Henry dejara de cumplir esa promesa, ese pacto no formulado que había entre ambos. Era miedo a que Henry lo decepcionara.

Henry no levantó la mirada en todo el almuerzo. Es mejor así, pensó Jorge Libio. El mundo se llena de nostalgia cuando uno lo mira con tristeza. Carmen recibía sin protestar las cucharadas que Chela le llevaba a

la boca. Era extraño verla tan obediente. Anita tenía los ojos casi cerrados; el sueño de esa hora del día era implacable con ella. Gladys no mediaba palabra. Jorge Armando no regresaba del baño. Jorge Libio tuvo la intención de ir a buscarlo, pero sintió una punzada en la cabeza, una jaqueca repentina que desde hacía unos meses le nublabla la visión. Para reponerse le bastaba con recostarse en la cama, pero aun así había empezado un tratamiento que mantenía en secreto de Carlota.

Se trataba de una serie de inyecciones mensuales de solución de gelatina blanca en agua, que contenía unos pocos gramos de cloruro de sodio. El dolor era apenas soportable. Cerró los ojos. Le pareció imposible, pero allí, detrás de sus párpados, encontró paz. El dolor cedió o simplemente Jorge Libio perdió cualquier noción de su cuerpo. Parecía la antesala del sueño, la duermevela. ¿Acaso perdía la conciencia? El dolor no existía.

Los gritos de Jorge Armando lo reclamaron: *¡Papá, papá, papá! ¡Venga, papá, venga!* Todos en la mesa quedaron en suspenso. Jorge Libio se levantó de golpe. Se sorprendió de no haberse desplomado. El dolor de cabeza persistía; estallaba intermitente. Fue hacia el corredor y luego hacia las escaleras. Gladys lo seguía muy de cerca. Contuvo la respiración. Los gritos provenían del baño.

-¿Qué pasa, mijo? —preguntó por si acaso podía ahorrarse el penoso esfuerzo de subir.

-¡Papá, venga, venga!

Jorge Libio se sintió avergonzado de su cuerpo. Se sabía fuerte, imparable en cualquiera de sus determinaciones. Todo estaría bien, era sólo un malestar efímero. Se inyectaría hoy mismo la solución de gelatina blanca

si fuera necesario. Pero no lo sería. Exhaló lentamente. Empezó a subir sin prisa peldaño a peldaño acompañado de su hija. Era muy probable que Jorge Armando lo estuviera llamando por un asunto baladí. Tal vez había encontrado un grillo verde sin una pata. Entonces le pediría permiso para poder quedárselo de mascota. Ya había pasado antes.

-¿Qué pasó? –volvió a preguntar Jorge Libio.

-¡Papá, papá, me va a picar una de esas que cagan miel!

Jorge Libio descubrió a Jorge Armando en el baño tratando de huir de una abeja que lo sorprendió con los pantalones abajo. Corría en círculos, saltaba, trataba de vestirse y gritaba pidiendo ayuda. Jorge Libio no podía socorrerlo porque la risa no se lo permitía. A Gladys tampoco. La abeja escapó por una ventana. Jorge Armando estaba rojo de la pena. Ni siquiera había terminado de subirse los pantalones. Después de todo, Jorge Libio no estaba equivocado: todo ese escándalo se debía a un insecto. Notó que el dolor de cabeza había desaparecido. Sabía que las inyecciones no serían necesarias; bastaba con ser feliz. Eso lo había aprendido de sus hijos. La vida no tenía por qué ser grave ni melancólica.

Volvieron al restaurante. Anita preguntó qué había pasado. Ninguno contestó. Cantinflas había encendido la radio en la cocina. Sonaba un bolero de Agustín Lara: *La Rosa*. Jorge Libio la cantaba susurrando y sonreía. Nada importa, pensó. De repente era como si la tristeza de Henry perteneciera a una escena de un cuadro remoto. Nada importaba. Bueno, tal vez importaban los cordones desatados de los zapatos de Jorge Armando. Jorge Libio se inclinó hasta el suelo y le dijo mientras los amarraba:

-Mijo, no olvide embetunar los zapatos todos los días.

*

Jorge Libio abrió las cortinas y el cuarto se llenó de luz. La cumbre del Galeras estaba desnuda. Carlota se revolvió en la cama. Asomó sus cabellos ensortijados entre las sábanas. Él besó su frente y esperó a que se incorporara para ofrecerle una taza de café. Media cucharadita de azúcar, nada más. Ella puso una almohada en su espalda para estar más cómoda. Abrió los ojos con el primer trago. Ese momento era maravilloso, porque sus ojos tenían una expresión dulce. En el curso del día se irían endureciendo y Jorge Libio preferiría evitarlos. Pero justo allí, justo hoy, Jorge Libio los amaba.

-¿Hoy es sábado? –preguntó Carlota.

-Sí, Carla. Hoy es sábado. Y me parece que el día...
-dijo Jorge Libio sin encontrar palabras.

No había nada que decir. Jorge Libio se esforzó por contemplar cada detalle, como si quisiera aferrarse a esa rutina para siempre. La única manera que encontró para lograrlo era dilatar el silencio. Deslizaba los dedos hasta las piernas de Carlota por las sábanas que se habían contagiado de su calor. Imaginó que el aroma de su cabello estaba todavía enredado en la almohada. Era bellísima e incluso más que eso.

Ella terminó el café. Estornudó. Volvió a estornudar. Jorge Libio buscó un tarrito de vaselina boricada en el cajón de la mesita de noche.

-No te preocupes, estoy bien –dijo Carlota, que contenía el flujo de su nariz con un pañuelo.

La rinitis que provocaba la tiza de los tableros empeoraba. Había noches en que le costaba conciliar el sueño.

Volvió a estornudar. Jorge Libio insistió con la vaselina, pero ella le dio la espalda.

-Está bien –dijo Jorge Libio encogiéndose de hombros-. Si a ti te gusta mantener con la nariz roja, no puedo hacer nada más.

Carlota estornudó otra vez. Le dolía la cabeza; sus ojos lagrimeaban. Jorge Libio pensó que sería mala idea tomarla por el hombro y hacer que lo mirara al rostro. Aunque quizá era justamente lo que esperaba Carlota. Pero a él le costaba descifrar sus gestos, su espalda, su silencio.

Jorge Libio, que sabía cuándo desistir, recogió la loza del café y, antes de ir a la cocina, le dijo:

-Tengo que ir a preparar la merienda de los niños.

-Es cierto –replicó Carlota-, hoy es sábado.

Y volvió a estornudar.

Esa mañana Jorge Libio había ahumado la carne de cerdo y también había asado las salchichas. Le había encargado a Chela desde el día anterior el dulce de guayaba, la melcocha y las cocadas. No olvidó que a Anita y a Jorge Armando les gustaban las galletas con mermelada de fresa. Y todo lo empacó en una canasta grande de mimbre que puso sobre el comedor. Los olores mezclados de la comida abrían el apetito.

Restaba despertar a los niños, pero estaba seguro de que Gladys ya lo había hecho. En ese momento Jorge Libio la imaginó discutiendo con Anita porque no se decidía a salir de la cama. Cuando subió a los cuartos de los niños resultó que estaba equivocado por completo. Anita había tomado un baño y ahora se desenredaba el

cabello para que él la peinara. Henry tenía el espejo de mano que Jorge Libio usaba para afeitarse y, vanidoso, se levantaba un copete. Sin duda había olvidado la congoja del día anterior. Gladys se ocupaba de Carmen; la llevaba en brazos por toda la habitación. Era un cuarto espacioso con cuatro camas, una cuna y un armario.

Jorge Armando miraba la calle a través de la ventana. Su padre se acercó y vieron juntos el cielo de un azul imposible recortado por el Ande. El sol irradiaba generoso; se podía decir que se paseaba alegremente por todo el Valle de Atriz.

-¿Ya se bañó? -le preguntó Jorge Libio al niño.

-Sí, papá -contestó-, pero sólo la cabeza y el cuello y detrás de las orejas.

-¿Tenía frío?

-No, papá: es que Gladys me dijo así para que no me demorara en el baño.

-La próxima vez no le hace caso -susurró Jorge Libio en el oído de Jorge Armando-. Y se baña el cuerpo y pone el ombligo bajo la ducha.

Y luego, con voz recia, les ordenó:

-No se olviden de echarse formol en los pies.

-Sí, señor -respondió Gladys, que seguía con Carmen en los brazos.

-¿Por qué no la acuesta otra vez? ¿Ya le sacó los gases? -le preguntó Jorge Libio.

-Es que pensé que podía ir con nosotros.

-Si ya comió, entonces acuéstela. Su mamá no la dejó ir al paseo.

-¿Por qué, papá? –intervino Anita y le entregó a Jorge Libio una peineta.

No contestó. Se sentó en la cama y le peinó una trenza. El cabello de Anita le llegaba a la cintura. Era negro, con visos azulados.

Jorge Libio dispuso a los niños en fila de menor a mayor delante de la puerta del baño. Les dio una cucharadita de Dayamineral y les entregó una pastilla de Calcevit, pero les advirtió, especialmente a Jorge Armando, que la tomaran disuelta en agua después del almuerzo y no antes. Jorge Libio estaba convencido de que de todos modos no haría caso.

Henry, que tenía ese día un ánimo desenvuelto, bajó corriendo las escaleras hasta la cocina. Jorge Libio lo encontró curioseando la canasta de la merienda. En ese momento, y sin querer, envidió la vitalidad de su hijo. Henry tomó una salchicha de la canasta. No había notado su presencia. Jorge Libio lo siguió contemplando, ya no con curiosidad, sino con nostalgia. Anita, que llegó un momento después, llamó su atención. Reclamó una caricia. Las cejas de ella se juntaban en el ceño y Jorge Libio siguió la línea que describían con la yema de los dedos.

-Papá, mire, papá -dijo Anita-. Se está comiendo la merienda.

-¡Cállate, fea! –gritó Henry-. ¿Por qué tienes que andar hablando? No tienes nada qué decir, fea.

-¡Bueno, ya! Silencio –ordenó Jorge Libio-. Usted –y señaló a Henry- está encargado de la comida, así que tiene que llevar la canasta.

Henry levantó la canasta de la mesa. Pero su peso era excesivo y pronto tuvo que dejarla en el piso. Jorge Libio no contaba con ese detalle. Sabía que Carlota le diría que estaba exagerando, que todo lo que tenía que hacer era poner menos comida. Pero él tenía otra cosa en mente. De inmediato subió hasta el cuarto de ambos. Dio dos golpecitos en la puerta y entró.

Carlota estaba desnuda. Su cuerpo había parido cinco hijos, pero no estaba exhausto. Conservaba sus formas generosas. Era joven todavía, mientras que él era un labriego salvaje y envejecido. Jorge Libio la observó sin discreción. No tenía sentido mirarla de otra manera; ella siempre actuaba como si él no estuviera allí. Las medias veladas estaban sobre la cama. Se acercó sigiloso. Aprisionó con los dedos la seda negra. Hubiese querido acercarse un poco más, olfatearlas un poco, pero Carlota se las arrebató. Los movimientos de sus pies para ponerse las medias colmaban la paciencia de Jorge Libio. Era como asistir a un ritual previo a la cópula. Había algo de embriaguez y de furia en todo ello.

Se sobrepuso. Carlota no permitiría ningún asalto amoroso. Abotonaba su blusa de pequeñas flores anaranjadas a la altura de los senos. Ni siquiera lo miraba. Y ocurrió que Jorge Libio se concibió a sí mismo como un espectro. Algo se interponía entre él y los objetos y el tiempo y la vida y Carlota. Lo gobernaba la asfixia que causaba la lejanía. Quiso sentirse aquí, quiso sentirse ahora. Quiso preguntarle a Carlota si en verdad lo amaba, si acaso toda esa frialdad era fingida; algún tipo de embuste.

Entonces se resolvió:

-Voy a acompañar a los niños al paseo.

Carlota le dirigió por fin una mirada. Un disparo. Él se apuró a explicarse:

-La canasta de la merienda es demasiado pesada.

-Está bien –contestó Carlota, que se ocupaba de subir el cierre de su falda.

Era inusual que hiciera una concesión como esa. Él había imaginado los mejores argumentos para una extensa discusión. Estaba desconcertado. Alguna vez escuchó la expresión “un guerrero sin armas”, pero lo cierto era que Jorge Libio no tenía una guerra que librar.

-Volveré antes del mediodía –dijo.

-Está bien –repitió Carlota-. Deberías poner un letrero en la entrada de la farmacia.

-Es una buena idea –reconoció con tono melancólico Jorge Libio. Y se despidió.

El sol siempre cabalgó el Valle de Atriz para dar luz; nunca para dar calor. Un viento helado golpeó el rostro de Jorge Libio. Era una ráfaga que provenía de las entrañas de la cordillera. Los niños y él caminaban por un estrecho camino a través de la montaña hacia Jongovito. Atrás había quedado la ciudad y sus tribulaciones. Él ni siquiera se volvió para contemplarla. Divisó las casas de adobe y tejado de barro en la lejanía. El campo se abría de par en par y describía ligeras pendientes cuesta abajo. Un caballo azabache pastaba junto a unos cuantos cedros. Los ojos de Jorge Libio se llenaron de vida y la vida se detuvo. Se detuvo.

Se habían adelantado en la caminata los profesores que organizaban el paseo y los otros niños. Quedaban solamente ellos y el campo. Jorge Libio y Anita iban tomados de la mano. Encabezaban la marcha. Gladys y Jorge Armando caminaban juntos. Henry oteaba el horizonte desprevenido. Les salió al paso un labriego. Una ruana negra de lana colgaba de su hombro. Llevaba una camisa azul desgastada y los pantalones metidos en las botas pantaneras. Se notaba que venía de lejos. Para saludar se quitó el sombrero. Pronunció unas palabras que nadie pudo oír y se alejó. Jorge Libio le dirigió una última mirada.

A un lado del camino se alzaba el portón del Jardín de las Mercedes. Dos frondosos limoneros lo custodiaban en cada flanco. Jorge Libio puso la canasta de la merienda en el suelo. Se aproximó lo suficiente como para dejarse acariciar por el aliento que habitaba entre las ramas. Los niños se juntaron a su alrededor. Al portón lo sostenían dos columnas blancas y sobre él había un techo de tejas de barro. En una casucha de madera, también al lado del camino, una vendedora de flores arreglaba los ramilletes de margaritas para los muertos. Su hija vaciaba agua fresca en los baldes amarillos de los claveles y de los cartuchos.

Los nogales del Jardín de las Mercedes proyectaban su sombra paciente sobre las tumbas. Jorge Libio siguió con la mirada las hileras de lápidas que se perdían tras una pendiente. Un cortejo fúnebre ascendía por una colina hasta la capilla que el sol blanqueaba con sus rayos. Y Jorge Libio dijo maravillado:

-Tan bonito que lo entierran a uno aquí.

Sus hijos nunca olvidarían esas palabras, como tampoco el perfume del limonero.



San Juan de Pasto, 1977





San Andrés Islas, 1995

III

Carlota y Anita escuchaban el oleaje.

-Mamá, la primera noche no pude dormir. No lo intenté. Su ropa estaba extendida en el patio. Pero la de él ya no era suya. Ya no era de nadie. Tomé su pijama: la camiseta verde y la bermuda.

-¿Y el sueño?

-Caminaba por el patio. La ropa de mi papá estaba extendida. Toda su ropa. No sabíamos nada. Nadie nos había avisado. Los otros rezaban en la cocina, abrazados. Vi la ruana con la que se había ido. Era mi ruana, ¿cierto?

-¿Tu papá ya se había ido?

-No lo recuerdo. ¿Cómo fue? Recuerdo que él y tú discutían en las escaleras. A Jorge Armando le habían pedido un balón para el colegio. Tú no querías. Era un gasto innecesario. Luego el dolor de cabeza. ¿Tenía puesta mi ruana? Mandó que le aplicaran una inyección. Pedía que le echaran agua fría en la cabeza. Gritaba de dolor. Se desplomó en un sofá.

-Yolanda, no fue así.

-¿No? ¿Cómo fue?

-No importa. ¿Qué seguía en el sueño?

-Veía la ruana. No recuerdo que hiciera sol ni que hiciera frío. Yo estaba en muletas, mamá. Sonó la puerta de la farmacia. ¿Mi papá había cerrado? Las piernas me fallaron. Me levanté y caí. Me arrastré. ¿Era mi papá el

que había cerrado? En la cocina estábamos todos. Yo también estaba arrodillada. La Virgen no tenía rostro. Traté de levantarme. Las vendas se habían enredado en los alambres de la ropa. Miré mis piernas, mamá. Estaban supurando. ¿Dónde estabas tú, mamá?

-¿No estaba en la cocina?

-Ahí sólo estaban mis hermanos. ¿Cómo fue en realidad? Quiero saber. ¿Es verdad que se despidió de ti?

-Despertó por unos minutos y me apretó la mano. Lloraba... lloraba. Me miró como si...

-¿Y tú, mamá, lloraste?

*

Anita Yolanda introdujo otra moneda al escuchar el pito del teléfono.

-¿Adivina qué? Las cosas se van a dar como tú querías.

-¿Cómo así, negra? ¿Qué va a pasar?

-Metí papeles al Icetex y voy a entrar a estudiar.

-¿Cómo, negra? ¿Es en serio?

-Voy a estudiar fonoaudiología.

-¿Y eso de qué se trata?

-Todavía no sé muy bien, pero es una carrera de salud.

-¿Y dónde vas a estudiar?

-En Manizales.

John Jairo se alejó de la bocina. Anita le escuchó decir:

-Venga, hermano. Venga le pregunto: ¿de la Dorada a Manizales cuánto tiempo hay?

*

-¿El sueño acabó?

-Todo se puso oscuro, mis piernas me fallaron, pero no era la noche. La casa desapareció, la Virgen, mis hermanos... Era una oscuridad más densa. Fue igual que esta mañana.

-Me alcancé a preocupar. ¿Ya estás mejor?

-Sólo me raspé el brazo con el catre. No fue nada, mamá: un desmayo. Pero pensé por un momento que no regresaría. Mis piernas me fallaron, todo estaba muy oscuro.

-Muéstrame.

-No, no, tranquila, mamá. Tuve miedo de quedarme allí, pero tampoco quería volver. En el fondo no quería volver.

-¿Miedo?

-Supongo que sí. Igual como cuando era niña. Nosotros crecimos con mucho temor, ¿sabes? Por eso dormíamos en tu cuarto, mamá. Era para sentirnos protegidos. Ahora lo entiendo. Jorge Armando dormía en tu cama porque siempre fue el más mimado de todos. ¿Recuerdas cuando fuimos a Cali en avión la primera vez?

-Eras muy niña. No creo que te acuerdes.

-Viajamos para que un médico me revisara las piernas. Jorge Armando le pidió a papá que recogiera agua de nube cuando estuviera en el avión.

-¿Agua de nube?

-Agua de nube, mamá. ¿Recuerdas qué hizo papá?

-No, eso no.

-Mi papá le llevó a Jorge Armando una botella de agua y le dijo que era agua de nube. Tal vez por eso se volvió piloto.

*

-Nunca se despidió de mí. La última vez olvidé decirle... Lo olvidé... Ese día lo llamé a la Base. Me dijo: negra, a Manuel tienes que darle toda la comida que quiera, para eso compro los tarros de leche. Y a Jorge ponlo a hacer planas para que mejore la letra. Negra, ponlo a hacer planas, me decía.

Jorge levantaba un castillo en la arena. Con un balde llenaba de agua el camino entre las torres.

-Mamá, no quiero regresar a Cali.

-No tienes opción. Allá tienes tu trabajo.

-Tengo miedo, mamá. ¿Por qué no puedo ir contigo a Pasto? Voy a estar sola. No podré dormir... lo sé. Sus cosas... No quiero deshacerme de ellas. Pero están allí y... ¿No te das cuenta? La ropa manchada de sangre que llevaba ese día. Ya no es suya... esa no es su sangre tampoco... De nadie... es increíble.

-¿Miedo a qué? No puede pasar nada peor.

-Todo quedó inconcluso... Se inclinó y yo no se lo dije... lo olvidé. Le di la bendición, como todas las mañanas. No se lo dije. No importaba nada más. No voy a poder seguir, mamá. Se fue. Se me fue. En la noche lo esperaba acostada en el sofá. Los ojos cerrados: ¿por qué tardas en regresar?

-¿Has vuelto a llevarle flores?

-La última vez que fui a Armenia... No, no lo hice.

*

-Olvídate de eso. Debe ser un retraso.

-No, John Jairo. No lo es.

-Debe ser por la preocupación de los parciales. Estás estresada, nada más.

-Ya me hice dos pruebas.

-Negra, si las cosas son así, entonces hay que enfren-tarlas. Hagamos una cosa: concéntrate en los parciales, porque si te empiezas a preocupar...

-Claro, para ti todo es muy fácil. Tú no tienes nada que pensar. No tienes nada que perder.

-No te enojés conmigo.

-No, contigo no. Estoy molesta por todo. No me alcanzo a imaginar lo que va a pensar mi mamá.

-Déjame yo la llamo y le explico todo.

-¡¿Cómo se te ocurre?!

*

Anita y Jorge caminaban tomados de la mano.

-Mami, cánteme la canción para ir a la escuela.

-No sé cuál es.

-La canción dice así:...

Jorge la cantó. Estiró el brazo para encontrar otra mano. Se aferró al vacío.

-¿Es cierto que mi papá todavía está con nosotros?

*

-Me sentía culpable por no sentir dolor.

-¿Por qué llorabas?

-Sentí que odiaba a John Jairo. Lo odiaba, mamá.

-Tienes que aprender que la muerte es un trámite antes que nada: un embotamiento. Y cuando terminas todos los preparativos, el cajón, el lote, las flores, los papeles, el pésame de los acreedores, el traje de los hijos, la ceremonia, las sillas para los invitados, el dinero del cura, entonces puedes permitir que te duela la muerte. Antes no.

-Nunca te vi llorar cuando mi papá murió.

-El dolor estuvo allí. ¿Acaso no te diste cuenta? Era mi dolor y también me dolían ustedes.

-Manuel no paraba de llorar en mis brazos. Jorge sólo

veía el ataúd. Durante el traslado a Armenia me preguntó dónde estaba su papá. No tenía aliento para consolarlo. En el entierro no permitía que nadie se sentara en la silla del lado. Le había dicho que su papá siempre estaría junto a él. No sé si pudo creerlo... cuando abrieron el ataúd y vio la cara de dolor de John Jairo. ¿Es verdad que papá se despidió de ti?

-Despertó por unos minutos y me apretó la mano. Tu papá lloraba... Me miró como si quisiera...

-¿Y tú, mamá, lloraste?

-La verdad es que es fácil tener lástima, Yolanda. Incluso es más fácil tener lástima de ti misma. Las personas a tu alrededor te dan el pésame, te dicen que tu vida es dura, que tus hijos se van a sentir solos sin un padre y esas cosas. Pero fíjate bien, Yolanda: todo el mundo después de un tiempo sigue con su propia vida. Es más difícil comprender que tener lástima. Si comprendes a alguien, no hace falta sentirla.

-Creo que eres demasiado dura.

-Te parezco dura, sólo porque no estás acostumbrada a las mujeres que usamos la cabeza.

*

-No te alcanzas a imaginar a Melissa. Jorge Armando la pone sobre las piernas y ella cree que está conduciendo. Cuando vengas al grado de Carmen vas a ver el carro nuevo. O si no, en vacaciones. ¿Ya casi sales?

-Es que... no sé todavía... no sé... ¿Y cómo están los demás?

-Todos estamos muy bien, aunque mamá se enfermó. Le sigue molestado la rinitis. La semana pasada sangró un poco, pero tú conoces cómo es ella.

-Yo sé, yo sé...

-¿Acabaste ya con todos los parciales?

-Todavía no... Gladys, tengo que colgar...

-Está bien. ¿Me llamas la próxima semana?

-Tal vez mañana...

-Mañana estoy ocupada.

-Es que... tengo algo que contarte. No creo que pueda ir al grado de Carmen.

-¿Por qué no?

-Estoy embarazada.

-¿Estás segura? ¿Estás com-ple-ta-men-te segura?

-Tengo cuatro meses.

-¿Y por qué no me habías contado antes?

-Tenía miedo, Gladys...

-Una no puede dejar de hacer las cosas por miedo, Anita.

-Yo sé, pero... ¿qué va a decir mamá? Voy a tener que salir de la universidad. ¿Qué va a decir ella? Ni siquiera sabe de John Jairo.

-¿Y qué dice él?

-Que nos casemos.

-¡Por Dios, Anita! Una no se casa con nadie sólo porque está embarazada.

-John Jairo me prometió que va a responder. También hablé con doña Susana. Me dijo que la sangre no se deja regada; que estuviera tranquila, porque John Jairo responde por todo.

-¿Y eso qué importa? Ahorita lo importante es cómo le vas a contar a mamá.

*

El sol brilló en lo alto. Jorge corrió contra las olas.

-Lo dejaste muy blanco.

-Es para que luego no se queme.

-Creo que exageras.

-Tú me enseñaste a ser mamá, ¿lo sabes? Cuando era niña entraba a tu cuarto y abría tu baúl. Me gustaba probarme tu vestido de bodas a escondidas.

-Tuve que regalar ese vestido.

-Pero si era hermoso, mamá. Me encantaban el tul y las perlas. ¿Por qué lo regalaste?

-Se estaba poniendo amarillo. ¿Qué se supone que hiciera?

-Siempre tienes razón, mamá. Me lo enseñaste todo y siento que nunca te he agradecido lo suficiente.

-Me trajiste a conocer el mar. Para mí es un milagro que estemos los tres aquí.

-Sabes que no habría sido capaz de hacer este viaje sola.

*

-Carmen mandó a preguntar que si es niña o niño.

-No me he hecho la ecografía aún. ¿Cómo está mamá?

-Se tranquilizó cuando le conté que John Jairo era militar. Dijo que si no quiere colaborar, al menos tiene con qué responder si lo demandamos. ¿Todavía no te ha llamado?

-Recibí la consignación de esta semana, pero no. John Jairo quiere llamarla.

-Déjalo que hable con ella.

-Gladys... no quiero ni imaginármelo. ¿Carmen anda por ahí?

-Ya te la paso.

Carmen pasó al teléfono. Se saludaron.

-La verdad, Anita, yo no entiendo por qué tanto alboroto; raro hubiera sido que Jorge Armando estuviera en embarazo. ¿Ya has pensado en nombres para el bebé?

-John Jairo dice que va a ser niño: entonces creo que se va a llamar Jorge Andrés.

-¿Jorge Andrés? ¿Qué vamos a hacer con todos esos Jorges?

*

-Me pica la nariz.

-Ya falta poquito, mamá.

-Cuidado me echa arena en los ojos.

-Ya falta poquito, mamá.

-Póngame las gafas. El sol me está molestando.

-Ya casi acabo. Le falta arena en el cuello y ya.

-No, en el cuello no. Me hace cosquillas, me hace cosquillas.

-¿Por qué mi abuelita no se mete al mar?

-A ella le gusta estar a la sombra.

-Se ve muy graciosa con esa pantaloneta

-No le vaya a decir nada. Mejor va y le pide la cámara.

*

-¿Cómo hizo mi mamá para conseguirse el número?

-Tú lo llamabas de la casa de la vecina, ¿cierto?

-Cuando él estaba de permiso.

-Pues fue y le pidió los recibos del teléfono. Ahí apareció

un número de Armenia. Entonces le pagó a un señor para que se hiciera pasar por un compañero de John Jairo. Y doña Susana le dio el teléfono de la base de la Dorada.

-Mi mamá es increíble. Gladys: No te imaginas lo que le dijo a John Jairo.

*

-¿Todavía le llevas flores a mi papá?

-Todos los domingos.

-Nos regresamos el lunes, mamá.

-Casi todos los domingos, entonces. Le llevo margaritas.

-¿Todavía vas de negro? En el colegio había un niño que nos decía que éramos unos buitres por vestir de negro.

-¿Para qué sigues? Eso no te hace bien, Yolanda. ¿Para qué recuerdas eso?

-No sé, mamá. Pero siempre me acuerdo. ¿Cómo pudiste curarte?

-¿Curarme de qué?

-... de la rabia. Siento una amargura que no entiendo. ¿Qué se supone que haga con el amor que tenía por él? Es un amor inútil. Tampoco entiendo las cosas que pasaron. ¿Para qué soñar tanto? ¿Para qué?

-¿Qué otra cosa se puede hacer? Hay que seguir.

-Duele tanto, mamá... duele tanto cuando las cosas quedan inconclusas. ¿Y por qué así? ¿Por qué no de otra manera? Quisiera poder entender, pero lo que más quisiera es... Esa mañana debí decírselo ¿Por qué así? ¿Por qué así?

-¿No odias a los que lo mataron?

-¿Cómo odiarlos? Ni siquiera los he visto a los ojos. Nunca se supo quiénes fueron. La moto no apareció.

-Es mejor que no guardes odios. Es mejor.

-La rabia es contra John Jairo. Prometió cuidarme siempre. Me había dicho que nuestras vidas corrían por dos caminos distintos, pero que ambos nos íbamos a juntar tarde o temprano. Y cuando por fin pudimos dejar de soñar... Él lo había dicho, mamá. Lo había prometido. Lo había planeado todo.

-Así no funciona la vida, Yolanda. Te despiertas una mañana tras otra y le pides a Dios que te brinde la fortaleza para soportar ese día, tan sólo ese día. Y eso es todo lo que puedes hacer.

-¿Despertar todas las mañanas? Ni siquiera puedo dormir. Los sueños se me murieron. Por eso no le llevo flores a John Jairo, porque es como llevarle flores a mis propios sueños.

-Deja de hablar así, Yolanda. Quisieras odiarlo, pero te contradices. Es por él que estamos aquí..

-Planeábamos venir a San Andrés desde hace dos años. A pesar de todo no puedo dejar de cumplir sus caprichos. Siempre fue así. Me decía: vamos a comprar la lavadora, negra. Ni siquiera teníamos ollas ni cubiertos,

pero entonces venían los soldados que él había mandado con una caja grande de la lavadora. Negra, vamos a ir a vivir a Cali; a Jorge le va a gustar y el clima cálido le va a sentar bien para el asma. No era capaz de decirle que no.

-¿Lo ves? No puedes odiarlo.

-¿Entonces por qué siento tanta rabia? ¿Por qué siento que lo odio? Es como si todo hubiera quedado inconcluso.

-Por eso mismo queda todo por hacer.

-¿Cómo pudiste, mamá? Enséñame todo de nuevo. El mundo y la cama se te hacen grandes en una noche. Y nosotras somos tan pequeñas. La muerte se puede sentir en las sábanas. ¿Cómo pudiste? Estabas sola, mamá. Yo te tengo a ti, pero tú estabas sola. Y las deudas de la farmacia y el restaurante. Estabas sola con cinco hijos. La vida es inmensa.

-Sí, así es, pero uno tiene que seguir por los hijos. Por ellos estamos aquí.

-Sí, mamá, yo amo a mis hijos... Pero también me duele la fatiga y la soledad. ¿Sabes tú qué le pido a Dios todos los días?

*

-¿Terminó las planas que le puse?

-No, señora. Estoy escribiendo un poema para usted.

-¿Es una tarea?

-Sí.

-Muéstreme.

-Todavía no.

-¿Por qué no?

-Todavía no termino.

-¿De qué se trata?

-Se trata de delfines y del mar, pero no le voy a decir nada, mamá: se trata de delfines y del mar. Espere a que termine. ¿Sabe cómo se llama?

-¿Cómo?

-Flor del campo, pero es de delfines y del mar.

*

-¿Cómo se toman fotos?

-Mire por la ventanita y presione el botón.

-Mamá, usted tiene los cachetes muy grandes.

-Espere, espere. Quíteme las gafas. Apúrese que la arena me hace cosquillas, me hace cosquillas...

-Usted tiene cachetes grandes, mi papá tenía los cachetes grandes y yo tengo los cachetes grandes. Somos una familia de cachetones, mamá. Yo creo que Manuel también va a ser cachetón.

-¡Tome la foto ya!

-Pero, mamá: sonría...

*

-¿Por qué tiene las avenas así?

-Se llaman venas.

-¿Avenas?

-Las manos se ponen así con los años.

-Entonces algún día yo también voy a tener las manos así.

Jorge tomó un puñado de arena y, como un reloj, grano a grano, lo depositó en las manos de Carlota.

-¿De qué color es el mar?

-Azul.

-¿Y la arena?

-La arena es de color patacón.

-¿Y el sol?

-El sol es de color sol, abuelita. ¿No se ha fijado?

Carlota tomó un puñado de arena y, como un reloj, grano a grano, lo depositó en las manos de Jorge.

-Ahí viene la mamá.

-Mamá, ¿ya vio el castillo que hice?

-¿Pudiste hablar con Carmen?

-Sí, todo está bien. Manuelito no la deja dormir, pero todo está bien.

-Mamá, ¿por qué Manuel no vino?

-Está muy bebé para viajar.

-Mamá, ¿que si ya vio el castillo que hice?

-¿Dónde está?

-No, ya no.

-¿Ese de allá?

-Nada, nada, chao, me voy, adiós, me voy para el mar.

-Venga, Jorge, venga.

-No, chao, chao, adiós.

-Venga le echo bloqueador.

El sol brilló en lo alto. Jorge corrió contra las olas.

-Lo dejaste muy blanco.

-Es para que luego no se queme.

-Creo que exageras. ¿Manuelito está comiendo bien?

-Cada dos horas; no deja dormir a Carmen.

-John Jairo lo malacostumbró mucho.

-Jorge al menos pudo conocerlo. ¿Cómo van a ser las cosas mañana? Manuel va crecer sin él. ¿Quién le va a enseñar los números con tapas de gaseosa? ¿Qué va a pasar cuando sea grande? ¿Qué le voy a decir?

-Le vas a mostrar las fotos, le vas a decir cómo era. Luego lo miras a los ojos y le dices que se parece a su papá, así no sea verdad. Todos los días vas a recordárselo para que no lo olvide nunca. Eso es lo correcto.

-¿Lo correcto? ¿Y yo...?

-Sigues adelante por tus hijos. Pero tienes que decirse lo, para que no lo olviden nunca. Ellos tienen derecho a recordar.

-¿Viste cómo sonreía Jorge en el barco? Llevaba tanto tiempo sin una sonrisa.

-Ojalá no crezca como un niño triste.

-El capitán le había puesto su sombrero para la foto. Él no miraba la cámara ni siquiera. Estaba muy ocupado desviando el timón del barco. Jorge quería ser el capitán.

-Ojalá no crezca como un niño triste.

*

-Vea, joven, hágame el favor de comunicarme con John Jairo Acero.

-¿Mi cabo Acero, John Jairo? Sí, señora, ya se lo llamo. ¡Mi cabo!

Los soldados daban parte a los superiores a gritos. Se aproximó el ruido de sus botas.

-Buenas tardes. ¿Con quién hablo?

-Buenas tardes. Yo soy la mamá de Yolanda.

-¿Cuál Yolanda?

-¿Cómo así que no sabe cuál Yolanda?

John Jairo quedó en silencio.

-¡Ahhh! ¡Anita! ¡Anita Yolanda! Mucho gusto, doña Carlota. ¿Cómo ha estado?

-Vea, señor, escúcheme bien: usted tiene que responder por lo que hizo.

-No se preocupe, doña Carlota; yo voy a dar la cara. Le he dicho varias veces a Anita que me deje hablar con usted, pero ella no me deja.

-A mí no me venga con cuentos, soldadito. ¿Usted va a responder o no va a responder?

*

-Sí habrías podido, Yolanda: estoy segura.

-¿Qué cosa?

-Viajar sola hasta acá. Sí habrías podido. Tú eres fuerte, pero no lo sabes.

-No soy como tú, mamá. Tú nunca lloras.

-Siempre lloré. Alguna vez te dije que me molestaba la rinitis. Te mentí. Tenía los ojos rojos de tanto llorar.

-Nunca pensé... nunca pensé...

-Mija... sí habrías podido hacerlo. Lo supe: eras una niña valiente cuando te fuiste sola para el Putumayo.

Lo sé también ahora. Sólo debes entender que el dolor tiene que pasar.

Carlota y Anita Yolanda escuchaban el mar. Jorge corría contra las olas.



San Andrés Islas, 1995



San Juan de Pasto, 1980

IV

Ella quiso una taza de café con media cucharada de azúcar y un beso en el hombro. Se dio vuelta. La cama estaba fría. Estiró un brazo que viajó hacia la otra orilla, pero sólo encontró las arrugas de las sábanas. Sábanas de lino. Escondió la cabeza bajo la almohada, así como cuando estaba él, así como cuando despertaba él. Sus bostezos, el crepúsculo.

¿Alguna vez tuviste esa costumbre? La costumbre de buscar a los muertos. No, no la tuviste. A los muertos y sus cosas había que encerrarlos en un baúl y nunca hablar de ellos. La cama estaba fría y nada más. Las costumbres eran para las personas que no tenían frío en los huesos. Frío en la espalda. Ella quiso encontrar una frágil pista de todos modos: su perfume podía tener un refugio en algún pliegue del lino. Él había existido alguna vez. Él recorría en silencio -sin saber- la habitación. Cuidaba sus pasos para no despertarla, tomaba la toalla, el espejo de afeitarse y los pantalones -calladamente-, sin saber que ella lo miraba con la cabeza escondida en la almohada. Lo miraba antes de que viniera con la taza del café. No lo espiaba por curiosidad. Lo espiaba porque la cautela en sus gestos le inspiraba ternura.

Media cucharada de azúcar. Un beso en el hombro. Un beso en el frío.

Era de día, claro que sí. La oscuridad casi fue perfecta, pero había un hilo de luz que se filtraba entre la cortina y la sábana que había sobre la ventana para que la noche persistiera hasta mediodía. La noche imperfecta; ya las manos no hacían nada bien. *Sólo por eso debiste quedarte en la cama el día entero para intentarlo de nuevo. Todo te serviría de excusa para postergar el viaje. Debía ser difícil abandonar tu vida: ese cuarto añejo y sin luz. Aunque*

sabías que si continuabas oculta te ibas a volver del color de las lagartijas. El sol de las mañanas aporta Vitamina C y Calcio, Carla. Él te lo había dicho antes. ¿Hace cuántos años?

Tú conocías la respuesta.

El día era una catástrofe, el sol también, el frío también. Ella se entretenía viendo el hilo de luz. Briznas de polvo flotaban en el aire. Ondulaban en ese fragmento de sol. *Hace unos años despertabas y había algo que llenaba tus días. Había un niño en tu cuarto. Tenías un motivo y estaba dormido. Los ojos negros, húmedos, se abrían al tiempo que quitabas la sábana. Jorge, tu nieto, no solía mirar el horizonte de montañas frías, ni el volcán adormilado, ni el sol que hacía ver el campo todavía más lejano y verde. Él miraba las briznas de polvo bañadas por el sol e intentaba tomarlas entre sus manos. ¿Te aseguraste de que ese fuera su primer recuerdo? Cumpliste bien tu tarea.*

Pero ella se deshizo de cualquier pensamiento. Era mejor tener la mente en blanco y estar bien arropada. Se dio vuelta para no ver más el hilo de luz. Tener los ojos cerrados era como estar sola, pero los párpados se cansaban. *De modo que este es el miedo, dijiste. Así se siente, ¿no? Un ardor en la espalda, la imposibilidad de cerrar los ojos y el frío. ¿Por qué te ardía la espalda, Carla? ¿Por qué?*

Ella se paseaba con la mirada por el cuarto. *Consabido universo, pero con él bastaba. Más allá había una soledad espantosa. Tú la conocías. Aquí las cosas estaban dichas, sí, como en la derrota. Pero las cosas eran ciertas y últimas. Había orquídeas en bajo relieve sobre las puertas de la cómoda de pino, una mesita de noche tallada en nogal, un sillón en el que solía estar listo el frac de Jorge Libio desde la noche anterior y al lado un baúl de roble. El baúl de roble. ¿Por qué no te atrevías a abrirlo?. Había que saber huir.*

El viaje hacia Cali sería tu última renuncia. Y renunciar era algo que habías hecho bien, mujer... todos los días. Te escondías bien, lo negabas todo, decías que no tenías tiempo: la escuela, la farmacia, las cuentas que había dejado pendiente Jorge Libio y el restaurante que nunca dio un peso. El afán de los días había podido curar el frío. Pero no era una cura para siempre. Estás sola -te dijiste- y trataste de cerrar los ojos... y fracasaste.

Sentir miedo: esa sí que constituía una novedad. Trataste de examinarlo todo con rigor, pero, antes que nada, con odio. Estabas en el fondo de una oscuridad densa. Deseabas ver algún rostro conocido. Y alguien gritaba. ¿Qué decía? Era un eco, un laberinto. Era la negrura de una catedral de naves altas y sin vitrales. Quizá los vitrales estaban empañados o estaban acostumbrados a la noche. O te engañabas: el miedo tenía todas las formas y ninguna. Te preguntaste por qué te era imposible caminar hacia las sombras donde debía estar el atrio. La penumbra se tornó violácea y opresiva. De pronto era como si tú hicieras parte de la catedral: te habías convertido en una de sus piedras. Y los gritos no cesaban. El odio te abandonó y sólo quedó el miedo. Creíste verte dentro de un confesionario, pero no era más que una ilusión, un deseo que no persistía más que un segundo: la catedral se deshacía y quedabas tú y la textura de la soledad entre tus manos.

¿El miedo se había deshecho también? Te creíste vencedora. Podías vivir en tinieblas. Pero el sentimiento de victoria estaba lejos de ser jubiloso. Ahí estaba el cansancio, la resignación constante, la inmensa parálisis y aquella voz que gritaba y que ahora era un susurro. ¿Te quedarías sin entender qué ocurría? Debías quedarte un poco más en esta miserable quietud; tal vez habrías escuchado algo que venía gestándose en ti con los años. Era la verdad de tu mentira, la verdad de tu miedo. Porque, al fin y al cabo, tu derrota se había hecho cotidiana, se había instalado en el sol, en los árboles, en el aire y en el deseo inconfesado de estar muerta. Pero no te atrevías a

escuchar esa verdad de tinieblas que se había fermentado poco a poco en tu interior.

Ya no quedaba rastro de la catedral de sombras. No pudiste ver el atrio, aunque realmente habrías querido encontrarte con un rostro: el de Jorge Libio. ¿Por qué después de tantos años emergía en ti esa necesidad de rehacer algunos pasajes de tu vida? ¿Tenías algo de lo cual arrepentirte? Pero si todo el asunto había quedado debidamente resuelto, al menos en apariencia. Él se había despedido en el lecho justo antes de morir. Yolanda-recordaste- no había tenido ese consuelo mínimo. Además, Jorge Libio tuvo la oportunidad de derramar un par de lágrimas y tú, la fortuna de estrechar su mano. Recordabas su agonía. Fueron un par de días en los cuales sus rasgos se habían vuelto amarillentos y lánguidos. Te costaba reconocerlo porque era un hombre en lenta descomposición. La muerte estaba pronta y tú rogabas para que tuviera un instante de lucidez. Jorge Libio abrió los ojos con su último aliento, pero lo acaparó todo -egoísta- con sus lágrimas y con las palabras que pretendió decir y no pudo. Tú, en cambio, te quedaste con un nudo en la garganta. Tenías algo para confesarle:

-Tengo miedo de quedarme sola, Jorge Libio.

Eso gritaba aquella voz que no habías reconocido como tuya.

Anita había contemplado por largo tiempo la oscuridad en la que estaba sumergida Carlota. Atravesó la habitación que olía a roble y a humedad. Se detuvo en la ventana y Carlota le pidió que esperara un poco para quitar la sábana. En su mirada se refugiaba un punto de luz tenue, tímido. Anita se sentó en la cama y buscó la frente de Carlota. La besó.

-Ya es hora de tu baño, mamá -dijo.

A Anita le pareció que el brillo en el ojo de su madre era una lágrima. Pero Carlota dejó caer pesadamente los párpados y un momento después decidió interrumpir la quietud que ambas compartían.

-¿Henry ya abrió el taller? -preguntó.

-No llegó a dormir anoche.

Para Carlota la pregunta era innecesaria al final de cuentas. Sabía que la presencia de su hijo tenía una manifestación material: el sonido de la cortina metálica del taller de autos que alguna vez fue la farmacia. En las mañanas era un trueno que la sobrecogía y la obligaba a recordar; y en la tarde, una música triste. Pero el universo estaba mudo esa mañana. *La ausencia se mostró en tu vida de muchas formas y una de ellas eran las prolongadas fatigas. Te habías visto en la obligación de forcejear con ellas y venciste en la mayoría de jornadas. No en todas. Henry, el hijo al que le correspondía el lugar de su padre, creció para convertirse en un pigmeo al lado de los sueños que no fueron suyos. Entonces aprendiste la condescendencia. Henry no era Jorge Libio.*

Aprendiste a tolerar que tu hijo se conformara con las migajas que pudieran caer de tu mesa. Tratabas de mirar para otro lado cuando llegaba a casa embrutecido por el alcohol. Siempre lo defendiste, incluso frente a tus otros hijos. Ellos, que habían sido obedientes, no comprendían tu amor, ni tu ceguera ante sus faltas. Tú no aceptabas ningún reproche y te opusiste a cualquier comparación, a cualquier pretensión de igualar a tu hijo con tu esposo: una decepción nunca podía parecerse a otra.

En virtud de tu compasión le permitiste a Henry el mayor sacrilegio. Y él, sin chistar y para no morir de hambre, destruyó lo que quedó de la farmacia, aquel templo consagrado a la memoria de Jorge Libio. Ahora los anaqueles estaban

atiborrados de objetos burdos y grasientos. Henry había dispuesto un baño para clientes en el cuarto de las cirugías menores. En la trastienda acomodó una cocineta y además un tanque de agua para sumergir los neumáticos pinchados... Bastó poco tiempo para que el local estuviera convertido en un muladar. Todo se fue al carajo y estuviste agradecida con él porque aquella destrucción te pareció apropiada, te pareció un alivio.

Pero un día se te agotó la bondad o al menos la paciencia con Henry. Nació Melissa fruto de la unión de tu hijo con una cualquiera. Esa criatura despertó en ti la indiferencia más cruda. Te pareció la prolongación lógica de su mediocridad. Nunca estuviste convencida de que fuera de verdad tu nieta. Ni siquiera permitiste que ella y su madre vivieran bajo tu techo. Habría sido un insulto. Nadie se atrevió a oponerse; Henry era un hombre pusilánime. Con la existencia de Melissa habían acabado de una vez por todas sus oportunidades. Entonces te concentraste en tus otros hijos. Viste crecer los sueños de Yolanda y evitaste que se truncaran por su maternidad. Por eso criaste a Jorgito hasta que ella terminó su carrera. Los hijos de una hija son de distinta naturaleza: siempre pensaste que eran frutos más cercanos a tu vientre.

Carlota, absorta como estaba, no pudo notar que la proximidad de su hija, la proximidad de su vientre, la hizo sonreír. La risa era un espasmo en su rostro: ¿cómo darse cuenta? Se incorporó y fue hacia la ventana para encarar el día. La sábana cayó y la luz la golpeó en el rostro, la golpeó en los huesos.

-Mija, hace mucho frío -dijo Carlota.

-En el baño ya está el agua tibia -respondió Anita.

El vapor que despedía la tina del baño empañaba el cristal de la única ventana. El espejo estaba ciego

también. Anita vació el agua de una jarra sobre las rodillas desnudas de Carlota y mojó su vientre, sus senos y luego su cabeza. Derramó la últimas gotas en su frente. Carlota volvió a quejarse por el frío y estornudó. *Se te aguaron los ojos. Respiraste profundo. Contuviste el aire. Desde que te retiraste hacía un año no te aplicabas la vaselina boricada. Habías pasado tantos días frente a un pizarrón -más de treinta años- y ahora no tolerabas la idea de estar cerca de uno.*

Anita le explicó que la de la jarra era agua de rosas que había expuesto al sereno desde hacía un par de noches.

-Dicen que es un agua muy buena para los nervios.

Anita se dedicaba a pasar el estropajo por los brazos de Carlota. Veía cómo el agua caía a la bañera luego de acariciar sus arrugas y los vellitos del antebrazo. Sin duda disfrutaba servir a ese cuerpo exhausto y dócil. Carlota, por su parte, se entregaba a los cuidados de su hija sin ninguna vergüenza, plácidamente. *Los años más recientes te habían enseñado que había maneras más elaboradas como se manifiesta la vanidad. Dejaste de tinturar y rizar tu cabello, pero en cambio tus ademanes se tornaron ceremoniales y llenos de majestad. Era verdad que tu desnudez ya no era motivo de orgullo, pero eso no tenía la menor importancia para ti.*

Anita dejó caer el estropajo en la tina cuando vio la espalda de Carlota. La examinó de cerca y dijo alarmada:

-¿Sí has visto cómo tienes la espalda, mamá?

-No, miya. ¿Qué tengo?

-Está llena de arañazos.

-Ahora entiendo por qué me arde.

No era el frío, Carla. No lo era, ¿ves? ¿Acaso no te dabas cuenta de que habías sido tú? Sí, lo sabías, pero no te sorprendía en absoluto, porque tu cuerpo se había vuelto desobediente y doloroso.

Anita tomó el estropajo que flotaba en el agua y lo escurrió suavemente. Las gotas cargadas de jabón provocaron un ruido cristalino.

-Aquí no hay nadie que cuide de ti -le dijo Anita recobrando la tranquilidad, mientras enjugaba sus hombros-. Ya vas a ver que en Cali estarás acompañada. Allá están tus nietos. Además Carmen y Gladys van a poder visitarte... incluso Jorge Armando puede ir cuando regrese de algún vuelo.

-Tienes razón... -dijo Carlota entre suspiros.

-Hoy nos vamos, mamá... No te preocupes.

-Sí, hoy nos vamos -repitió Carlota con tono de resignación.

Te irías a una ciudad calurosa y sin volcanes, pero eso estaba lejos de apenarte. Mi habitación en otra tierra, te dijiste. Tus hijas habían migrado a Cali desde hacía años. Pensabas que se habían ido a buen tiempo. Aquí no había nada. ¿A ti tampoco te quedaba nada en este lugar? Pocas cosas tenían significado. Tu baúl se quedaría en esta casa y no volverías a verlo. ¿Nostalgia? Ni siquiera sabías lo que contenía. ¿O sí? Tú lo sabías todo. Preferías callarlo. ¿Qué llevarías en tu maleta? Eso ya lo tenías resuelto. Un par de mudas de ropa y las escrituras de las casas de Fátima y de Ciudad Córdoba. ¿Alguna cosa más? Llevarías tu desaliento, tus huesos y tu espalda lacerada.

En ella se habían secado unos ríos de sangre. Sentías cómo Yolanda los recorría con la punta del estropajo tan ligeramente como le era posible. Entonces te preguntaste si merecías su amor. Observabas sus piernas y sus cicatrices que tenían la forma de rodajas de piña... ¿Tú qué habías hecho por ella? Yolanda, por su parte, lo había dado todo por ti y un poco más: te había llevado a conocer el mar. Jamás en la vida se te hubiera ocurrido que las personas pudieran quitarse los zapatos y andar por ahí desprevénidas. Desde entonces y en algunas ocasiones te ocurría algo extraño. Ibas de camino a la escuela, cuando de repente te parecía estar descalza y tener lo pies húmedos. Eras presa de la fascinación que te causaba recordar el mar que ceñía la costa y la arena líquida que dejaba impresa por un instante tus pasos. Esa era una libertad que no habías conocido antes. Una libertad que no cesa, concluiste una tarde que caminabas soñando.

El mar no puede detenerse, pero tú sí.

¿Qué habrías podido hacer ante eso? Nada. Tampoco habrías podido hacer nada en favor de Yolanda. Pero sí te quedaba algo claro: todos tus actos fueron irreprochables, aunque tal vez sí cometiste un error: fuiste dura... demasiado dura con Yolanda. La vida te había tratado exactamente igual. Estabas segura de que te comportaste conforme lo exigían las circunstancias. No era fácil vivir y mucho menos ser una mujer. Desde niña lo habías comprendido. Te quitabas la falda al llegar del colegio y tenías que llevar el almuerzo a los peones de la hacienda. Te ceñías un machete al cinto por si te topabas con una culebra en el camino entre los cultivos de maíz. Debías cuidar de no derramar ninguna gota del sancocho que llevabas en una olla en cada brazo. El capataz te esperaba en la orilla de un remanso del Guáitara. Ese hombre era tu padre. Descansaba sentado sobre una roca con la camisa abierta y las botas puestas a un lado. Luego te ayudaba a servir la comida entre los peones. Te impresionaba ver sus manos negras y sus uñas llenas de tierra mojada.

Ese fue tu primer trabajo y lo hiciste muy bien. No querías que aquel capataz tuviera ninguna excusa para dejarte sin estudiar. Él había asegurado que las mujeres sólo servían para lavar la ropa y tener hijos, así que te esforzaste para que no tuviera razón. Aprendiste a escribir primero que todos tus hermanos y le demostraste que podías ser alguien en la vida. Creciste y te fuiste de casa sin dirigirle la palabra. ¿Para qué, si a duras penas conocías su voz? Con el tiempo te prometiste conseguir un esposo digno: un hombre que tuviera al menos dos ideas en la cabeza y las manos limpias. Y a tus hijas les enseñaste lo fundamental: a no depender de nadie.

¿No era suficiente? No podrías cambiar las cosas, hicieras lo que hicieras. Las cicatrices de tu hija seguirían ahí, con la forma de una rodaja de piña sobre los muslos; tú tendrías de todos modos ese cansancio, tu herida. Te contemplabas desnuda: ¿cuándo te habías acostumbrado a autocompadecerte? ¿Desde cuándo tenías miedo a quedarte sola, a ser abandonada? Por primera vez en tu vida debían cuidar de ti. Mirabas tu piel, morena y arrugada por el largo contacto con el agua tibia y el tiempo.

Carlota y Anita estaban sentadas en cada extremo del comedor. Esperaban a que el café terminara de colar. Esa era la amarga medida del tiempo. Una gota y después otra gota; parecía la lluvia. Y en efecto llovía. Las dos miraban a través de la ventana cómo se mojaba la ropa de Henry, que estaba extendida sobre alambres en el patio.

-Viajar con este clima no puede ser bueno -dijo Carlota para interrumpir el sonido de la lluvia, que era como el de un suspiro.

-Este va a ser tu último café aquí, mamá. Lo sabes -dijo Anita.

Desconocías ese tono en la voz de Yolanda. ¿Había aprendido de ti la crueldad? No: aún la veías como una niña noble, pero en la manera como tomaba sus determinaciones había algo distinto. Cada cosa que emprendía estaba acentuada por una marca de autoridad. Eso sí lo había aprendido de ti. Hubo un tiempo en que le reprochabas su facilidad para derramar lágrimas. Te inspiraba una compasión que te resultaba empalagosa. Se trataba de un sentimiento que no sabías manejar.

-¿Y qué va a pasar conmigo en Cali? -decía Carlota, angustiada- Toda mi vida me dediqué a enseñar en mi escuela. ¿Qué se supone que haga ahora? ¿Estorbar? ¿Qué va a pasar conmigo, Yolanda? Ustedes se van a aburrir de mí y me van a dejar sola.

-Mamá, nosotros te necesitamos.

-¿Para qué?

Eres una inútil -te decías-: tus manos ya no hacen nada bien, vuelve a la cama. ¿Para qué estabas ahí? ¿Para qué te ibas? ¿Para qué abrías la boca? ¿Para qué te mantenías de pie y despierta? ¿Para qué esperabas el café? ¿Aún aguardabas por un beso en el hombro? ¿Qué harías en Cali? ¿Serían muchos los días que aún tendrías por vivir? Tenías apenas una respuesta: todo lo pondrías en orden, por supuesto. Someterías a tus caprichos a Yolanda y a tus nietos. Lo merecías. Nada se haría sin tu permiso, pues así había sido siempre y no tendría por qué cambiar.

Al fin y al cabo la casa de Ciudad Córdoba era tuya también; la habías comprado para Manuel y Jorge. Y también para ti, para demostrarte que todavía podías realizar antes de tu ocaso un último acto de orgullo. Pagaste esa casa mes a mes con tu sueldo de maestra durante varios años. Tenías que probarle a tu hija que conservabas tu temple. E incluso un

poco más: tenías que enseñarle que, antes que cualquier cosa, había que tener dónde meter la cabeza. Cumpliste. ¿Y ahora? Ahora te instalarías en el cuarto más iluminado y fresco en cuanto estuvieras allá. A Yolanda le habías hecho prometer que compraría una mesita de noche tallada en caoba. Preferías el olor de la madera que el de las frutas y las flores.

Vivir, viajar, volver a vivir a pesar de todo y respirar en calma, dar un paso al costado del camino, contemplar los días y fingir que duermes en las noches. Tratabas de convencerte de que Cali no sería muy distinta a lo que conocías. Al menos no volverías a tener frío. ¡Qué lejano te parecía todo y a la vez eterno! Te daba la impresión de que te habías despedido ya suficiente y deseaste que ese fuera un día de agosto. Así irías a elevar junto a tus nietos una cometa de alas verdes.

Aquellos días traían consigo una sensación agradable entre los dedos. ¿Te acuerdas? La del pasto alto de los lotes baldíos alrededor de Ciudad Córdoba. Sentías que las sortijas de tu cabello se desenredaban y movían con el compás de las ramas de los árboles. Manuel iba detrás de Jorge, que corría con la cometa para tratar de elevarla. Pero no lograban pescar una buena corriente de aire. De repente la cometa tomó vuelo y encontró su lugar entre las nubes. Manuel desenmarañaba la madeja, mientras que Jorge halaba la pita hacia un lado para tratar de corregir su rumbo. ¡Qué felices eran! Te sentías orgullosa y serena de verlos crecer. Manuel era rubio como John Jairo y un poco rollizo, parecido a un panecillo dulce. Jorge se parecía más a Yolanda. Tenía los ojos oscuros, llenos de preguntas, y las cejas espesas.

La cometa se volvió un puntito, una brizna de pasto al lado de la primera estrella de la tarde. Tú sentías que el viento era dueño de ti. Imaginabas que Jorge Libio habría muerto de envidia si pudiera verte. Sí que te gustaba jugar a seducirlo y a ser intocable. Él -ahora lo veías con claridad- era un hombre indefenso. Tú, de otro lado, eras inasible exactamente como la brisa en agosto.

Pero aquellos días estaban lejos, Carla. En su lugar estaba la lluvia, el frío en la punta de los dedos y las marcas de tu espalda. Tratabas de entender por qué eludías la mirada de tu hija, pero era como tratar de comprender tu desaliento.

-Deberías dejarme aquí.

-No, mamá. Eso no va a pasar -contestó Anita.

-Déjame, déjame. Tú te vas a cansar de mí...

-¿Cómo se te ocurre, mamá? No te puedes rendir y yo no te voy a dejar.

-Yolanda... no vale la pena... no vale la pena continuar esforzándose. Al final sólo te quedan los huesos hechos polvo.

-¿Cómo pudiste olvidar algo que tú misma me enseñaste? Nuestra única obligación es la de ser valientes para cumplir lo que soñamos.

-¿Pero...? ¿De qué sueños me estás hablando? Tú misma me dijiste que tus sueños habían muerto con John Jairo.

-Eso pensé... Estaba equivocada, mamá. Soñé con tener una familia a su lado. Y eso es lo que tengo ahora, a pesar de todo.

-¿Sí te das cuenta de que fue un sueño muy corto?
-preguntó Carlota con ironía.

-Sí, mamá, lo fue. Pero también fue un sueño para siempre, porque Manuel y Jorge están conmigo. ¿Cómo puedes olvidarlo?

La lluvia no menguaba y el café no había terminado de colar. Carlota se levantó de golpe. Miró a Anita directo a los ojos. Apretó los puños.

-Deja de decirme mentiras, Yolanda. Lo sé... Son mentiras. Yo también me he tenido que engañar a mí misma.

-¡Mamá...! -a Anita le temblaron los labios.

Carlota tomó su mano y la llevó hasta la habitación. Las gotas de lluvia golpeaban contra la ventana. La luz de la mañana era una débil caricia sobre las sábanas de lino y sobre la madera de aquellas cosas. Carlota observaba el baúl detenidamente y Anita no podía comprender lo que ocurría. Pensó que todo se trataba de un capricho.

-También he tenido que engañarme... -repitió Carlota.

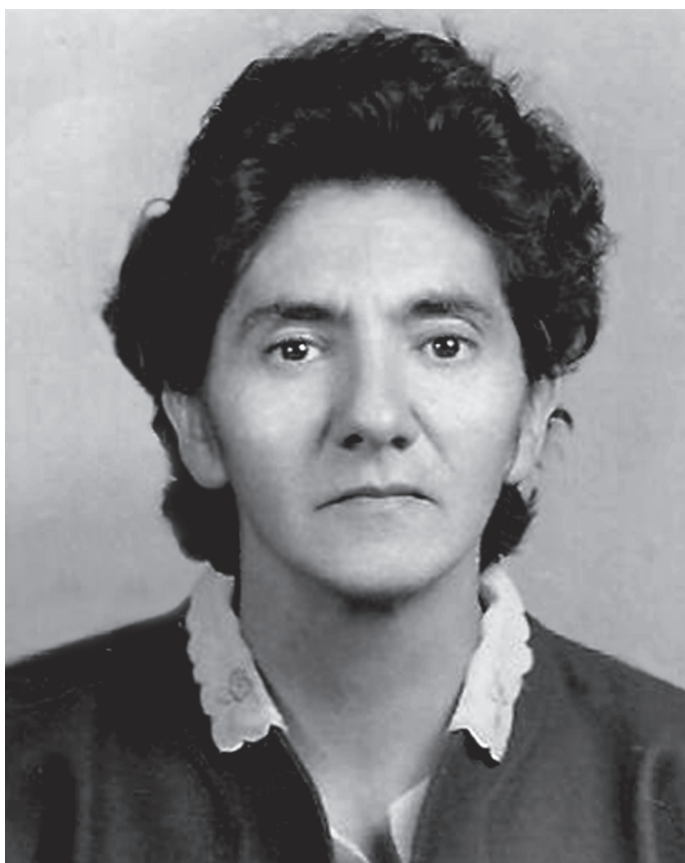
Hizo una pausa, casi una reverencia. Abrió el baúl. Miró a Anita con la mirada desnuda.

-No era cierto... -dijo Carlota y se dejó caer sobre la cama.

Anita vio en el baúl abierto las perlas y el tul del vestido de bodas de Carlota.

Tú lo sabías, Carla. Lo sabías... la angustia era tu motor de lucha y la depresión era tu abandono. Esta era la verdad de tu mentira, la verdad de tu miedo. Cerraste los ojos con la voluntad de no abrirlos más. Entonces sentiste la mano de tu hija sobre la mejilla. Yolanda besó tu hombro y dijo:

-No son mentiras, mamá. No estamos solas.



San Juan de Pasto, 1998

La belleza es una coincidencia

A Karen F.

¿Estaré exagerando si confieso que sufrí lo indecible durante estos tres años? Manuel Silva, mi director de Trabajo de Grado, me reprenderá si lo digo en voz alta. Dirá que debo olvidarme de la figura del escritor atormentado por las musas. Es cierto: no somos intérpretes de la divinidad. Para él, somos trabajadores esforzados de la palabra. Flaubert le da la razón al sentenciar que *el talento es una larga paciencia*.

Quisiera pensar el oficio que inauguro con esta primera novela como el de un albañil. Sería igual que el señor Manuel Efraín Acero Parra, mi abuelo, pero con una salvedad: sería un albañil con fobia al agua. Componer las memorias de este viaje bien podría significar la enumeración de todos los miedos que he tenido que afrontar. Miedo al miedo, incluso.

El martes 4 de septiembre de 2012 desperté de súbito en una hora absurda, justo como hoy. Son las cuatro de la mañana. Me puse a escribir, justo como hoy. Quería decir tan sólo esto: *Para componer la novela sobre la muerte de mi padre me fue preciso acudir a un psicólogo*.

Pero no pude contenerme y terminé componiendo un relato. Lo reproduzco a continuación:

Manzur, mi psiquiatra.

Para componer la novela sobre la muerte de mi padre me fue preciso acudir a una psicóloga, luego tuve que correr en busca de un psiquiatra y finalmente tuve que asistir a sesiones de respiración holotrópica con un psicólogo de orientación

transpersonal. Mi fortuna fue que los tres coincidieron al afirmar que tengo talento. Fue una victoria mínima.

Al psiquiatra lo vi un par de veces. La primera fue cuando iniciaron los ataques de pánico; pensé que moriría si ponía un pie fuera de casa. Cochina agorafobia. Durante la cita de una hora estuvimos hablando de literatura. Nos medimos el uno al otro. El tipo ha leído bastante, pero no ha leído La Hierba Roja de Boris Vian. Por mi parte he leído bastante, pero no he leído La Posibilidad de una Isla de Michel Houellebecq.

El doctor fue el primero en decirme que la muerte de mi padre sí importaba, pese a todas las cosas que yo podía pensar de mí mismo y a pesar de todas las cosas que me he dicho para engañar mi sufrimiento. He pasado mi vida entera diciendo: aquello aconteció hace muchos años, ¿quién fue ese que la gente suele decir que es mi padre? Verdaderamente no importa. Para defenderme del psiquiatra le aseguré que se parecía a un cuadro de Manzur que tenía colgado en su consultorio. En verdad: tenía la espesa y crespa cabellera de los hípicos personajes que frecuentan de espaldas sus pinturas.

En la segunda ocasión coincidimos en la Librería Nacional. Había ido con mi madre a comprar la Odisea. Lo saludé de lejos, le tendí la mano, la apretó con fuerza, volvimos a medirnos el uno al otro. Me felicitó, me dijo: muy buen relato. Le contesté que para aconsejar un libro a otra persona se necesitaba valentía, ¿no? Eso me lo había enseñado él en nuestro primer encuentro. Boris Vian, le repetí, es grande en las sutilezas.

-No, no –se corrigió-, ese texto no; el que me mandaste. Está muy bien escrito.

Entonces recordé que le había enviado a su correo electrónico un relato inspirado por el etílico vigor de Dinero, una novela de Martin Amis: Martin, John y yo. Perdonarán ustedes la cacofonía voluntaria.

-Pensé que no lo había leído, doc –dije sonrojado-: jamás contestó mi mensaje.

Y él, arrogante:

-No, yo simplemente leo lo que me envían; nunca comento nada.

-Bueno, doc –dije a mi turno-, prometo que cuando mi libro esté publicado le regalaré un ejemplar con mi firma.

Hicimos otro par de chistes flojos por cortesía y nos despedimos. Tal vez le haya sorprendido verme tan campante en la calle. Lo cierto es que nunca tomé esos desabridos caldos de paroxetina que me había recetado. Me dejaban hecho un perfecto idiota y yo necesitaba un poco de mi paranoia para dedicarme a mis letras.

Ahora que lo evoco mejor, había en el doctor un gesto desconcertado; su cabello ensortijado y revuelto. Sospecho que la razón eran mis zapatos: con el fin de irritar a mi madre, me los había puesto de dos pares distintos. Así anduve todo el día. Seguro habrá pensado que soy un loco. En el momento en que me daba la espalda parecía más que nunca un caballero perteneciente a los cuadros de Manzur.

Como supondrán, este viaje no ha sido fácil. No sólo en términos literarios, sino personales. He tenido que crecer y crecer es edificante, pero sobre todo doloroso. Los ataques de pánico empezaron exactamente el 17 de mayo del 2012. ¿Qué ocurrió ese día? Inicié una nueva práctica profesional en www.ciudadvaga.com.co y no tenía idea si estaría a la altura de ese reto. Según leí en algún lugar, estos ataques se presentan luego de largos periodos de estrés. No era para menos. Hacía un mes había muerto mi abuelo Manuel. Es decir, había muerto otra parte de mi padre.

Este suceso coincidió con mi despido de la primera práctica profesional que venía desempeñando como comunicador organizacional en una corporación, de la cual no conservo gratos recuerdos. Conservo, eso sí, un texto intitulado *Todos los días la vida me derrotaba un poquito*, que compuse a raíz de esa experiencia.

Durante esa época atravesaba una crisis vocacional. ¿Me era lícito soñar con ser escritor? ¿Tenía que seguir el ejemplo de E.T.A Hoffmann, quien se conformó con un puesto de oficina y ejercía el oficio literario en sus tiempos libres? *El que escribe para comer ni escribe ni come*, dice, al parecer, Quevedo.

Había olvidado que meses atrás escribí un par de sentencias en una libreta de anotaciones, justo antes de partir hacia la Tagua, Putumayo, para recopilar los datos necesarios para el primer capítulo:

13 de julio de 2011

Entré a la librería del aeropuerto. ¡Cuántos libros, Virgen María! Me pregunté si acaso debía importunar la literatura con mis letras. En los últimos días de esta existencia, que es la mía, me he convencido de que nací para ser un impertinente.

(Y una anotación marginal) *Debo leer a Céline. Es una obligación.*

He sido terco, a la manera de Ferdinand Bardamu, quien pervive a pesar de la sinrazón y la amargura. Quizá sea un error vivir exclusivamente en función del arte. Existen otras cosas: el sexo, la familia, el sueño, la felicidad. En cualquier caso, la manera como eludí durante un tiempo la nadería, el absurdo, fue refugiándome en mi novela. Tuve que convencerme de ella. Pero primero tuve que convencerme a mí

mismo de que era un artista. No tiene sentido sospechar de tu propio talento; duda todo lo que quieras acerca de tu obra –es enriquecedor y necesario-, pero nunca de tu talento.

Aprendí a confiar en lo que pueden hacer mis manos. Eso, damas y caballeros, constituye todo un problema para alguien con un grado de paranoia como el mío. Fue necesario aprender a conocerme, conocer la naturaleza de mi miedo. ¿Por qué me era imposible abordar un bus de transporte público sin sufrir de taquicardia? Y aun más: ¿cómo estaba conectado este hecho con mi labor literaria?

Por recomendación de mi segundo psicólogo, empecé a leer un libro de Norberto Levy llamado *La Sabiduría de las Emociones*. En él su autor ofrece una definición del miedo:

El miedo es una valiosísima señal que indica una desproporción entre la amenaza a la que nos enfrentamos y los recursos con que contamos para resolverla. Sin embargo, nuestra confusión e ignorancia la han convertido en una “emoción negativa” que debe ser eliminada.

¿Qué se puede agregar? Es una definición que considero a todas luces afortunada. Y no sólo eso: me fue sumamente útil en el momento de entender qué era lo que estaba pasando con mi vida.

Durante muchos años había descalificado mi miedo. Atenderlo significaba ser cobarde. De acuerdo con Levy, el miedo siempre inicia siendo pequeño, pero un mal manejo del mismo puede llegar a desencadenar, como en mi caso, ataques de ansiedad. Esa voz del aspecto temeroso -así denomina Levy a ese elemento psicológico que resulta constitutivo en cada ser humano-,

esa voz nunca escuchada, se hará manifiesta por todos los medios que esté a su alcance, incluso el autosabotaje.

¿Pero qué tenía por decirme esa voz? En principio, una obviedad: afirmaba que mis competencias artísticas no estaban desarrolladas como para embarcarme en una empresa literaria de tan largo aliento. Hubo, sin embargo, algo más profundo que muy a mi pesar tuve que oír. Esta revelación sólo la conocemos mi psicólogo y yo.

Por lo pronto, diré que la composición del primer capítulo de mi novela fue especialmente tortuosa y no sólo por haber sido el inaugural. Este episodio reviste un gran reto técnico: está escrito en primera persona y su narrador es mi madre. Este detalle esencial me planteaba dificultades en todas sus líneas. ¿Cómo piensa una mujer? ¿Cómo desea? ¿Cómo añora? ¿Cómo valora? ¿Cuál es su mirada? ¿Cómo puede contar parte de su vida de suerte que aquello que relata tenga un interés literario?

Estas cuestiones y dificultades motivaron la decisión de escribir este capítulo antes que cualquier otro. Hay que tomar el toro por los cuernos.

En primer lugar, estoy convencido de que la relación entre géneros suscita identidades y experiencias inintercambiables de “lo femenino” y de “lo masculino”. No se trata de universos opuestos: los hombres son de Marte y las mujeres de Venus. Es una irresponsabilidad, en mi concepto, reducir todo el asunto a una llana visión dicotómica. A partir de mis lecturas de los estudios de género (en especial me seduce el trabajo de Franco la Cecla), logré concebir la relación entre hombres y mujeres como un lugar simbólico de diferenciación, negociación, complementación y conflicto. Mi primera tarea

consistía, en consecuencia, en comprender las particularidades del pensamiento femenino y, en especial, el pensamiento de mi madre.

He llegado a sospechar que el arte se hace por sí mismo. La literatura nos toma por excusa a los escritores. Pues bien, fue la literatura la que me dio el primer indicio para empezar a desenmarañar todo. Hallé en El proceso de Kafka la siguiente sentencia: *Las manos femeninas adelantan mucho calladamente*. Ciertamente: si revisamos en el Quijote, por ejemplo, la caracterización de las manos o, mejor, de los brazos masculinos, encontraremos sin dificultad frases como esta: *Estando en esto, comenzó a dar voces Don Quijote, diciendo: aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo*. Los brazos de los hombres, sospecho, están sendientos de gloria e incluso de brutalidad.

Pero, ¿qué hay de las calladas manos de las mujeres? Creo haberlas retratado como manos fuertes, pero acariciadoras. Son manos invisibles, porque son cotidianas: casi que se encargan de sostener, a través de sus artesanías, la vida diaria y sus minucias. Ahora bien, esta reflexión de *Las manos femeninas adelantan mucho calladamente*, me condujo a pensar que era posible contar el día a día a través de sus oficios y de los objetos con los que estaban en contacto: el tigre, los peluches, la tabla de lavar, el ventilador, la sombrilla, el casete de música...

Durante el proceso de escritura imaginaba que la narración giraba en forma de espiral en torno a cada objeto cotidiano. De allí que el tiempo de la historia vaya transcurriendo lentamente:

No tiene sentido encender la grabadora. Me hará daño... Play. Todavía el sol poniente/ arranca chispas doradas/ al viejo farol... Stop. Retrocedo la cinta. Play. Pero yo sí que lo sé/ yo sé dónde está esa barca. Stop. Imagino el puerto y el río que parece desbordado y los hombres que descargan las mercancías de sus botes. Él está ahí con sus gafas de sol y un cachorro de tigre en las manos. Un tigre en las manos y me dice adiós, adiós. Dejo correr la cinta y las lágrimas... medio enterrada en la arena de una playa olvidada. ¿Se acordará de mí, sabrá que lloro mientras remonta el río? Yo sé también que hubo un hombre/ que puso rumbo a esa playa/ para abandonar allí/ recuerdos que le quemaban. Estará abrazado a su tigre. Tal vez duerme en el viaje. Tal vez es el tigre el que duerme. Tu nombre se está borrando/ de la proa de mi barca/ nadie sabe que esta copla/ se me escapó a mí del alma.

No pude abrazarlo en el puerto, porque tenía miedo de acercarme al tigre. John Jairo solía amarrarlo a la pata de la cama para que me hiciera cargo de él mientras estaba de turno en el batallón. Pero el tigre le arrancaba la cabeza a los peluches que él me había regalado. Así fue todo este mes, hasta hoy, el día en el que no pude abrazarlo, porque tenía miedo de acercarme al tigre o tal vez porque tenía miedo de aferrarme fuerte a John Jairo y no dejarlo ir. Tal vez tenía miedo de que me viera llorar. No pude abrazarlo porque tenía que correr. Y corrí. Corrí hacia la escuela, donde creí que no escucharía la sirena que anuncia la partida de los barcos. Nunca un sonido me había parecido tan doloroso. Me solté a llorar, pero al menos él no pudo verme.

El carácter espiral de este episodio se manifiesta en el tiempo de la narración, pero además en la psicología de Anita. Su pensamiento recurre continuamente a unos pocos temas (la ausencia de John Jairo, la fortaleza de su madre, la pérdida de su padre y la incertidumbre del futuro). A partir de estos ejes temáticos construí una sensibilidad y una cosmovisión femenina que se expresa

por medio de su voz y del relato de su cotidianidad. E insisto: me enfoqué en revelar la relación emocional que Anita establecía con sus objetos más próximos en función de la partida de John Jairo.

En cuanto a la prosa, me costó mucho trabajo alcanzar un registro verosímil. Manuel Silva me señaló que en varias ocasiones mis frases discordaban con la manera como debía expresarse Anita. Para mí era importante seguir el precepto que Aristóteles expone en su *Poética* con respecto a la dicción. Esta, de acuerdo al Estagirita, *debe ser clara, pero no baja*. Anita como narradora debía tener una expresión natural -quiero decir que no debía ser aparatosa-, y con un interés literario. Desde un inicio renuncié a la pretensión de reproducir la oralidad nariñense en el habla de mi narradora. Consideré que las particularidades de este acento, como las palabras y la manera específica como se construyen las frases, podían entorpecer la lectura de una persona no familiarizada con la cultura nariñense. Dudo que el lector promedio se tome el trabajo de buscar palabras edémicas como tiritingo o achucado en un diccionario de habla andina. Supuse que el uso de vocablos de esta naturaleza sólo servirían para desviar la atención del asunto capital de mi novela.

Las palabras de Anita debían comunicar un valor estético. Pero la belleza no es algo que se pueda garantizar. Hay que arriesgarse, cruzar los dedos y asegurarse de que lo dicho por tu narrador esté sometido a un criterio de necesidad: ¿Es necesario tal párrafo, frase y palabra? ¿Por qué? Si no lo es, entonces es un recurso injustificado. Y para mí, no hay nada gratuito en el arte, porque todo significa. De ahí se deriva el siguiente corolario: todo lo que compone una obra artística está justificado por sus propias reglas y, por tanto, cada parte es significativa y necesaria. De no ser así,

la totalidad de la obra se convierte en insignificante e innecesaria.

Debido a las dificultades que me imponía este narrador tuve que reescribir el capítulo al menos dos veces. La convicción que me impelía en ese momento era la de saber que yo era la única persona capaz de escribir esa historia. Esa era mi apuesta y el riesgo era alto. Dejo a juicio de mi lector si cumplí mi cometido.

Mis lectores en este instante adivinarán que el viaje hacia La Tagua fue una de las primeras tareas que tuve que emprender. El Putumayo es un paraíso del cual fue expulsada la divinidad y no los hombres. Las condiciones de vida a las que están sometidos sus habitantes los han convertido en seres desconfiados. Los viejos todavía rumorean historias de la guerra Colombo-Peruana y de la explotación de la madera y el caucho. Fueron épocas de bonanza. Los hombres viajaban de lejos para hacerse ricos gracias a la manigua. Luego se largaban con los bolsillos llenos y abandonaban a las mujeres a las cuales habían preñado. Décadas después fueron los cultivos de coca los que atraieron a los sedientos de fortuna. La casta militar también participó del negocio y supo sacar una gruesa tajada. Todo el mundo lo sabía. Los tagüenos me advirtieron que bajo ninguna circunstancia debía revelar algún nombre que los comprometera. De esas cosas no se habla. Hoy en día el narcotráfico, de acuerdo con el testimonio de varios pobladores, tiene poca relevancia en las finanzas de los aventureros y de los avaros. La explotación del oro con mercurio lo ha sustituido.

El Putumayo es una tierra generosa, no hay duda. El suelo y las mujeres tagüenas son víctimas de su propia fertilidad. A nadie se le ocurre cultivar nada, porque no hay a quién vendérselo. No existen vías adecuadas

para el comercio y cualquier producto cuesta al menos el doble que en otra parte del país. Para sobrevivir hay que resignarse al abandono. La única presencia estatal está representada por los militares, quienes combaten contra un enemigo internado en la selva: la guerrilla. Los grupos insurgentes han sido protagonistas de memorables ataques a la fuerza pública en el Putumayo. Uno de los más mencionados es la toma a Las Delicias en 1996. Durante el trayecto de Puerto Leguizamó a La Tagua el conductor del motocarro ofició de guía turístico. Me señaló las ruinas de la base y me comentó que habían muerto 27 militares.

Durante mi visita al Putumayo me esforcé por recoger una documentación y unos testimonios que dieran cuenta del contexto económico, político y social de La Tagua durante la década de los ochenta. Me entrevisté con Teodoro Murcia, un militar pensionado que se enamoró de ese rincón de la patria. Don Murcia es un historiador empírico que me proporcionó información relacionada con la fundación del pueblo, la economía, la construcción de las bases militares y otras efemérides de ataques guerrilleros. Los encuentros con las antiguas amigas de mi madre fueron más enriquecedores, porque me permitieron conocer una visión de las relaciones emocionales que establecían con los soldados. Estas relaciones solían ser transitorias e inestables, debido a que el tiempo promedio de permanencia de estos era de un año. Las mujeres, en consecuencia, tenían que hacerse cargo de hijos sin apellido paterno.

Mi labor documental estuvo encaminada a crear en mi texto un *sentido de lugar*. Este es un término que David Lodge emplea en su libro *El arte de la ficción* para designar aquel efecto de realidad contextual que permite identificar rasgos únicos de la locación en la cual se desarrolla una historia. Pues bien, intenté a través de una

detallada descripción ofrecer a mi lector la posibilidad de apreciar las particularidades de la vida en La Tagua. Debo agregar, sin embargo, que siempre procuré que este *sentido de lugar* estuviera subordinado a la intención narrativa. “[L]a descripción en una buena novela no es nunca sólo una descripción”, afirma Lodge.

Al estar consciente de la función que debían cumplir las descripciones que hacía mi narradora, busqué la posible conexión de los datos recopilados con la temática del abandono y la soledad:

Estar en el centro del mundo es lo mismo que estar sola en el fin del mundo y en el fin del mundo la vida transcurre como alargándose lentamente por la orilla del río. Así es este pueblo. Una larga calle al lado del río. También hay otra calle que de un lado termina en la escuela y del otro, en el puerto. Es una cruz de casitas de madera en medio de la selva.

Luego del viaje al Putumayo complementé mi trabajo de campo con varias sesiones de entrevistas a mi fuente principal, es decir, mi madre. En este punto debo anotar que tales jornadas fueron agotadoras y sobre todo dolorosas. No conozco a la primera persona que disfrute viendo llorar a su progenitora. Y peor aún: ¿quién disfruta torturándola? Preguntarle sobre mi papá era como quemar cigarros en sus piernas. ¿Qué se supone que hiciera al verla sufrir? Abrazarla no era suficiente. Los pañuelos y los vasos de agua son gestos mezquinos.

Mi cercanía emocional con el tema comprometía mi libertad para imaginar soluciones artísticas necesarias para mi texto. El registro documental en este episodio se imponía al registro ficcional en muchos pasajes. Trataré de ser lo más claro que pueda. Con registro documental me refiero a los hechos narrados en mi novela que corresponden a lo que en realidad ocurrió o a lo que se ajusta fielmente al relato de mis fuentes. Por el

contrario, el registro ficcional es la narración de pasajes o eventos que son de mi propia cosecha. Es menester indicar que, en una obra literaria que se basa en una historia real, ambos registros se presentan de manera complementaria y no excluyente.

En términos generales debía reconciliar dos intereses: por un lado, quería conservar la historia sin alteraciones, tal como me la había relatado mi madre, dado el respeto que me inspiraba su testimonio. De otra parte, la creación de una obra con pretensiones literarias requería la invención de varios pasajes que le proporcionarían unidad, coherencia y verosimilitud. Pondré un ejemplo. Manuel Silva me hizo ver que faltaba explorar la dimensión erótica entre Anita y John Jairo. Le di toda la razón, pero al mismo tiempo me excusé: no era un tema que quisiera tratar con mi madre. Silva, a su vez, me reprendió:

-Jorge, estás haciendo ficción.

Y este fue uno de los grandes aprendizajes del proceso de escritura de mi novela: Carlota, Anita y John Jairo no eran mi abuela, mi madre y mi padre, sino eran -fundamentalmente- personajes de mi invención. Tuve que perder el rubor -acaso no el respeto-. Después de todo la estructura de este episodio no me fue dada por mi madre, sino que tuve que construirla para albergar en ella sus anécdotas y otros datos e informaciones.

Una vez terminada la reescritura del primer capítulo, me di a la tarea de revisar y reformular la propuesta artística de mi Proyecto de Trabajo de Grado. Decidí reducir el número de capítulos que escribiría. Sabía que de esa manera podía focalizar mi historia en el duelo de mis protagonistas por la pérdida de sus esposos.

Inicialmente tenía presupuestados los siguientes capítulos o Puntos, como los llamaré de aquí en adelante:

1. *Un capítulo referente a la vida de Carlota junto a Jorge Libio y sus hijos en Guaitarilla.*

2. *Este capítulo, cuya acción tenga lugar en Pasto, se inspira en el duelo que Carlota llevó durante un año entero luego de la muerte de Jorge Libio.*

3. *Este tercer capítulo aún no está definido. No obstante, debe retratar la época en que Carlota, aún en Pasto, acepta la muerte de Jorge Libio como un hecho que debe afrontar. En ese mismo momento las relaciones de su núcleo familiar se reestructuran.*

4. *Uno que relate la vida de Anita en la Tagua, Putumayo, sitio en el cual conoció a John Jairo.*

5. *Uno relativo al viaje que Anita realizó a San Andrés con Jorge Acero, su hijo mayor, y Carlota, después de la muerte de Jhon Jairo.*

6. *El último capítulo tampoco está definido. Su contenido debe estar relacionado, al igual que el tercero, con la reestructuración de las dinámicas del núcleo familiar, asentado en Cali, de Anita y de la aceptación de la muerte de Jhon Jairo.*

Y en el párrafo siguiente de mi Proyecto anotaba:

Aquí he presentado los capítulos (léase Puntos) en orden cronológico, pero su disposición final no será esta necesariamente. Anita, con diez años de edad, se encargará de narrar el primer capítulo y el cuarto, pero en este último contará con dieciocho años. El segundo estará a cargo de Carlota. El tercero será contado por el narrador omnisciente no representado, al igual que el sexto. El quinto será relatado por mí, con cinco años de edad.

Ahora bien, mencionaré someramente las modificaciones que realicé en esta fase de replanteamiento, en la cual gesté el esquema de una segunda propuesta. Entraré en detalles cuando comente cada capítulo.

El segundo capítulo aborda el Punto 1 -la vida de la familia Portilla Córdoba en Guaitarilla-, pero en retrospectiva. Se centra en los últimos días de Jorge Libio en Pasto en el año de 1977. Anita no fue su narradora como lo había prometido en el Proyecto, debido a su corta edad en esa época. Juzgué que su voz no me permitiría tocar temáticas complejas como el presentimiento de muerte y la decepción paterna, por ejemplo. Por esto tomé la determinación de construir un narrador más flexible, que fuera en tercera persona, no representado y a partir de la perspectiva de Jorge Libio.

El capítulo tres se centró en el Punto 5 -el viaje hacia San Andrés-, pero también integró las temáticas de los Puntos 2 y 3 -la pérdida y el duelo que sufrió Carlota-. De esta manera lograba una condensación argumental en un solo episodio. El dolor de mis dos protagonistas estaría expuesto en un mismo tiempo y escenario. Del narrador de este capítulo hablaré más adelante, pero anticipo que me descarté como narrador en primera persona, por la misma razón que descarté a Anita en el capítulo dos: por la edad.

El capítulo final tuvo dos versiones. En la primera de ellas dejé intacta la propuesta inicial del Proyecto, que expresaba que su contenido giraba en torno al Punto 6 -reestructuración de las dinámicas del núcleo familiar luego de la muerte de John Jairo-. Además de eso, Jorge Acero Portilla, quien les escribe, era el narrador de este episodio. Esta versión -ya lo veremos cuando tratemos este particular- fue un fiasco.

Por ahora me dedicaré a ahondar en las circunstancias de ejecución del segundo capítulo. Después de jornadas extensas de entrevistas a mis fuentes (mi madre y mis tías), me encontré con un gran volumen de información muchas veces difícil de conectar: hábitos, vestimentas, anécdotas, actitudes, frases e impresiones de Jorge Libio, entre otros. Para efecto de crear una estructura narrativa consistente clasifiqué mis datos en tres momentos:

1. La vida de la familia Portilla Córdoba en Guaitarilla.
2. La vida de esta familia instalada en Pasto antes de la muerte de Jorge Libio.
3. La vida de esta familia luego de la muerte de Jorge Libio.

La mayor cantidad de datos recogidos pertenecían a la segunda categoría. Mis mayores me han enseñado que no se debe hablar de lo que se no conoce. Por tanto, decidí crear una escaleta o guion focalizado en los acontecimientos de los días postreros de Jorge Libio en Pasto. De esta manera podía articular la información de los otros dos momentos. En primer lugar, las remembranzas de mi protagonista conectarían con las historias vividas en Guaitarilla, su pueblo de procedencia. De igual manera, la inminencia de su muerte sugeriría elementos pertenecientes a la tercera categoría.

La creación de escaletas fue una estrategia metodológica de gran utilidad. Esta práctica me permitió estructurar una historia con progresión dramática y temática, que, sin embargo, no me impidiera un margen de maniobra para cambiar, suprimir o adicionar lo que me pareciera conveniente. Finalmente en eso radicaba la

importancia académica de mi novela. Se trataba de un trabajo que buscaba, no tanto un valor artístico, sino la familiarización con unas metodologías de escritura enfocadas al ejercicio literario. Fue un proyecto de largo aliento para profesionalizar mi escritura.

A continuación reproduciré la escaleta que dio vida a mi segundo capítulo. Pido a mis lectores condescendencia porque está escrita en un lenguaje telegráfico.

Día I

- 1. Aseo a la farmacia con ruda. Descripción de la misma.*
- 2. Decepción en ventas. Frente a la calle. Mi abuelo leía una noticia en el periódico: continúa el paro de médicos.*
- 3. Escena con el gringo, un tendero gago. (El tendero se asoma a la calle con las manos en los bolsillos. Aburrido. Ve a mi abuelo en la calle y mi abuelo se burla de él. Hablan sobre la noticia del paro de médicos).*
- 4. Una señora chiquita interrumpe la conversación entre vecinos.*
- 5. Mi abuelo vuelve a la noticia del paro. Accidente. Ezequiel Moreno Díaz era un obispo de Pasto Conservador. Eso indigna más a mi abuelo.*
- 6. Regresan los niños del colegio. Mi abuelo se refiere a las niñas como “las flacas”.*
- 7. Caballito en la pierna de mi abuelo. Detalle de las cicatrices. Mi mamá. Hablan del paseo del siguiente día. Dolor de cabeza.*
- 8. Almuerzo y si se acaban todo se pueden tomar una Fanta.*

9. *Mi abuelo firmaba los exámenes perdidos. “Pero no le digan nada a su mamá. La próxima vez estudia más”. Mi tío Henry fue el que perdió este examen.*

10. *Tío Jorge: “Ayuda, papá, ayuda: me va a picar una de esas que cagan miel”. Mi abuelito lo rescata y vamos a la secuencia final. En el comedor.*

11. *Secuencia final: Jorge Armando tiene los cordones desatados. Embetunar los zapatos. Conversación previa a la muerte con mi tío Jorge.*

Día II

1. *El tinto que llevaba mi abuelito a mi abuela a la cama. Conversación con mi abuela. Un beso en la frente. La veía atentamente tomar su café, en silencio. Mi abuelo se fija en que mi abuela sigue moqueando por la tiza. Le aplica algún líquido con su pañuelo a la nariz... “Debo ir a preparar la merienda de los niños”. Le recoge el plato del café. Se relaciona con los objetos de mi abuela. Sus medias pantalón. Frío. Pañuelo bordado con sus iniciales. Galeras despejado en la mañana por la ventana.*

2. *Descripción de la vestimenta de mi abuelo y de su rutina matutina con perfumes, formol para los pies y la afeitada.*

3. *Comida. Cocadas. Los sábados. Dulce de guayaba. La puso toda en una canasta de mimbre y se dio cuenta de que era demasiado pesada para que la llevaran los niños. Le agrada la idea de volver al campo.*

4. *Le dice a Carlota que va a tener que llevar la canasta con los niños al paseo por el paseo. -¿Y la farmacia? -pregunta acuciosa, mi abuela. -Tranquila, yo me encargo de eso -contesta mi abuelo.*

5. *Colgar un aviso en la puerta de que hoy se abriría la farmacia después de mediodía.*

6. *Paseo al campo. Paisaje. Bellos verdes. Labriego. Recuerdo de los paseos al campo a las veredas de Guaitarilla, en el cual le regalaban los habitantes cuyes y gallinas. (Puede relacionarse con ese otro paseo premonitorio de muerte).*

7. *Secuencia final: Pasaron por el cementerio Las Mercedes y mi abuelo se quedó admirando la belleza de ese lugar. Preguntar qué le gustó, cómo lo vio, qué había. Se creyó víctima de un desasosiego que no entendía del todo.*

8. *Y frase final: “Tan bonito que lo entierran a uno aquí”.*

Mi objetivo era seguir al pie de la letra la fórmula que aplicó Faulkner en *El ruido y la furia*, novela en la que sus cuatro episodios relatan cuatro días distintos. Pero la cronología de mi segundo capítulo se desarrollaba en dos días. Pues bien, me da la impresión de que cuando pones una palabra junto a otra, luego una frase junto a otra y luego un párrafo junto a otro, esas hojas que solían estar en blanco toman una vida independiente, una corporeidad. Pero es corporeidad demandante; tu creación te exige soluciones para los problemas que empiezan a surgir durante la escritura. Este capítulo requería una estructura similar a la del cuento *Eveline*, de James Joyce, cuyo relato abarca dos días. Este autor separa en el cuerpo del texto las dos fechas con asteriscos. Mi lector observará que opté por hacer lo mismo en mi capítulo para conservar esta herencia.

Después de definir la estructura ya sólo restaba sentarme frente al computador durante una procesión de tardes a escribir. La mejor hora para toparse con una frase adecuada era luego de la siesta. Pero a menudo no era fácil. Había que tener suerte. Mi fortuna consistía

en contar con un amuleto poderoso: una sentencia de Simónides, poeta griego de los siglos VI-V a.C, que define *la pintura como poesía silenciosa y la poesía como pintura parlante*. En cada línea procuraba comunicar una idea, una sensación, un sentimiento a través de una imagen hecha de palabras. Me empeñaba en mostrar en lugar de exponer o de decir. El referente más próximo de una prosa de esta naturaleza -delicada, mesurada, de frases cortas y sin grandes adjetivos- lo hallé en la novela de Boris Vian *La hierba roja*. Con la venia de mis lectores compartiré el primer párrafo de este libro:

El viento, tibio y adormecido, empujaba una brazada de hojas contra la ventana. Wolf, fascinado, contemplaba el pequeño rincón de luz que el retroceso de la rama descubría periódicamente. De pronto se estremeció, sin motivo, apoyó las manos en el borde de su mesa y se levantó. Al pasar, hizo crujir la tabla del parquet que siempre crujía, y, para compensar, cerró la puerta silenciosamente. Bajó por la escalera, y, cuando se encontró afuera sus pies se posaron en el camino enladrillado, bordeado de ortigas bífidas, que llevaba al Cuadrado a través de la hierba roja de la región.

Considero que es el momento de discutir el riesgoso tercer episodio, el cual, a mi parecer, comprometía toda mi empresa literaria. Los capítulos precedentes habían sido preludios de la pérdida de Carlota y Anita, pero con dificultad podemos encontrar una conexión entre ellos además de la recurrencia de algunas temáticas y personajes. Era, pues, preciso un capítulo que los articulara por medio de la continuación de la línea argumental de cada uno. Permítanme ser más concreto. Por un lado, este capítulo prosigue la historia de amor entre John Jairo y Anita, y, por el otro, desarrolla la temática de la muerte de los esposos de las protagonistas.

Este episodio se caracterizó por privilegiar el diálogo como recurso literario. En definitiva se trataba de un

riesgo, porque esta es técnica compleja. Las líneas de cada personaje deben ser adecuadas a su psicología, al momento en que son enunciadas y a la temática general de la obra. La progresión temática debe parecer natural y debe estar acompañada por una progresión dramática consecuente. Es decir, las acciones deben ocurrir conjuntamente con los diálogos de manera armónica.

Estas complicaciones técnicas me obligaron a actuar con cautela. Por tal motivo decidí crear diálogos cortos, que, a mi juicio, tienen menos chances de ser un fracaso. O al menos serán un fracaso con menos palabras. Esta fórmula configuró un capítulo de carácter fragmentario, lo cual hizo posible el uso de elipsis con el fin de desarrollar secuencias en distintos espacios y cronologías. Además, opino que la fragmentación creó un efecto de desintegración de la realidad, un efecto acorde con la pérdida de referentes y certidumbres que se experimenta en las primeras etapas de duelo: la negación y la rabia.

La no secuencialidad tuvo una repercusión en la metodología de trabajo, en tanto que dejó de ser funcional la creación de escaletas. No podría guionizar un texto que careciera de un orden lineal. Por tanto, inicié la elaboración de un documento paralelo en el que entablaba un diálogo conmigo mismo. En este documento, una suerte de soliloquio literario, me planteaba las preocupaciones y problemas que iban surgiendo a partir de la elaboración del capítulo. Tiempo después me contestaba dichas cuestiones como parte del desarrollo de la argumentación de ese texto. De esta manera me sentía menos solo. La escritura es un trabajo solitario. Llenas tus días con las voces de otros autores para sentirte abrigado, pero, en el instante definitivo de componer una frase, no hay nadie a tu alrededor. Bueno, al menos yo tenía mis propias palabras.

Dicho esto, queda por mencionar la función de un narrador en un capítulo en el que predominan los diálogos. Tomé prestado de Esquilo, el gran trágico griego, la idea de un narrador marginal que se ocupa de mencionar pequeñas acciones y de situar al lector en un determinado momento y espacio: *Agamenón entra al palacio, váse Clitemnestra...* Mi lector recordará que la primera línea del episodio que comentamos es la que sigue: *Carlota y Anita escuchaban el oleaje*. Ese es el tipo de frases mínimas que proporciona mi narrador marginal, ya que el primer plano lo ocupan las voces de Carlota y Anita. Se trata de un imperativo moral que me impuse durante toda la escritura de mi novela: restituir la voz nunca escuchada de estas mujeres.

El primer intento del capítulo cuarto fue terrible y además desgastante. La estructuración y composición de cada episodio me tomó al menos tres meses, de modo que un fracaso así significó una pérdida de tiempo. Pero, para ser justos, antes que nada se trató de una prueba para mi carácter. Hay que recordar que con este trabajo me juego mi graduación de la Universidad. Bien pude haber presentado mi novela con ese final para desbarazarme de todo. Pero persistí un semestre más, un día tras otro, para lograr un mejor resultado. Se lo debía a mi madre y a la memoria de mi abuela. Este es un regalo para ambas.

Por lo común soy muy duro conmigo mismo. Sé que tengo derecho a equivocarme. El arte trata de una apuesta y no se puede ganar todas las veces. Con la vida es igual. Los errores son momentos privilegiados para aprender. Yo aprendí a no desistir.

¿Pero por qué esta versión fue un desastre? Parte de la respuesta está en que el narrador de ese capítulo era yo. Mi perspectiva ocupaba un lugar preponderante en relación

con la visión de mi abuela y de mi madre. Y la novela no se trataba de mí, ni de mi dolor por haber quedado huérfano. Esta es una obviedad, pero por alguna extraña ceguera la pasé por alto. Creía que me era lícito contar mi experiencia, ponerme en un lugar de víctima. El tono patético que asumían mis frases era una pobre imitación de Louis-Ferdinand Céline en *Viaje al fin de la noche*. Los acontecimientos que narraba en algunos pasajes eran anodinos para empeorar las cosas. En suma, había perdido mi foco narrativo.

Manuel Silva tuvo la difícil tarea de comunicarme que ese capítulo no servía y lo hizo sin ambages. Le agradecí por su sinceridad; mi relación con él nunca fue de complacencia. Pocos elogios recibí por mi trabajo a lo largo de estos años. Yo necesitaba como asesor de tesis a un lector con un ojo educado para la literatura, no una persona obsequiosa. No me esforzaba por alcanzar reconocimiento alguno. Me esforzaba por convertirme en un escritor. Y lo soy ahora; no tanto por haber escrito un libro, sino por todo el trabajo y el aprendizaje que hay detrás de él.

Precisaba de un lector crítico con la suficiente distancia emocional con relación al tema que estaba tratando, pero además con la suficiente distancia con relación al texto mismo. Cuando escribes controlas innumerables variables: ritmo, desarrollo de acciones, construcción de personajes, progresión temática, verosimilitud y un largo etcétera. Sin embargo, siempre ocurrirá que se te escape cualquier detalle. Desde una coma, una palabra mal escrita, hasta un bodrio de capítulo como es el caso de la primera versión del final de mi novela.

Silva respetó mi propuesta artística y sus juicios se ajustaron a ella. Él entendió que mi texto exige una actitud contemplativa, en cuanto que intenta establecer una

relación empática entre el lector modelo y los personajes. Quien lo lea debe tratar de comprender el dolor de la pérdida de un ser querido y el proceso de duelo que se elabora después. Silva cuidó con celo que las variables formales de mi libro estuvieran bien ejecutadas, pero también se preocupó por la consistencia de las mismas en función de aquel propósito.

Silva tenía razón cuando afirmó que ese capítulo no tenía razón de ser. Pero lejos de sentirme devastado, me sobrepuse y al día siguiente inicié una búsqueda para hallar un nuevo punto en común entre Carlota y Anita. La depresión que mi abuela padeció durante los últimos años de su vida fue la respuesta. Mi madre estuvo con ella durante ese tiempo para mitigar su fatiga, así que resultaba ser una convergencia aprovechable desde el punto de vista narrativo. Esto me permitiría revelar una de las consecuencias que a largo plazo había tenido en su vida la viudez.

Los tres capítulos anteriores se habían centrado en la perspectiva de Anita y Jorge Libio, mientras que la presencia de Carlota a medida que avanzaba la historia se hacía contundente. Era necesario, entonces, retratar su punto de vista, pues complementaría mi novela. Por ese motivo me esforcé por desentrañar y hacer un esbozo de su psicología. No fue una tarea fácil, dado su carácter silencioso. En primer lugar, tuve que documentarme sobre la depresión como enfermedad psiquiátrica. Me fue de gran utilidad el libro de Alain Ehrenberg *La fatiga de ser uno mismo: depresión y sociedad*. A partir de esta obra conocí la concepción que había tenido la depresión a lo largo de la historia, pero sobre todo la sintomatología de un paciente depresivo. Mi siguiente paso consistió en indagar en el caso particular de la enfermedad de mi abuela por medio de entrevistas a mis fuentes. De esta manera podía encontrar relatos e indicios significativos.

Una vez hecho esto, busqué un momento crucial o un punto de giro en el testimonio de mis entrevistadas. El momento que relataría sería el último día de Carlota en Pasto antes de viajar a Cali. Ya sin el temor de explorar las posibilidades del registro ficcional, retomé el uso de las escaletas y creé una estructura para el capítulo. La naturaleza de esta tiene el propósito de que el lector participe junto a los personajes de una serie de reconocimientos o *anagnórisis*, para emplear el término acuñado por Aristóteles. Básicamente se trata de tres sucesos en los que nos enteramos de los secretos que Carlota había guardado durante años, a saber: en primer término, que tenía miedo a la soledad cuando murió su esposo; en segundo término, que su cuerpo se había envejecido y enfermado dolorosamente y que ella había empezado autoflagelarse; y, finalmente, que no se había deshecho de su vestido de bodas. Estos descubrimientos tienen una relación directa con la premisa que sugerí sobre todo en los últimos pasajes de mi obra: Carlota elaboró un duelo patológico. La negación de su dolor, el hecho de que no se permitiera vivir y superar cada etapa del duelo como sí lo hizo Anita, desencadenó su depresión.

La prosa del episodio final tiene dos registros: la tercera persona, por una parte, y la primera, por otra. La idea de una prosa dual la tomé prestada de un pasaje de *Con la muerte en el alma*, una novela de Sartre que compone su trilogía *Los caminos de la libertad*. Citaré el mencionado fragmento:

Schneider extiende su manta sobre el suelo y Brunet se deja caer encima. Ve un instante la cara del tipógrafo inclinado sobre él y le dice: “No te quedes aquí, instálate en otro sitio y recuerda la cita mañana a mediodía”. El rostro desaparece y el sueño comienza. La sombra de los barrotes se desliza lentamente por el suelo, resbala y gira sobre los cuerpos tendidos, trepan por las cajas, gira, gira, palidece, la noche asciende por

la pared. A través de los barrotes, la claraboya parece una magulladura, una magulladura pálida y luego negra, y después, de repente, un ojo claro y alegre; los barrotes recobran su movimiento, giran, y la sombra gira como un faro. El animal está enjaulado. Los hombres se agitan y luego desaparecen. El barco va a la deriva con todos los forzados muertos de hambre en sus jaulas. Una llama de cerilla, una palabra brota de la penumbra, pintada en letras rojas, de través, sobre una de las cajas: FRÁGIL. Hay chimpancés en la jaula vecina, asomando sus rostros curiosos por los barrotes y tendiendo sus largos brazos entre estos. Tienen los ojos tristes y arrugados. Después del hombre el mono es el animal que tiene los ojos más tristes. Algo ha ocurrido. Se pregunta qué es lo que ha ocurrido. Una catástrofe. ¿Qué catástrofe? ¿Tal vez el enframamiento del sol? Una voz se eleva desde el fondo de las jaulas cantando: “una noche os diré cosas hermosas”. Una catástrofe de la que no se ha salvado nadie. ¿Qué catástrofe? ¿Qué va a hacer el partido? Es un delicioso sabor a piña tropical fresca. Un sabor joven y alegre, infantil; mastica la piña, tritura su dulce elasticidad fibrosa. ¿Cuándo comí piña por última vez? Me gustaba la piña, era como una madera sin defensa, descortezada. Mastica. El joven sabor amarillo de madera tierna como la vacilante subida del sol y se desparrama por la lengua. Esto “quiere decir” algo. ¿Qué es lo que quiere decir este jarabe de sol? Me gustaba mucho la piña. ¡Oh!, hace mucho tiempo, en la época en la que me gustaba el esquí, las montañas, el boxeo, los yates a vela, las mujeres. Frágil. ¿Qué es lo que es frágil? Todos somos frágiles. El sabor gira en la lengua, un torbellino solar, un sabor antiguo, olvidado, me había olvidado de mí mismo, “el hormigueo del sol en las hojas de los castaños, la lluvia de sol sobre mi frente, leía en mi hamaca, la casa de blanca detrás de mí, la Turena detrás de mí, me gustaban los árboles, el sol y la casa, el mundo y la dicha, ¡oh! en otro tiempo”. Se mueve agitado. “Tengo algo que hacer, tengo algo que hacer en seguida”. Tiene una cita urgente. ¿Con quién? Con Krupskaia. Vuelve a caer. Frágil.

Estas palabras marcaron el rumbo del final de mi novela. Aquí podemos apreciar la inflexión de una voz en tercera persona que de un momento a otro se convierte en primera. Esta técnica es denominada por David Lodge como *narración a varias voces*. En mi capítulo las dos prosas cumplen una tarea esencial, en tanto no son recursos injustificados. La tercera persona se encarga de relatar los sucesos que ocurren durante el desarrollo del día dramático de la historia. Es una voz que tiende a quedarse en la superficie de las acciones de los personajes. La segunda persona, marcada con un tipo de letra itálica, es el desdoblamiento de Carlota en una voz que continuamente le está interpelando. Uno de los síntomas de la depresión es el duro juicio que tienen de sí mismos los pacientes que la padecen. Esta voz encarna esa crítica cáustica -la representación de sí misma- que Carlota formula contra sí. Ella misma lacera su espalda, pero su conciencia fustiga su espíritu. Esta es una voz incapaz de la compasión.

La elección de un título para mi obra no fue fácil. Aun hoy dudo de la conveniencia de *No estamos solas*. La variedad de personajes y temáticas no me permitió la creación de una metáfora que les abarcara. El primer título que concebí fue *Un día a la vez*. Este iba acorde con el dispositivo de la estructura y reflejaba el pensamiento de Anita con respecto a la vivencia de una cotidianidad dura y quebrantada. Lo descarté porque no me convenció su musicalidad. He aquí otros títulos que pudieron ser y no fueron:

-La casa quedó en silencio.

-Los días vacíos (Esta idea surgió de la etimología de *viuda*: el vocablo original en latín era *vidua* y significaba “vacía, puesta a un lado, separada”. Por supuesto, esta palabra estaba vedada de mi novela. Sin embargo, la

cotidianidad de estas mujeres sí había quedado de alguna manera vacía de significado luego de su pérdida).

-La amarga medida del tiempo.

-Para vivir mañana (Nombre del excelente poema del maestro Washington Delgado).

-Mi habitación en otra tierra (Verso contenido en *Para vivir mañana*).

-Mi casa está llena de muertos (Verso de la misma procedencia del anterior).

-Habitaciones y tumbas.

-Carlota y Anita. (Luego me di cuenta de que faltaba Jorge Libio: *Carlota, Jorge Libio y Anita*).

Finalmente, con estas últimas líneas quisiera despedirme de ustedes, mis lectores, pero también de un proyecto que me ha tomado tres años. Me he equivocado, he crecido, he afrontado miedos, he vuelto a leer, he soñado, he amado, he vuelto a corregir, he aborrecido, me he desesperado, he tenido tanta nostalgia -tanta- y he recibido las bendiciones de mi madre, he recordado los abrazos de mi abuela, me he vuelto a equivocar y he encontrado las soluciones a mis problemas en los lugares menos sospechados (los zapatos de mi novia), he visto a Tarkovsky y a Fassbinder, me he escondido del mundo detrás de estas páginas, he conocido a autores tan cercanos como Álvaro Cepeda Samudio y tan lejanos como Solzhenitsyn, y he aprendido de otros maestros a los que debo tanto como Borges y Flaubert, me he confinado, me he embriagado, me he maravillado con mi hermano, quien es el heredero de los sueños de mi padre, he viajado al centro del mundo, he olvidado

mis principios, he formulado unos nuevos, me ha dado envidia de Sartre, he montado bicicleta con rumbo a los pastizales donde termina Cali y en donde sólo habitan las vacas nocturnas, me he dicho que sí puedo ser escritor, me he dicho que no, que renuncie, he leído a Aristóteles con reverencia, he conocido a Senador Dupont, mi perro, el acompañante con más horas de vuelo en este viaje, y he trabajado y he ido al psicólogo y luego al psiquiatra, he vivido todos estos días para llegar a esta tarde. Me he esforzado para que esta obra no esté por debajo de los méritos de mi madre y de mi abuela. Ignoro si este libro tiene algún valor literario. Lo que sí puedo asegurar es que he trabajado sin desaliento.

Quizá se pueda afirmar que una obra de arte es bella en cuanto que coincidan la propuesta artística y los recursos técnicos que se ha empleado para materializarla. La belleza es una coincidencia.

Gracias a todos, absolutamente a todos, por su paciencia. Adiós. Tal vez nos encontremos en una nueva oportunidad.

Jorge Acero Portilla.
Santiago de Cali.
30 de mayo de 2013

Que triste ha sido tu partida que duro es vivir sin ti que vacio sin tu presencia siempre fuiste, un gran Esposo un buen Padre Gracias por siempre te queremos tu Esposa e hijos.

Anita Yolanda Portilla e Hijos
Manuel Acero, Sra. e Hijos

Invitan al Primer Aniversario de la muerte del Señor:

John Jairo Acero

Misa que se celebrará el 23 de Agosto a las 6 p. m. en la Iglesia Sagrada Familia. Barrio Granada.

A los que me habeis querido en vida y después de mi muerte llorais mi ausencia y conservais gratos recuerdos míos, Os suplico que eleveis al cielo, Vuestras Oraciones por la paz de mi alma y los seres queridos que he dejado en la tierra.

Por la asistencia a este acto de piedad anticipan los más sinceros Agradecimientos.

Armenia, Q. de 1996

